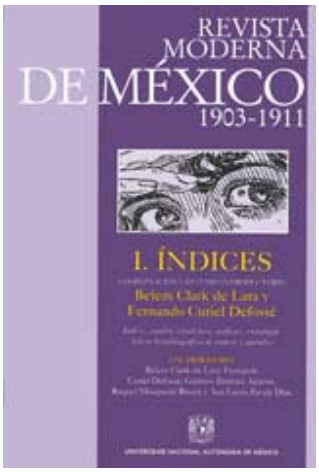
Programa de Cómputo para la Enseñanza
Cultura y Vida Cotidiana 1940-1970
Historia de México II: Tercera Unidad
Modernización económica y consolidación del sistema político 1940-1970
Propósitos: Comprender los cambios que genera la forma de modernización adoptada y sus diversas expresiones culturales
Humberto Domínguez Chávez y Rafael Alfonso Carrillo Aguilar
Mayo de 2011

Antología de la producción literaria de 1940 a 1970

Humberto Domínguez Chávez

Antecedentes

Revista Moderna de México



Continuadora de la *Revista Moderna* (1898-1903), se publicó en la Ciudad de México entre los años de 1903-1911, lo que la convierte en una de las publicaciones periódicas literarias de mayor longevidad en la escena porfiriana. Alrededor de su artífice, Jesús E. Valenzuela (1856-1911), se congregaron Amado Nervo (1870-1919), Jesús Urueta (1867-1920) y Emilio Valenzuela; además de los autores convocados por la *Revista Moderna*, como José Juan Tablada (1871-1945) y pintores como Julio Ruelas (1870-1907). Contiene una parte fundamental de la historia del modernismo en México y en América Latina, además de que tuvo un carácter científico, y de difusión de lo político y las actualidades.

Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM,
http://132.248.101.214/chiifl9/doku.php/revista_moderna_i

Jesús E. Valenzuela

En la noche

¡Ay! roto ya de la esperanza el broche,
ansié la muerte, la búsqueda yo mismo;
y á las negras orillas del abismo,
me habló Jesús en medio de la noche.

Alada brisa que en la sombra salta,
me dijo así su voz: aliento cobra,
valor para la muerte es lo que sobra,
valor para la vida es lo que falta.

Y un estremecimiento entre el follaje
(de hojas y aves) murmuró a mi oído
las notas de un cantar nunca aprendido
en las largas etapas del viaje.

Y en reversión hacia la edad primera,
á la voz inefable del maestro,
escuché en mi redentor el padre nuestro
que repetía la natura entera.

No fue su voz la dura del reproche,
sino dulce de amor y de ventura;
así en mis fuertes horas de amargura
me habló Jesús en medio de la noche.

Emilio Valenzuela

El indio

Pone los ojos en el sol, y avanza
el pie desnudo en risco y en espinas.
¿Qué ansia noble se ahoga en sus retinas
en donde el sol a retratarse alcanza

En su frente se nubla una esperanza
como campo de luna en las neblinas...
Caminante, contémplalo, ¿Adivinas
en su rústica faz una asechanza.

Ya se yergue magnífico y heroico,
sobre un picacho de la sierra adusta:
y es el desdén de su ademán estoico.

Para la humanidad la eterna injusta,
el de las soledades majestuosas,
el del cielo, el del mar, el de las cosas.

Savia Moderna, T. l, No. 3, mayo, 1906, p. 194

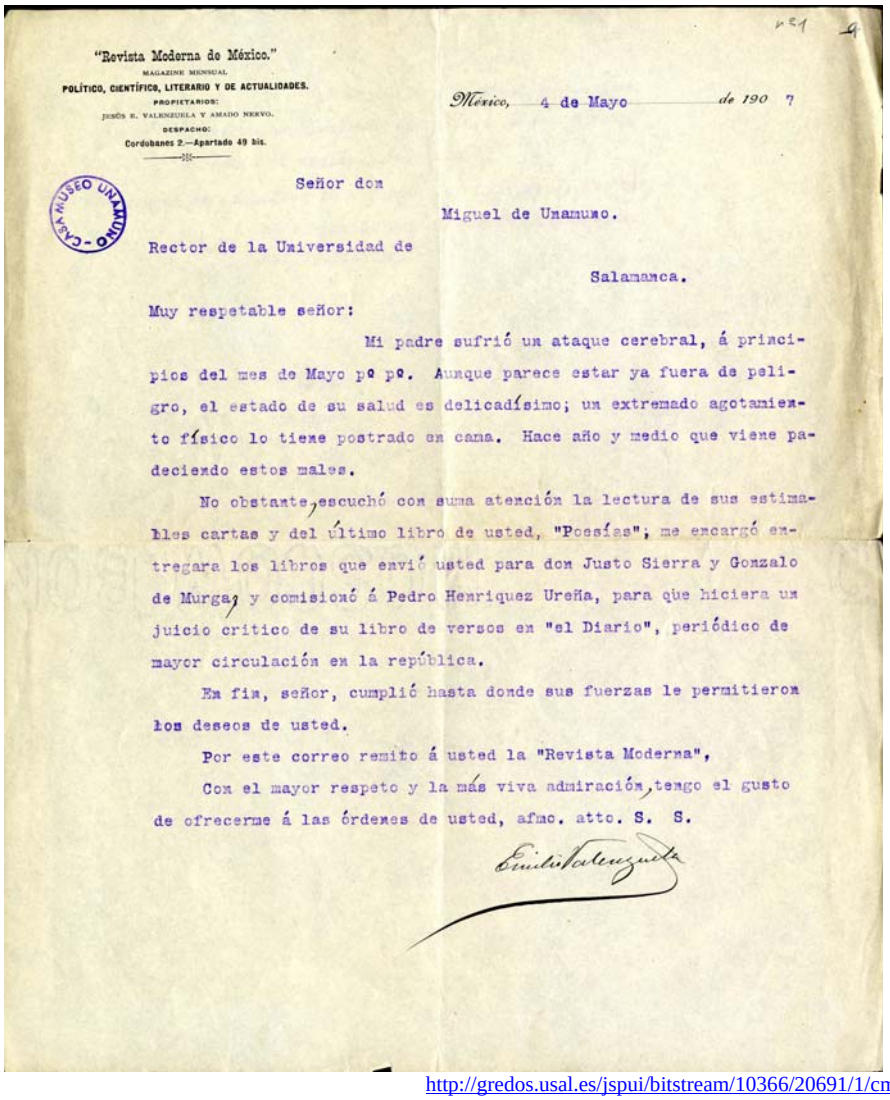
Emilio Valenzuela

Julio Ruelas

…se le ha erigido un monumento: teniendo por remate y fondo una imperecedera y bronca piedra en la que está esculpido el sátiro que en dócil rama remécese soplando la flauta, sobre el trozo en bruto de impecable carrara –postrer y duro lecho albeante– una mujer, desolada, de mármol, […] cae a un golpe contundente del cincel de nuestro Arnulfo Domínguez Bello, y cierra para siempre los ojos.

Revista Moderna de México, México, 17 de septiembre de 1907, pp. 55-56

Ortiz Gaitán Julieta (2006), "El sepulcro de Julio Ruelas en el cementerio de Montparnasse", en: *Revista Electrónica Imágenes*, Julio, México, UNAM IEE, Foto: María Esther Pérez Salas,
http://www.esteticas.unam.mx/revista_imagenes/inmediato/inm_ortiz01.html



"Revista Moderna de México."
MAGAZINE MENSUAL
POLÍTICO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE ACTUALIDADES.
PROPIETARIOS:
JESÚS E. VALENZUELA Y AMADO NERVO.
DESPACHO:
Cordobanes 2.—Apartado 49 bis.

México, 4 de Mayo de 190 7

Señor don
Miguel de Unamuno.
Rector de la Universidad de
Salamanca.

Muy respetable señor:

Mi padre sufrió un ataque cerebral, á principios del mes de Mayo pº pº. Aunque parece estar ya fuera de peligro, el estado de su salud es delicadísimo; un extremado agotamiento físico lo tiene postrado en cama. Hace año y medio que viene padeciendo estos males.

No obstante, escuchó con suma atención la lectura de sus estimables cartas y del último libro de usted, "Poesías"; me encargó entregara los libros que envió usted para don Justo Sierra y Gonzalo de Murga, y comisionó á Pedro Henríquez Ureña, para que hiciera un juicio critico de su libro de versos en "el Diario", periódico de mayor circulación en la república.

En fin, señor, cumplió hasta donde sus fuerzas le permitieron los deseos de usted.

Por este correo remito á usted la "Revista Moderna",

Con el mayor respeto y la más viva admiración, tengo el gusto de ofrecerme á las órdenes de usted, afmo. atto. S. S.

Emilio Valenzuela

http://gredos.usal.es/jspui/bitstream/10366/20691/1/cmu_Valenzuela_Emi1.pdf

Ateneo de la Juventud

Sólo la filosofía positivista, en las versiones de Auguste Comte (1798-1857),[1] John Stuart Mill (1806-1873)[2] y Herbert Spencer (1820-1903),[3] gozaba de una situación académica en las instituciones educativas y en la vida intelectual del país, al finalizar el siglo XIX.

Que, al decir de Alfonso Reyes (1914), si fue de utilidad para la restauración social, vino a ser a la larga pernicioso para el desarrollo no sólo de la literatura o la filosofía, mas del espíritu mismo; como reacción liberal borró el latín, por considerarlo que era la misma cosa que la Iglesia, y con el latín borro la literatura, por lo que toda cultura fundamental desapareció y todo humanismo se perdió.

---

[1] Filósofo francés creador del Positivismo, doctrina filosófica consistente, a grandes rasgos, en asumir que la razón y la ciencia debían ser las únicas guías para instaurar un nuevo orden social, y superar el oscurantismo teológico y las utopías sociales; mediante la observación empírica de los fenómenos, para descubrir y explicar el comportamiento de las cosas en términos de leyes universales que podían ser utilizadas en provecho de la humanidad. Consideraba que las ciencias podían explicar todo lo existente y debían ser el instrumento para encontrar respuestas a los problemas de la humanidad, a partir del conocimiento de las Matemáticas, seguidas de la Física, Química, Biología y, por último, la Sociología, que integraba la ciencia de lo social; lo cual requería de una reorganización política y económica en el contexto del maquinismo desarrollado por la Revolución Industrial. Su filosofía era positiva por que se basaba en lo real y desechaba la búsqueda de propiedades ocultas, por lo que los planteamientos debían ser útiles, ciertos, precisos, constructivos y no aceptar ningún determinismo.

[2] Economista filósofo y político inglés quien sostenía que los individuos tiene el derecho a actuar de acuerdo a su propia voluntad, en tanto que tales acciones no perjudiquen o dañen a otros, excluyendo a los menores y a quienes vivían en lo que se consideraba Estados socialmente atrasados; para los que se recomendaba el despotismo, como forma de gobierno aceptable, cuando se tuviera en mente que se buscaban los intereses del pueblo, debido a los obstáculos y dificultades de lograr un progreso socio económico espontáneo. Su sustento se encuentra en el utilitarismo, basado en el principio de la mayor felicidad; que sostiene que se debe actuar siempre con el fin de producir la mayor felicidad para el mayor número de personas.

[3] Filósofo y sociólogo británico que fortaleció el desarrollo del darwinismo social como instrumento para reformar a la sociedad, al especular de manera mecánica que el elemento clave de la realidad radicaba en su interpretación de la evolución natural; por lo que consideraba que en lo social nada debía interferir con lo que consideraba integraban las leyes naturales, lo que implicaba que el más apto es quien sobrevive y los demás perecen.

Para un grupo de jóvenes estudiantes universitarios este ambiente resultó asfixiante, por lo que a decir de Henríquez Ureña (1925) y Quijano (1937), integraron un grupo con Antonio Caso (1883-1946), Alfonso Reyes (1889-1959), Jesús T. Acevedo (1882-1918), Alfonso Cravioto (1884-1955), Ricardo Gómez Robelo (1884-1924), Manuel de la Parra (1878-1930), Jenaro Fernández Mac Grégor (1883-1959) y José Vasconcelos (1882-1959), entre otros, para leer y divulgar a los filósofos que el positivismo condenaba como inútiles, desde Platón hasta Kant y Schopenhauer, además de Nietzsche; descubrieron a Bergson, Boutroux, James, Croce, además de revisar las literaturas modernas de Francia, Inglaterra y España.

Miembros del *Ateneo de la Juventud*. Conferencia del poeta peruano José Santos Chocano, hacia 1912. Crespo Regina (2011), "Entre porteños y cariocas. Alfonso Reyes embajador", en: *Centro Virtual Cervantes*. http://cvc.cervantes.es/literatura/escritores/a_reyes/entorno/crespo.htm

Acevedo concibió la idea de crear una *Sociedad de Conferencias*, en 1907 y 1908, que serían acompañadas con recitales de música y poesía para propagar las nuevas ideas entre los literatos, poetas, músicos y pintores de aquellos años. El Ateneo se formó en 1909 en la *Escuela Nacional Preparatoria*; al decir de Caso, para dar forma social a una nueva era de pensamiento, con el propósito de crear una institución para el cultivo del saber nuevo que habían hallado, el cual no podía encontrarse en las agrupaciones que discutían el *rancio saber escolástico del catolicismo*, aquellas en que se recordaba *la ideología superficial de la época de la Reforma*, ni en *las positivistas dominadas al amparo del despotismo oficial* (Vasconcelos, 1935); para definirse, inspirado en una estética distinta de la de sus antecesores inmediatos, ni romántico ni modernista, ni mucho menos positivista o realista, sino de una manera mística fundado en la belleza, una tendencia a buscar claridades inefables y significaciones eternas (Vasconcelos, 1911).

Mientras que para Mac Gregor (1946), integró un grupo literario de tendencias heterogéneas con la tarea de reunirse para leer y comentar, en donde cada uno de los asociados era distinto radicalmente del otro; con un elemento común a las actividades del grupo, ya que cada uno a su manera colaboró para transformar el ambiente espiritual de la época. Cuyo mérito consistió de la práctica de acudir a las fuentes, ya que con anterioridad existía el hábito de las citas incompletas y vagas, derivadas de lecturas de segunda mano. Señaló que no eran humanistas ni podían serlo, *dado el absurdo y sectario programa de aquella enorme mediocridad de la educación de su época*; señala que:

> ***…en honor de la verdad, y por lo que a algunos de nosotros tocó, ni pudimos haber sido humanistas ni queríamos serlo; desde el principio comprendimos que bien vale la pena sacrificar la posibilidad de leer de corrido en griego y latín, con tal de enterarnos del vasto caudal científico de nuestra época y del saber general de la humanidad; después de todo, las traducciones ya están hechas y si hacen falta más, que se dediquen a eso los traductores.***

Enrique González Martínez
Silenter 1909
Irás sobre la vida de las cosas…
Irás sobre la vida de las cosas
con noble lentitud; que todo lleve
a tu sensoria luz: blancor de nieve,
azul de linfas o rubor de rosas.

Que todo deje en ti como una huella
misteriosa grabada intensamente
lo mismo el soliloquio de la fuente
que el flébil parpadeo de la estrella.

Que asciendas a las cumbres solitarias
y allí, como arpa eólica, te azoten
los borrascosos vientos, y que broten
de tus cuerdas rugidos y plegarias.

Que esquives lo que ofusca y lo que asombra
al humano redil que abajo queda,

y que afines tu alma hasta que pueda
escuchar el silencio y ver la sombra.

Que te ames en ti mismo, de tal modo
compendiando tu ser cielo y abismo,
que sin desviar los ojos de ti mismo
puedan tus ojos contemplarlo todo.

Y que llegues, por fin, a la escondida
playa con tu minúsculo universo,
y que logres oír tu propio verso
en que palpita el alma de la vida.

Alfonso Reyes
Calendario 1924
Del perfecto gobernante

Ya se entiende que el perfecto gobernante no era perfecto; estaba lleno de pequeños errores para que sus enemigos tuvieran donde morder. De este modo, todos vivían contentos.
El pueblo tampoco era perfecto: lleno estaba de extraños impulsos de rencor. Cada año, el gobernante entregaba a la cólera popular una víctima propiciatoria por todos los errores del año.
Había dos ministros: uno de la guerra otro de la paz. El ministro de la guerra era muy prudente y metódico, porque en esto de declarar la guerra hay que irse con pies de plomo, y en esto de administrarla, con manos de araña. El ministro de la paz era muy impetuoso y bárbaro, a fin de dar a los pueblos ese equivalente moral de la guerra, sin el cual, durante la paz, los pueblos desfallecen.
El gobernante procuraba que todas las ruedas de su gobierno giraran sin cesar, porque el uso gasta menos que el abandono. De tiempo en tiempo, al pasar por las alcantarillas, dejaba caer algunas monedas, que luego distribuía entre los que habían bajado a buscarlas.
Un día advirtió el gobernante que los funcionarios no cumplían con eficacia sus cargos: el servicio público era para ellos cosa impuesta, ajena. Entonces dejó que los funcionarios se organizaran en juntas secretas y sociedades carbonarias, con el fin de mandarse solos.
Desde aquel día, el servicio público tuvo para los servidores del Estado todo el atractivo de un complot. Ellos encontraron en el desempeño de sus deberes los deleites de los Siete Pecados, —y el pueblo prosperaba, dichoso.

Alfonso Reyes
Calendario 1924
Romance viejo

Yo salí de mi tierra, hará tantos años, para ir a servir a Dios. Desde que salí de mi tierra me gustan los recuerdos.
En la última inundación, el río se llevó la mitad de nuestra huerta y las caballerizas del fondo. Después se deshizo la casa y se dispersó la familia. Después vino la revolución. Después, nos lo mataron…
Después, pasé el mar, a cuestas con mi fortuna, y con una estrella (la mía) en este bolsillo del chaleco.
Un día, de mi tierra me cortaron los alimentos. Y acá, se desató la guerra de los cuatro años. Derivando siempre hacia el Sur, he venido a dar aquí, entre vosotros.
Y hoy, entre el fragor de la vida, yendo y viniendo —a rastras con la mujer, el hijo, los libros— ¿qué es esto que me punza y brota, y unas veces sale en alegrías sin causa y otras en cóleras tan justas?
Yo me sé muy bien lo que es: que ya me apuntan, que van a nacerme en el corazón las primeras espinas.

Alfonso Reyes
Calendario 1924
Diógenes

Diógenes, viejo, puso su casa y tuvo un hijo. Lo educaba para cazador. Primero lo hacía ensayarse con animales disecados, dentro de casa. Después comenzó a sacarlo al campo.
Y lo reprendía cuando no acertaba.
—Ya te he dicho que veas dónde pones los ojos, y no dónde pones las manos. El buen cazador hace presa con la mirada.
Y el hijo aprendía poco a poco. A veces volvían a casa cargados, que no podían más; entre el tornasol de las plumas se veían los sanguinolentos hocicos y las flores secas de las patas.
Así fueron dando caza a toda la Fábula: al Unicornio de las vírgenes imprudentes, como al contagioso Basilisco; al Pelícano disciplinante y a la misma Fénix, duende de los aromas.
Pero cierta noche que acampaban, y Diógenes proyectaba al azar la luz de su linterna, su hijo le murmuró al oído:
—¡Apaga, apaga tu linterna, padre! ¡Que viene la mejor de las presas, y ésta se caza a oscuras! Apaga, no se ahuyente. ¡Porque ya oigo, ya oigo las pisadas iguales, y hoy sí que hemos dado con el Hombre!

José Vasconcelos

La Raza Cósmica 1925 (fragmento)

Si, pues, somos antiguos geológicamente y también en lo que respecta a la tradición, ¿cómo podremos seguir aceptando esta ficción inventada por nuestros padres europeos, de la novedad de un continente, [3] que existía desde antes de que apareciese la tierra de donde procedían descubridores y reconquistadores?

La cuestión tiene una importancia enorme para quienes se empeñan en buscar un plan en la Historia. La comprobación de la gran antigüedad de nuestro continente parecerá ociosa a los que no miran en los sucesos sino una cadena fatal de repeticiones sin objeto. Con pereza contemplaríamos la obra de la civilización contemporánea, si los palacios toltecas no nos dijesen otra cosa que las civilizaciones pasan, sin dejar más fruto que unas cuantas piedras labradas puestas unas sobre otras, o formando techumbre de bóveda arqueada, o de dos superficies que se encuentran en ángulo. ¿A qué volver a comenzar, si dentro de cuatro o cinco mil años otros nuevos emigrantes divertirán sus ocios cavilando sobre los restos de nuestra trivial arquitectura contemporánea? La historia científica se confunde y deja sin respuesta todas estas cavilaciones. La historia empírica, enferma de miopía, se pierde en el detalle, pero no acierta a determinar un solo antecedente de los tiempos históricos. Huye de las conclusiones generales, de las hipótesis trascendentales, pero cae en la puerilidad de la descripción de los utensilios y de los índices cefálicos y tantos otros pormenores, meramente externos, que carecen de importancia si se les desliga de una teoría vasta y comprensiva.

Sólo un salto del espíritu, nutrido de datos, podrá darnos una visión que nos levante por encima de la microideología del especialista. Sondeamos entonces en el conjunto de los sucesos para descubrir en ellos una dirección, un ritmo y un propósito. Y justamente allí donde nada descubre el analista, el sintetizador y el creador se iluminan.

Ensayemos, pues, explicaciones, no con fantasía de novelista, pero sí con una intuición que se apoya en los datos de la historia y la ciencia.

La raza que hemos convenido en llamar atlántida prosperó y decayó en América. Después de un extraordinario florecimiento, tras de cumplir su ciclo, terminada su misión particular, entró en silencio y fue [4] decayendo hasta quedar reducida a los menguados Imperios azteca e inca, indignos totalmente de la antigua y superior cultura. Al decaer los atlantes la civilización intensa se trasladó a otros sitios y cambió de estirpes; deslumbró en Egipto; se ensanchó en la India y en Grecia injertando en razas nuevas. El ario, mezclándose con los dravidios, produjo el Indostán, y a la vez, mediante otras mezclas, creó la cultura helénica. En Grecia se funda el desarrollo de la civilización occidental o europea, la civilización blanca, que al expandirse llegó hasta las playas olvidadas del continente americano para consumar una obra de recivilización y repoblación. Tenemos entonces las cuatro etapas y los cuatro troncos: el negro, el indio, el mongol y el blanco. Este último, después de organizarse en Europa, se ha convertido en invasor del mundo, y se ha creído llamado a predominar lo mismo que lo creyeron las razas anteriores, cada una en la época de su poderío. Es claro que el predominio del blanco será también temporal, pero su misión es diferente de la de sus predecesores; su misión es servir de puente. El blanco ha puesto al mundo en situación de que todos los tipos y todas las culturas puedan fundirse. La civilización conquistada por los blancos, organizada por nuestra época, ha puesto las bases materiales y morales para la unión de todos los hombres en una quinta raza universal, fruto de las anteriores y superación de todo lo pasado.

La cultura del blanco es emigradora; pero no fue Europa en conjunto la encargada de iniciar la reincorporación del mundo rojo a las modalidades de la cultura preuniversal, representada, desde hace siglos, por el blanco. La misión trascendental correspondió a las dos ramas más audaces de la familia europea; a los dos tipos humanos más fuertes y más disímiles: el español y el inglés.

http://www.filosofia.org/aut/001/razacos.htm

Genaro Fernández MacGregor

Ramón López Velarde. El son del corazón 1932

Prólogo (fragmento)

Una música vaga, desentonada y en sordina que alcanza a los oídos a través de un paisaje quieto, pero rico de olores y colores; una zurda orquesta que descompasa la obra de un genio, como aquella chirimía de indígenas que encontré una tarde magnífica de Tabor y de amor, acompañando a un cadáver al cementerio, y moviéndose en los surcos morenos al ritmo antitético y apenas reconocible de la Marcha fúnebre de Chopin: algo del encanto equívoco de estas evocaciones producen los versos de Ramón López Velarde.

La musicalidad es lo primero que en ellos sorprende ... antes de entenderlos. Es una suave brisa que acaricia o que hace daño vagamente; es un suspiro apasionado o burlón; sentimos estupor ante las asociaciones de sustantivos poéticos y de adjetivos tomados a una tecnología bárbara, adjetivos que a veces huelen a yodoformo; una confusión de lampos, de grisallas, de silencios inexplicables que mantienen hipnotizado al ensueño, pero que, al principio, la razón no acepta. Arte ingenuo y decepcionado que se expresa en una monotonía de canto llano, roto, sin embargo, por la acentuación rara del ritmo irregular. Manso ritmo ordinario, con olores a incienso y a manzana, a ropa almidonada y a guayabate monjil. Aun sin prestar atención a lo que expresa, su cadencia nos trae ya un dejo provinciano persistente.

Y en verdad, el poeta es sólo un provinciano, un zagal que estaba destinado a tañer su bucólica zampoña en la paz pueblerina y que, por ironía de la suerte, ha venido a amargar su alma y a complicar su canto en la gran sirte de esta capital. Era, antes de su éxodo, un primitivo, un pequeño, atónito ante la vida y que la copiaba con la candidez de los precursores en el arte de la pintura. Su temperamento lo asimilaba a los primitivos alemanes: en él la inelegancia de las formas y lo sumario de la factura estaba compensado ampliamente por sus dotes de invención y de movimiento, por el sentido agudo del valor expresivo del detalle, por la gravedad del pensamiento y del sentimiento. Tenía su manera el agrado de una rosa silvestre en una tabla de alfalfa florecida; su conciencia escuchaba el mensaje de la poesía, con el aire tímido y sobrecogido con que Dante Gabriel Rossetti pinta a María al recibir la Anunciación. Hubiera podido ser hermano del monje Gualterio de Coincy, que escribía sus fábulas piadosas en una celda con vistas a un huerto cerrado. El y su escuela dirigían su arte ingenuo a probar la debilidad humana: el hombre es una criatura muy infeliz y muy impotente, incapaz de todo si Dios no lo asiste y no sostiene su voluntad vacilante.

Allá, en su pueblo natal, acólito e inocente, absorbió la paz de la vida eclesiástica y casera sin incidentes; su sueño se envolvía en un rebozo de seda; veía con ojos amigos la plaza provinciana de las dominicas; placíanle los talles y las nucas campesinas de sus conterráneas, las penumbras frescas de su parroquia colonial; las naderías que conmovían al pueblo. Garzón, tuvo que prender los vuelos de su imaginación a las cosas nimias, y sus amores candeales fueron a su prima Agueda, a Fuensanta, la primera novia, a quien rendía dulía diciéndole las jaculatorias con que venerara a la Virgen de su parroquia.

Entonces era su poesía puramente objetiva, bien que ya presagiara clausura en el microcosmos.

Poco a poco descubrió su propio mundo enigmático y diverso. De objetivo se tornó subjetivo y, por ende, más lírico, y pronto, de lo exterior usó únicamente como símbolo. Siguió empleando las mismas imágenes familiares y dilectas, los mismos temas provincianos; pero entrañó en ellos un significado: el viejo pozo verdinoso y taciturno que, en medio a la casona, copia el primer lucero de la noche, fue su maestro.

Como su alma naciera sensible y dependiente, el misticismo la envolvió maternal en sus pulmones; genuflecto se halla ante el misterio, y se promete que, a la hora del cansancio final, los callos de sus rodillas le han de ser viático…

http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/literatura/son/prologo.html

Julio Torri

Ensayos y poemas 1937 (fragmento)

Pero hay otras obras, más numerosas siempre que las que vende el librero, las que se proyectaron y no se ejecutaron; las que nacieron en una noche de insomnio y murieron al día siguiente con el primer albor...

Tienen para nosotros el prestigio de lo fugaz, el refinado atractivo de lo que no se realiza, de lo que vive sólo en el encantado ambiente de nuestro huerto interior. Los escritores que no escriben —Rémy de Gourmont ensalzó esta noble casta— se llevan a la penumbra de la muerte las mejores obras.

http://132.248.101.214/html-docs/lit-mex/18-1/pereira2.pdf

Julio Torri

Circe 1937

¡Circe, diosa venerable! He seguido puntualmente tus avisos. Más no me hice amarrar al mástil cuando divisamos la isla de las sirenas, porque iba resuelto a perderme. En medio del mar silencioso estaba la pradera fatal. Parecía un cargamento de violetas errante por las aguas.

¡Circe, noble diosa de los hermosos cabellos! Mi destino es cruel. Como iba resuelto a perderme, las sirenas no cantaron para mí.

http://132.248.101.214/html-docs/lit-mex/18-1/pereira2.pdf

Julio Torri

De fusilamientos 1940 (fragmento)

a) Mujeres elefantes: maternales, castísimas, perfectas, inspiran siempre un sentimiento esencialmente reverente.

b) Mujeres reptiles: de labios fríos, ojos zarcos, "nos miran sin curiosidad ni comprensión desde otra especie zoológica".

c) Mujeres tarántulas: vestidas siempre de negro, de largas y pesadas pestañas, ojillos de bestezuelas cándidas. Ante ellas, sólo se puede vivir convulso de atracción y espanto.

d) Mujeres asnas: son la tentación y la perdición de los hombres superiores. El diablo a veces adopta su terrible apariencia.

e) Mujeres vacas: de ojos grandes y mugir amenazador, rumian deberes y faenas. Las define el matrimonio

http://132.248.101.214/html-docs/lit-mex/18-1/pereira2.pdf

Revistas Estridentistas: *Actual*, *Irradiador* y *Horizonte*

En diciembre de 1921 el poeta Manuel Maples Arce (1898-1981) publicó el primer número de la revista *Actual* (Hoja de vanguardia No. 1. Comprimido Estridentista), donde hacía alusión al ideólogo, poeta y editor italiano Filippo Tommaso Marinetti (1876-1944), declarándose en contra del tradicionalismo y costumbrismo. Más tarde, señala Ángeles Vázquez (2005c), publicaría *Irradiador: Revista de vanguardia. Proyector internacional*, en 1923, junto al muralista Fermín Revueltas (1901-1935)*;* a la que seguiría la revista *Horizonte,* entre 1926 y 1927, que recibió el apoyo del Gobernador de Veracruz, Heriberto Jara (1879-1968), quien incluso escribió cuentos y artículos bajo el seudónimo de J. Hierro Tavaré.

El grupo estuvo formado, entre otros, por Germán List Arzubide (1898-1998), Salvador Gallardo (1893-1981), Luis Quintanilla (1900?-1980) y el novelista del grupo, Arqueles Vela (1899?-1977), quien publicó *La señorita, etcétera* (1922) y *El café de nadie* (1926).

ACTUAL-Nº1
Hoja de Vanguardia
Comprimido Estridentista
de Manuel Maples Arce

Otros artistas sugerían construir otra realidad, la cual proyectaron en folletos y manifiestos, generando un movimiento vanguardista que cuestionaba la literatura misma, a través de la proletarización de sus formas artísticas y sociales; dentro de las cuales encontramos obras del grabador Leopoldo Méndez (1902-1969), el pintor e ilustrador Ramón Alva de la Canal (1892-1985) y el escultor Germán Cueto (1883-1975). Incluso contribuyeron con una bien realizada edición de la novela de Mariano Azuela, *Los de abajo;* además de anunciar un futuro novedoso para el país, con base en un proyecto de ciudad futurista que identificaban con Xalapa. Los cambios políticos de la época del Maximato precipitaron su disolución, acentuada con la aparición de los *Contemporáneos*, que literalmente los borró del mapa cultural.

Manuel Maples Arce
Andamios Interiores 1922
Prisma

Yo soy un punto muerto en medio de la hora,
equidistante al grito náufrago de una estrella.

Un parque de manubrio se engarrota en la sombra,
y la luna sin cuerda
me oprime en las vidrieras.

Margaritas de oro
deshojadas al viento.

La ciudad insurrecta de anuncios luminosos
flota en los almanaques,
y allá de tarde en tarde,
por la calle planchada se desangra un eléctrico.

El insomnio, lo mismo que una enredadera,
se abraza a los andamios sinoples del telégrafo,
y mientras que los ruidos descerrajan las puertas,
la noche ha enflaquecido lamiendo su recuerdo.

El silencio amarillo suena sobre mis ojos.

Prismal, diáfana mía, para sentirlo todo!
Yo departí sus manos,
pero en aquella hora
gris de las estaciones,
sus palabras mojadas se me echaron al cuello,
y una locomotora
sedienta de kilómetros la arrancó de mis brazos.

Hoy suenan sus palabras más heladas que nunca.

Y la locura de Edison a manos de lluvia!

El cielo es un obstáculo para el hotel inverso
refractado en las lunas sombrías de los espejos;
los violines se suben como la champaña,
y mientras las orejas sondean la madrugada,
el invierno huesoso tirita en los percheros.

Mis nervios se derraman.

La estrella del recuerdo
naufragaba en el agua
del silencio.

Tú y yo
Coincidimos
en la noche terrible,
meditación temática
deshojada en jardines.

Locomotoras, gritos,
arsenales, telégrafos.
El amor y la vida
son hoy sindicalistas,
y todo se dilata en círculos concéntricos.

Manuel Maples Arce
Vrbe, súper poema bolchevique en cinco cantos 1924 (fragmento)
IV
Entre los matorrales del silencio
la oscuridad lame la sangre del crepúsculo.

Las estrellas caídas
son pájaros muertos
en el agua sin sueño
del espejo.

Y las artillerías
sonoras del atlántico
se apagaron,
al fin,
en la distancia.

Sobre la arboladura del otoño,
sopla un viento nocturno:
es el viento de Rusia,
de las grandes tragedias,
y el jardín;
amarillo,
se va a pique en la sombra.

súbito, su recuerdo
chisporrotea en los interiores apagados.

Sus palabras de oro
criban en mi memoria.

Los ríos de las blusas azules
desbordan las esclusas de las fábricas
y los árboles agitadores
manotean sus discursos en la acera.

Los huelguistas se arrojan
pedradas y denuestos,
y la vida es una tumultuosa
conversión hacia la izquierda.

Al margen de la almohada,
la noche es un despeñadero;
y el insomnio
se ha quedado escarbando en mi cerebro
¿De quién son esas voces
que sobrenadan en la sombra?
Y estos trenes que aúllan
hacia los horizontes devastados.

Los soldados
dormirán esta noche en el infierno.

Dios mío,
y de todo este desastre
sólo unos cuantos pedazos
blancos,
de su recuerdo,
se me han quedado entre las manos.

Germán List Arzubide
Estación
Artículo lo.
hay que tocar el piano
en la balsa de los andenes.

Mientras las locomotoras bufan su impaciencia
las arañas tejen
sus telas con hilos de música
para apresar la mariposa eléctrica.

La mecedora
sube por los peldaños de las notas
y un pájaro se deshila
en una overtura fascista
me perdí en la noche lamida de sus medias.
¡Cómo pesa este techo!
Allá fuera una rosa está pidiendo auxilio
y pensar que los postes se mueren de fastidio.

Einstein no ha descubierto
quién inventó las moscas.

Era tan jugosa
de imposibles su boca.

Al fin sus manos se hicieron pedazos.
Pero a pesar de todo
un grillo da su conferencia
interceptando
el mensaje
crispado
de las estrellas.

Germán List Arzubide
Esquina 1923
Esquina (fragmento)
Para hablar en inglés es necesario
cortarse la mitad de la lengua.
Los teléfonos sordomudos
han aprendido a hablar por señas.

¿Quién halará los cables
que arrastran los eléctricos?
La oratoria es el arte de saquear los bolsillos
y el recuerdo se vende de papel recortado
el trabajo es un grito amarillo
¿será un juego de bolsa lo del tiempo barato?

Luis Quintanilla (o Kyn-tanilla)
Radio. Poema inalámbrico en trece mensajes 1924
…IU IIIUU IU…
ULTIMOS SUSPIROS DE MARRANOS DEGOLLADOS EN CHICAGO
ILLINOIS ESTRUENDO DE LAS CAÍDAS DEL NIÁGARA EN
LAS FRONTERAS DE CANADÁ KREISLER REISLER D'ANNUNZIO
FRANCE ETCÉTERA Y LOS JAZZ BANDS DE VIRGINIA Y
TENESI LA ERUPCIÓN DEL POPOCATEPETL SOBRE EL VALLE
DE AMECAMECA ASÍ COMO LA ENTRADA DE LOS ACORAZADOS
INGLESES A LOS DARDANELOS EL GEMIDO NOCTURNO
DE LA ESFINGE EGIPCIA LLOYD GEORGE WILSON Y LENÍN
LOS BRAMIDOS DEL PLESIOSAURIO DIPLODOCUS QUE SE
BAÑA TODAS LAS TARDES EN LOS PANTANOS PESTILENTES
DE PATAGONIA LAS IMPRECACIONES DE GHANDI EN EL BAGDAD
LA CACOFONÍA DE LOS CAMPOS DE BATALLA O DE LAS
ASOLEADAS ARENAS DE SEVILLA QUE SE HARTAN DE TRIPAS
Y SANGRE DE LAS BESTIAS Y DEL HOMBRE BABE RUTH
JACK DEMPSEY Y LOS ALARIDOS DOLOROSOS DE LOS
VALIENTES JUGADORES DE FUTBOL QUE SE MATAN A PUNTAPIES
POR UNA PELOTA.
Todo esto no cuesta ya más que un dólar
por cien centavos tendréis orejas eléctricas
y podréis pescar los sonidos que se mecen
en la hamaca kilométrica de las ondas.
…IU IIIUUU Id…

Luis Quintanilla (o Kyn-tanilla)
Farniente
Sólo el artista puede ver el mundo
sin anteojos.
La ciencia nos hará dioses
pobres hombres rebelados
audaces ladrones del fruto prohibido.
¿Comprendéis
por qué los tiranos guardaban el árbol?
Ningún pájaro sube más alto que el aeroplano
creación del hombre
y los trasatlánticos son más grandes que las ballenas
creación de dios.

Revista Ulises

Fue editada por Salvador Novo (1900-1974) y Xavier Villaurrutia (1903-1950), de 1927 a 1928, con el apoyo económico de Antonieta Rivas Mercado (1900-1931), con la cual se buscó difundir la obra de jóvenes escritores de la época; según Ángeles Vázquez M. (2005a), sería la primera revista en donde la vanguardia europea se divulgaría en el país, por lo que estarían presentes los escritores franceses André Gide, Paul Valéry, Paul Morand, Max Jacob, Marcel Jouhandeau, además de otros de habla inglesa como James Joyce, Carl Sandburg y John Dos Passos.

Al decir de Novo, fue producto de *un grupo de personas ociosas*, que contó con el pintor Agustín Lazo (1896-1971), *cuyas obras no le gustaban a nadie*; un estudiante de filosofía, Samuel Ramos (1897-1959), *a quien no le gustaba el maestro Caso*; un prosista y poeta, Gilberto Owen (1904-1952), *cuyas producciones eran una cosa rarísima* y un joven crítico, Xavier Villaurrutia (1903-1950), *que todo lo encontraba mal*; todos ellos, sin nada mexicano que leer, hablaban de libros extranjeros, por lo que les vino la idea de publicar una pequeña revista de crítica y curiosidades.

En los seis números publicados se difundió la obra de Jorge Cuesta (1903-1942), Gilberto Owen, Jaime Torres Bodet (1902-1974), Enrique González Martínez (1871-1952), Mariano Azuela (1873-1952), Julio Torri (1889-1970), Carlos Pellicer (1897-1977), Ermilo Abreu Gómez (1894-1971), Samuel Ramos (1897-1959) y Eduardo Villaseñor (1896-1978); además de las contribuciones de los pintores Agustín Lazo (1896-1971), Julio Castellanos (1905-1947), Roberto Montenegro (1887-1968) y Diego Rivera (1886-1957).

Salvador Novo

Veinte poemas 1925

Viaje

Los nopales nos sacan la lengua
pero los maizales por estaturas
con su copetito mal rapado
y su cuaderno debajo del brazo
nos saludan con sus mangas rotas.

Los magueyes hacen gimnasia sueca
de quinientos en fondo
y el sol -policía secreto-
(tira la piedra y esconde la mano)
denuncia nuestra fuga ridícula
en la linterna mágica del prado.
A la noche nos vengaremos
encendiendo nuestros faroles
y echando por tierra los bosques.

Alguno que otro árbol
quiere dar clase de filología.
Las nubes inspectoras de monumentos
sacuden las maquetas de los montes.

¿Quién quiere jugar tenis con nopales y tunas
sobre la red de los telégrafos?

Tomaremos más tarde un baño ruso,
en el jacal perdido de la sierra
nos bastará un duchazo de arco iris
nos secaremos con algún stratus.

Xavier Villaurrutia

Nocturno Amor

a Manuel Rodríguez Lozano

El que nada se oye en esta alberca de sombra
no sé cómo mis brazos no se hieren
en tu respiración sigo la angustia del crimen
y caes en la red que tiende el sueño.

Guardas el nombre de tu cómplice en los ojos
pero encuentro tus párpados más duros que el silencio
y antes que compartirlo matarías el goce
de entregarte en el sueño con los ojos cerrados
sufro al sentir la dicha con que tu cuerpo busca
el cuerpo que te vence más que el sueño
y comparo la fiebre de tus manos
con mis manos de hielo
y el temblor de tus sienes con mi pulso perdido
y el yeso de mis muslos con la piel de los tuyos
que la sombra corroe con su lepra incurable
Ya sé cuál es el sexo de tu boca
y lo que guarda la avaricia de tu axila
y maldigo el rumor que inunda el laberinto de tu oreja
sobre la almohada de espuma
sobre la dura página de nieve.

No la sangre que huyó de mí como del arco huye la flecha
sino la cólera circula por mis arterias
amarilla de incendio en mitad de la noche
y todas las palabras en la prisión de la boca
y una sed que en el agua del espejo
sacia su sed con una sed idéntica.

De qué noche despierto a esta desnuda
noche larga y cruel noche que ya no es noche

junto a tu cuerpo más muerto que muerto
que no es tu cuerpo ya sino su hueco
porque la ausencia de tu sueño ha matado a la muerte
y es tan grande mi frío que con un calor nuevo
abre mis ojos donde la sombra es más dura
y más clara y más luz que la luz misma
y resucita en mí lo que no ha sido
y es un dolor inesperado y aún más frío y más fuego
no ser sino la estatua que despierta
en la alcoba de un mundo en el que todo ha muerto.

Samuel Ramos y *El perfil del hombre y la cultura en México* (1934)

Según el autor, el mexicano presenta un sentimiento de inferioridad, que se expresa en el afán por disfrazarse de extranjero y no aceptarse como se es. Señala:

> ***Hay quienes han querido interpretar una de las tesis fundamentales del libro –la que el mexicano padece una inferioridad- como si ella implicara la atribución de una inferioridad real, somática o psíquica, a la raza mexicana… Sostengo que algunas expresiones del carácter mexicano son maneras de compensar un sentimiento inconsciente de inferioridad… Lo que afirmo es que cada mexicano se ha desvalorizado a sí mismo, cometiendo, de este modo, una injusticia a su persona.***

El mexicano para Ramos (1897-1959), señala Cruz (2008):

> ***…es, sobre todo, un disfrazado; se trata de un caumouflage con que se despista a sí mismo y a los demás -haciéndose creer, por ejemplo, que es más fuerte y decidido de lo que en realidad es-. El mexicano recela de cualquier gesto: una constante irritabilidad lo hace reñir con los demás por el motivo más insignificante. Es impulsivo y explosivo. El pelado, sobre todo, busca riña como un modo excitante de elevar su yo deprimido y recobrar su fe en sí mismo. Es desconfiado de sí mismo, lo que lo obliga a vigilar constantemente su yo, desatendiendo la realidad. Además, no tiene ninguna religión, ni profesa ningún credo social o político. Es de igual forma pesimista e Indiferente a los intereses de la colectividad, trabaja para hoy y mañana, pero nunca para después... Toda esta naciente fábrica de anomalías psíquicas se encuentra en la mentalidad del pelado, el burgués y el citadino, y son reflejos de estados emocionales que pueden descubrirse en su medio social.***

Para Villegas (1979: 129):

> ***Ramos ha hecho el análisis y la historia de unos caracteres superestructurales del mexicano, por así decirlo, no de la estructura misma del mexicano. Ramos insiste en que el sentimiento de inferioridad es encubridor del ser del mexicano, pero no ha dicho qué sea éste. En el Perfil, Ramos quiere arrancar el disfraz psicológico del mexicano para examinar su ser auténtico, pero en Hacia un nuevo humanismo admite un ontología, no del ser del mexicano, sino del hombre sin más. De acuerdo con una filosofía circunstacialista en la que se afirma que el hombre es circunstancia, la ontología que corresponde es de un hombre mexicano.***

Revista Contemporáneos

Publicada de 1926 a 1932, en su mayoría por poetas y ensayistas, para Monsiváis (2007) representó un ensayo notable de literatura y pensamiento modernos, que integró una vanguardia que para él no presumió de serlo, mostrando una voluntad obstinada de rigor literario y cuyas figuras principales fueron: Carlos Pellicer (1897-1977), Gilberto Owen (1904-1952), Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1948), José Gorostiza (1901-1973), Jaime Torres Bodet (1902-1974), Jorge Cuesta (1903-1942) y Xavier Villaurrutia (1903-1950).

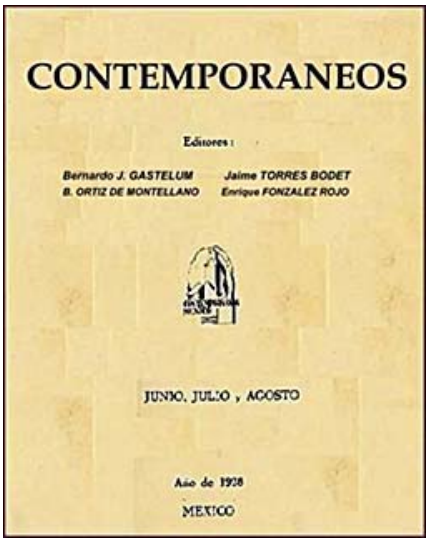
En su momento desconocidos fuera de México, señala Salazar Mallén (2005), se impondrían con sus obras sobre los males de lo que consideraban una cultura provinciana con su cursilería, falsa elocuencia, y convicción patriotera y localista; para ser considerados posteriormente como el grupo de poetas más valiosos de Hispanoamérica en el siglo XX, ya que estaban alertas a las novedades en filosofía, teatro, música, crítica y, en el caso de Jorge Cuesta (1903-1942), de ciencia; integrando un grupo preocupado por los movimientos culturales, frente al deprimente panorama ofrecido en su propio país.

Desde su inicio, apunta Reverte (1986), estuvo atenta a lo mexicano, con artículos sobre actualidades del pensamiento, la literatura, pintura y música, además de difundir la obra de toda una generación de pintores mexicanos, con sus ilustraciones en la revista. Adicionalmente, con su propósito universalista, la revista acogía traducciones y artículos e ilustraciones de artistas europeos y norteamericanos, así como temas españoles e hispanoamericanos de vanguardia. Señala Durán (1989), que:

> ***…no es de extrañar que los principales colaboradores de* Contemporáneos trataran de mantenerse al margen de la política, y *buscaran desesperadamente cualquier torre de marfil que los elevara por encima de un ambiente asfixiante, y terminaran por hallar refugio, muchos de ellos, en la diplomacia que los alejaría por algún tiempo del país.***

El financiamiento de la revista procedió, de junio de 1928 a enero de 1929, del director del Departamento de Salubridad, Bernardo J. Gastélum (1886-1981), quien sería su director; posteriormente Gastélum y Jaime Torres Bodet (1902-1974) saldrían a Europa como diplomáticos, por lo que la revista sería dirigida por Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1949), y el financiamiento provendría del Secretario Asistente de la Secretaría de Relaciones Exteriores, Genaro Estrada (1887-1937).

La desaparición de la revista, según Durán (1989), fue resultado directo de cambios en la administración y en la política, después del asesinato de Obregón; al respecto, Salvador Novo señaló: *Su repentina suspensión se debió a que simultáneamente ingresaron en el servicio diplomático los principales autores de su publicación y se alejaron de México*; mientras que Ermilo Abreu Gómez la explica diciendo que *los cambios políticos dieron al traste con la revista. Ya no hubo dinero para sostenerla*.



http://en.wikipedia.org/wiki/File:LosContemporaneos.jpg

Gilberto Owen
Desvelo 1925
Pureza

¿Nada de amor –¡de nada!– para mí?
Yo buscaba la frase con relieve, la palabra
hecha carne de alma, luz tangible,
y un rayo del sol último, en tanto hacía luz
el confuso piar de mis polluelos.
Ya para entonces se me había vuelto
el diálogo monótono,
y el río, Amor –el río: espejo que anda–,
llevaba mi mirada al mar sin mí.
¡Qué puro eco tuyo, de tu grito
hundido en el ocaso, Amor, la luna,
espejito celeste, poesía!

Carlos Pellicer
Hora de junio 1937
Poesía
Poesía, verdad, poema mío,
fuerza de amor que halló tus manos, lejos
en un vuelo de junios pulió espejos
y halló en la luz la palidez, el frío.
Yo rebosé los cántaros del río,
paré la luz en los remansos viejos,
di órdenes a todos los reflejos;
Junio perfecto dio su poderío.
Poesía, verdad de todo sueño,
nunca he sido de ti más corto dueño
que en este amor en cuyas nubes muero.
Huye de mí, conviérteme en tu olvido,
en el tiempo imposible, en el primero
de todos los recuerdos del olvido.

Bernardo Ortiz de Montellano
Sueño y poesía 1952
Posdata a la lectura de un poeta
Poeta es aquel que llena un vasto silencio con furtivas palabras;
que vuelve de la nada, enlutado y alegre,
inviolado y valiente; que lucha
a zarpazos de lirio con el sueño y la muerte.
Poeta es el solitario que sólo a solas siente

de su furia secreta
la palabra que dice
la forma de lo amorfo de su muerte.

Bernardo Ortiz de Montellano
Sueño y poesía 1952
Poetas de hoy
El inglés tan razonable, filólogo de harmonía.
El alemán delicado, soledad de la elegía.
Seguro de su poder
el francés, el matemático, perfecciona su manía.
La gracia del español
por sus sentidos vapora aromas de Andalucía
o apasionado combate
entre la fe y la razón –pelotari en agonía;
o en sus sueños mexicanos
matiza nocturna magia, palabra de idolatría.
(Como el hombre, la poesía)

Xavier Villaurrutia
Reflejos 1926
Poesía
Eres la compañía con quien hablo
de pronto, a solas.
Te forman las palabras
que salen del silencio
y del tanque de sueño en que me ahogo
libre hasta despertar.
Tu mano metálica
endurece la prisa de mi mano
y conduce la pluma
que traza en el papel su litoral.
Tu voz, hoz de eco,
es el rebote de mi voz en el muro,
y en tu piel de espejo
me estoy mirando mirarme por mil Argos,
por mí largos segundos.
Pero el menor ruido te ahuyenta
y te veo salir
por la puerta del libro
o por el atlas del techo,
por el tablero del piso,
o la página del espejo,
y me dejas
sin más pulso ni voz y sin más cara,
sin máscara como un hombre desnudo
en medio de una calle de miradas.

José Gorostiza
Del poema frustrado 1936
Preludio
Esa palabra que jamás asoma
a tu idioma cantado de preguntas,
esa, desfalleciente,
que se hiela en el aire de tu voz,
sí, como una respiración de flautas
contra un aire de vidrio evaporada,
¡mírala, ay, tócala!

¡mírala ahora!
en esta exangüe bruma de magnolias,
en esta nimia floración de vaho
que -ensombreciendo en luz el ojo agónico
y a funestos pestillos

anclado el tenue ruido de las alas-
guarda un ángel de sueño en la ventana.
¡Qué muros de cristal, amor, qué muros!

Ay ¿para qué silencios de agua?
Esa palabra, sí, esa palabra
que se coagula en la garganta
como un grito de ámbar.
¡Mírala, ay, tócala!
¡mírala ahora!

Mira que, noche a noche, decantada
en el filtro de un áspero silencio,
quedóse a tanto enmudecer desnuda,
hiriente e inequívoca
-así en la entraña de un reloj la muerte,
así la claridad en una cifra-
para gestar este lenguaje nuestro,
inaudible,
que se abre al tacto insomne
en la arena, en el pájaro, en la nube,
cuando negro de oráculos retruena
el panorama de la profecía.

¿Quién, si ella no,
pudo fraguar este universo insigne
que nace como un héroe en tu boca?
¡Mírala, ay, tócala,
mírala ahora,
incendiada en un eco de nenúfares!

¿No aquí su angustia asume la inocencia
de una hueca retórica de lianas?
Aquí entre líquenes de orfebrería
que arrancan de minúsculos canales
¿no echó a tañer al aire
sus cándidas mariposas de escarcha?

Qué, en lugar de esa fe que la consume
hasta la transparencia del destino
¿no aquí -escapada al dardo
tenaz de la estatura-
se remonta insensata una palmera
para estallar en su ficción de cielo,
maestra en fuegos no,
mas en puros deleites de artificio?

Esa palabra, sí, esa palabra,
esa, desfalleciente,
que se ahoga en el humo de una sombra,
esa que gira -como un soplo- cauta
sobre bisagras de secreta lana,
esa en que el aura de la voz se astilla,
desalentada,
como si rebotara
en una bella úlcera de plata,
esa que baña sus vocales ácidas
en la espuma de las palomas sacrificadas,
esa que se congela hasta la fiebre
cuando no, ensimismada, se calcina
en la brusca intemperie de una lágrima,
¡mírala, ay, tócala!
¡mírala ahora!
¡mírala, ausente toda de palabra,
sin voz, sin eco, sin idioma, exacta,

mírala cómo traza
en muros de cristal amores de agua!

Jaime Torres Bodet
Cripta 1937
Poesía

¿Con qué invisible tinta
simpática te habían
escrito en mí las fechas
los sueños y las causas
–para que no te vieran
los ojos de los hombres–
reservado mensaje,
trémula poesía?

Yo me creía exento
del tiempo y del espacio,
eterno como el texto
de un pensamiento claro;
cuando empezó una llama
retórica a morderme
y vi, entre los renglones
que el fuego deshacía,
aparecer la firma
del Rey desesperado
que, desde un siglo muerto,
decreta mis acciones,
envenena mis odios
y poda mis enigmas.

Secreto codicilio
de un testamento falso,
verdad entre pudores,
confesión entre líneas.

¿Quién te escribió en mi pecho
con invisible tinta,
amor que sólo el fuego
revela cuando toca,
dolor que sólo puede
leerse entre cenizas,
decreto de qué sombra,
póstuma poesía?

Octavio Paz
El laberinto de la soledad 1950 (fragmento)

I. El pachuco y otros extremos

A todos, en algún momento, se nos ha revelado nuestra existencia como algo particular, intransferible y precioso. Casi siempre esta revelación se sitúa en la adolescencia. El descubrimiento de nosotros mismos se manifiesta como un sabernos solos; entre el mundo y nosotros se abre una impalpable, transparente muralla: la de nuestra conciencia. Es cierto que apenas nacemos nos sentimos solos; pero niños y adultos pueden trascender su soledad y olvidarse de sí mismos a través de juego o trabajo. En cambio, el adolescente, vacilante entre la infancia y la juventud, queda suspenso un instante ante la infinita riqueza del mundo. El adolescente se asombra de ser. Y al pasmo sucede la reflexión: inclinado sobre el río de su conciencia se pregunta si ese rostro que aflora lentamente del fondo, deformado por el agua, es el suyo. La singularidad de ser —pura sensación en el niño— se transforma en problema y pregunta, en conciencia interrogante.

…Pero así como el adolescente no puede olvidarse de sí mismo —pues apenas lo consigue deja de serlo— nosotros no podemos sustraernos a la necesidad de interrogarnos y contemplarnos. No quiero decir que el mexicano sea por naturaleza crítico, sino que atraviesa una etapa reflexiva. Es natural que después de la fase explosiva de la Revolución, el mexicano se recoja en sí mismo y, por un momento, se contemple. Las preguntas que todos nos hacemos ahora probablemente resulten incomprensibles dentro de cincuenta años. Nuevas circunstancias tal vez produzcan reacciones nuevas.

No toda la población que habita nuestro país es objeto de mis reflexiones, sino un grupo concreto, constituido por esos que, por razones diversas, tienen conciencia de su ser en tanto que mexicanos. Contra lo que se cree, este grupo es bastante reducido. En nuestro territorio conviven no sólo distintas razas y lenguas, sino varios niveles históricos. Hay

quienes viven antes de la historia; otros, como los otomíes, desplazados por sucesivas invasiones, al margen de ella. Y sin acudir a estos extremos, varias épocas se enfrentan, se ignoran o se entredevoran sobre una misma tierra o separadas apenas por unos kilómetros. Bajo un mismo cielo, con héroes, costumbres, calendarios y nociones morales diferentes, viven "católicos de Pedro el Ermitaño y jacobinos de la Era Terciaria". Las épocas viejas nunca desaparecen completamente y todas las heridas, aun las más antiguas, manan sangre todavía. A veces, como las pirámides precortesianas que ocultan casi siempre otras, en una sola ciudad o en una sola alma se mezclan y superponen nociones y sensibilidades enemigas o distantes.[4]

La minoría de mexicanos que poseen conciencia de sí no constituye una clase inmóvil o cerrada. No solamente es la única activa —frente a la inercia indoespañola del resto— sino que cada día modela más el país a su imagen. Y crece, conquista a México. Todos pueden llegar a sentirse mexicanos. Basta, por ejemplo, con que cualquiera cruce la frontera para que, oscuramente, se haga las mismas preguntas que se hizo Samuel Ramos en **El perfil del hombre y la cultura en México**. *Y debo confesar que muchas de las reflexiones que forman parte de este ensayo nacieron fuera de México, durante dos años de estancia en los Estados Unidos. Recuerdo que cada vez que me inclinaba sobre la vida norteamericana, deseoso de encontrarle sentido, me encontraba con mi imagen interrogante. Esa imagen, destacada sobre el fondo reluciente de los Estados Unidos, fue la primera y quizá la más profunda de las respuestas que dio ese país a mis preguntas. Por eso, al intentar explicarme algunos de los rasgos del mexicano de nuestros días, principio con esos para quienes serlo es un problema de verdad vital, un problema de vida o muerte.*

… La existencia de un sentimiento de real o supuesta inferioridad frente al mundo podría explicar, parcialmente al menos, la reserva con que el mexicano se presenta ante los demás y la violencia inesperada con que las fuerzas reprimidas rompen esa máscara impasible. Pero más vasta y profunda que el sentimiento de inferioridad, yace la soledad. Es imposible identificar ambas actitudes: sentirse solo no es sentirse inferior, sino distinto. El sentimiento de soledad, por otra parte, no es una ilusión —como a veces lo es el de inferioridad— sino la expresión de un hecho real: somos, de verdad, distintos. Y, de verdad, estamos solos.

No es el momento de analizar este profundo sentimiento de soledad —que se afirma y se niega, alternativamente, en la melancolía y el júbilo, en el silencio y el alarido, en el crimen gratuito y el fervor religioso—. En todos lados el hombre está solo. Pero la soledad del mexicano, bajo la gran noche de piedra de la Altiplanicie, poblada todavía de dioses insaciables, es diversa a la del norteamericano, extraviado en un mundo abstracto de máquinas, conciudadanos y preceptos morales. En el Valle de México el hombre se siente suspendido entre el cielo y la tierra y oscila entre poderes y fuerzas contrarias, ojos petrificados, bocas que devoran. La realidad, esto es, el mundo que nos rodea, existe por sí misma, tiene vida propia y no ha sido inventada, como en los Estados Unidos, por el hombre. El mexicano se siente arrancado del seno de esa realidad, a un tiempo creadora y destructora, Madre y Tumba. Ha olvidado el nombre, la palabra que lo liga a todas esas fuerzas en que se manifiesta la vida. Por eso grita o calla, apuñala o reza, se echa a dormir cien años.

La historia de México es la del hombre que busca su filiación, su origen. Sucesivamente afrancesado, hispanista, indigenista, "pocho", cruza la historia como un cometa de jade, que de vez en cuando relampaguea. En su excéntrica carrera ¿qué persigue? Va tras su catástrofe: quiere volver a ser sol, volver al centro de la vida de donde un día —¿en la Conquista o en la Independencia?— fue desprendido. Nuestra soledad tiene las mismas raíces que el sentimiento religioso. Es una orfandad, una oscura conciencia de que hemos sido arrancados del Todo y una ardiente búsqueda: una fuga y un regreso, tentativa por restablecer los lazos que nos unían a la creación.

… Algunos pretenden que todas las diferencias entre los norteamericanos y nosotros son económicas, esto es, que ellos son ricos y nosotros pobres, que ellos nacieron en la Democracia, el Capitalismo y la Revolución Industrial y nosotros en la Contrarreforma, el Monopolio y el Feudalismo. Por más profunda y determinante que sea la influencia del sistema de producción en la creación de la cultura, me rehúso a creer que bastará con que poseamos una industria pesada y vivamos libres de todo imperialismo económico para que desaparezcan nuestras diferencias (más bien espero lo contrario y en esa posibilidad veo una de las grandezas de la Revolución) […]

II. Máscaras mexicanas

Viejo o adolescente, criollo o mestizo, general, obrero o licenciado, el mexicano se me aparece como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa. Plantado en su arisca soledad, espinoso y cortés a un tiempo, todo le sirve para defenderse: el silencio y la palabra, la cortesía y el desprecio, la ironía y la resignación. Tan celoso de su intimidad como de la ajena, ni siquiera se atreve a rozar con los ojos al vecino: una mirada puede desencadenar la cólera de esas almas cargadas de electricidad. Atraviesa la vida como desollado; todo puede herirle, palabras y sospecha de palabras. Su lenguaje está lleno de reticencias, de figuras y alusiones, de puntos suspensivos; en su silencio hay repliegues, matices, nubarrones, arco iris súbitos, amenazas indescifrables. Aun en la disputa prefiere la expresión velada a la injuria: "al buen entendedor pocas palabras". En suma, entre la realidad y su persona establece una muralla, no por invisible menos infranqueable, de impasibilidad y lejanía. El mexicano siempre está lejos, lejos del mundo, y de los demás. Lejos, también de sí mismo.

El lenguaje popular refleja hasta qué punto nos defendemos del exterior: el ideal de la "hombría" consiste en no "rajarse" nunca. Los que se "abren" son cobardes. Para nosotros, contrariamente a lo que ocurre con otros pueblos,

---

[4] Nuestra historia reciente abunda en ejemplos de esta superposición y convivencia de diversos niveles históricos: el neofeudalismo porfirista (uso este término en espera del historiador que clasifique al fin en su originalidad nuestras etapas históricas) sirviéndose del positivismo, filosofía burguesa, para justificarse históricamente; Caso y Vasconcelos —iniciadores intelectuales de la Revolución— utilizando las ideas de Boutroux y Bergson para combatir al positivismo porfirista; la Educación Socialista en un país de incipiente capitalismo; los frescos revolucionarios en los muros gubernamentales... Todas estas aparentes contradicciones exigen un nuevo examen de nuestra historia y nuestra cultura, confluencia de muchas corrientes y épocas. [Nota del autor]

abrirse es una debilidad o una traición. El mexicano puede doblarse, humillarse, "agacharse", pero no "rajarse", esto es, permitir que el mundo exterior penetre en su intimidad. El "rajado" es de poco fiar, un traidor o un hombre de dudosa fidelidad, que cuenta los secretos y es incapaz de afrontar los peligros como se debe. Las mujeres son seres inferiores porque, al entregarse, se abren. Su inferioridad es constitucional y radica en su sexo, en su "rajada", herida que jamás cicatriza.

El hermetismo es un recurso de nuestro recelo y desconfianza. Muestra que instintivamente consideramos peligroso al medio que nos rodea. Esta reacción se justifica si se piensa en lo que ha sido nuestra historia y en el carácter de la sociedad que hemos creado. La dureza y hostilidad del ambiente —y esa amenaza, escondida e indefinible, que siempre flota en el aire— nos obligan a cerrarnos al exterior, como esas plantas de la meseta que acumulan sus jugos tras una cáscara espinosa. Pero esta conducta, legítima en su origen, se ha convertido en un mecanismo que funciona solo, automáticamente. Ante la simpatía y la dulzura nuestra respuesta es la reserva, pues no sabemos si esos sentimientos son verdaderos o simulados. Y además, nuestra integridad masculina corre tanto peligro ante la benevolencia como ante la hostilidad. Toda abertura de nuestro ser entraña una dimisión de nuestra hombría.

Nuestras relaciones con los otros hombres también están teñidas de recelo. Cada vez que el mexicano se confía a un amigo o a un conocido, cada vez que se "abre", abdica. Y teme que el desprecio del confidente siga a su entrega. Por eso la confidencia deshonra y es tan peligrosa para el que la hace como para el que la escucha; no nos ahogamos en la fuente que nos refleja, como Narciso, sino que la cegamos. Nuestra cólera no se nutre nada más del temor de ser utilizados por nuestros confidentes —temor general a todos los hombres— sino de la vergüenza de haber renunciado a nuestra soledad. El que se confía, se enajena; "me he vendido con Fulano", decimos cuando nos confiamos a alguien que no lo merece. Esto es, nos hemos "rajado", alguien ha penetrado en el castillo fuerte. La distancia entre hombre y hombre, creadora del mutuo respeto y la mutua seguridad, ha desaparecido. No solamente estamos a merced del intruso, sino que hemos abdicado.

Todas estas expresiones revelan que el mexicano considera la vida como lucha, concepción que no lo distingue del resto de los hombres modernos. El ideal de hombría para otros pueblos consiste en una abierta y agresiva disposición al combate; nosotros acentuamos el carácter defensivo, listos a repeler el ataque. El "macho" es un ser hermético, encerrado en sí mismo, capaz de guardarse y guardar lo que se le confía. La hombría se mide por la invulnerabilidad ante las armas enemigas o ante los impactos del mundo exterior. El estoicismo es la más alta de nuestras virtudes guerreras y políticas. Nuestra historia está llena de frases y episodios que revelan la indiferencia de nuestros héroes ante el dolor o el peligro. Desde niños nos enseñan a sufrir con dignidad las derrotas, concepción que no carece de grandeza. Y si no todos somos estoicos e impasibles —como Juárez y Cuauhtémoc— al menos procuramos ser resignados, pacientes y sufridos. La resignación es una de nuestras virtudes populares. Más que el brillo de la victoria nos conmueve la entereza ante la adversidad […]

Octavio Paz

Libertad bajo palabra 1957

¿Águila o sol? (Fragmento)

Comienzo y recomienzo. Y no avanzo. Cuando llego a las letras fatales, la pluma retrocede: una prohibición implacable me cierra el paso. Ayer, investido de plenos poderes, escribía con fluidez sobre cualquier hoja disponible: un trozo de cielo, un muro (impávido ante el sol y mis ojos), un prado, otro cuerpo. Todo me servía: la escritura del viento, la de los pájaros, el agua, la piedra.

¡Adolescencia, tierra arada por una idea fija, cuerpo tatuado de imágenes, cicatrices resplandecientes! El otoño pastoreaba grandes ríos, acumulaba esplendores en los picos, esculpía plenitudes en el Valle de México, frases inmortales grabadas por la luz en puros bloques de asombro. Hoy lucho a solas con una palabra. La que me pertenece, a la que pertenezco: ¿cara o cruz, águila o sol? [...]

Octavio Paz

***Piedra de sol* (fragmento)**

Un sauce de cristal, un chopo de agua,
un alto surtidor que el viento arquea,
un árbol bien plantado mas danzante,
un caminar de río que se curva,
avanza, retrocede, da un rodeo
y llega siempre:

un caminar tranquilo
de estrella o primavera sin premura,
agua que con los párpados cerrados
mana toda la noche profecías,
unánime presencia en oleaje,
ola tras ola hasta cubrirlo todo,
verde soberanía sin ocaso
como el deslumbramiento de las alas
cuando se abren en mitad del cielo,
un caminar entre las espesuras
de los días futuros y el aciago

fulgor de la desdicha como un ave
petrificando el bosque con su canto
y las felicidades inminentes
entre las ramas que se desvanecen,
horas de luz que pican ya los pájaros,
presagios que se escapan de la mano,

una presencia como un canto súbito,
como el viento cantando en el incendio,
una mirada que sostiene en vilo
al mundo con sus mares y sus montes,
cuerpo de luz filtrada por un ágata,
piernas de luz, vientre de luz, bahías,
roca solar, cuerpo color de nube,
color de día rápido que salta,
la hora centellea y tiene cuerpo,
el mundo ya es visible por tu cuerpo,
es transparente por tu transparencia,

voy entre galerías de sonidos,
fluyo entre las presencias resonantes,
voy por las transparencias como un ciego,
un reflejo me borra, nazco en otro,
oh bosque de pilares encantados,
bajo los arcos de la luz penetro
los corredores de un otoño diáfano,
voy por tu cuerpo como por el mundo,
tu vientre es una plaza soleada,
tus pechos dos iglesias donde oficia
la sangre sus misterios paralelos,
mis miradas te cubren como yedra,
eres una ciudad que el mar asedia,
una muralla que la luz divide
en dos mitades de color durazno,
un paraje de sal, rocas y pájaros
bajo la ley del mediodía absorto,

vestida del color de mis deseos
como mi pensamiento vas desnuda,
voy por tus ojos como por el agua,
los tigres beben sueño en esos ojos,
el colibrí se quema en esas llamas,
voy por tu frente como por la luna,
como la nube por tu pensamiento,
voy por tu vientre como por tus sueños,

tu falda de maíz ondula y canta,
tu falda de cristal, tu falda de agua,
tus labios, tus cabellos, tus miradas,
toda la noche llueves, todo el día
abres mi pecho con tus dedos de agua,
cierras mis ojos con tu boca de agua,
sobre mis huesos llueves, en mi pecho
hunde raíces de agua un árbol líquido,
voy por tu talle como por un río,
voy por tu cuerpo como por un bosque,
como por un sendero en la montaña
que en un abismo brusco se termina,
voy por tus pensamientos afilados
y a la salida de tu blanca frente
mi sombra despeñada se destroza,
recojo mis fragmentos uno a uno
y prosigo sin cuerpo, busco a tientas,

Libertad bajo palabra, México, Fondo de Cultura Económica, 3ª 1995

Enrique Díez Canedo

Oración en el Jardín

Yo me quiero morir como se muere
todos los años el jardín, y luego
renacer de igual modo que renace
todos los años el jardín. Se han ido
los pájaros; volaron, pero no tenían alas.
No me quiero morir como las hojas,
ni quiero ser el árbol de perenne
verdor adusto, ni el arbusto dócil
cortado en seto, sino el árbol libre,
desnudo atleta que en el suelo ahínca
las fuertes plantas y en el aire tuerce
los recios brazos; no el verdor eterno
sino la fronda renovada, el fruto
cuando el año lo envíe. Aquí me tienes,
Señor, desnudo como el árbol. Dame
tu bautismo de lluvias y tu crisma
de sol, y dame vestiduras nuevas,
inmaculadas. El jardín de invierno
callado está: mi corazón callado.
Habla tú; luego, vísteme de hojas.
Algo de tus palabras, al moverse,
repetirán, como inspiradas lenguas.

http://www.epdlp.com/texto.php?id2=434íe

Revista Taller

Su publicación, 1938-1941, fue una obra de divulgación literaria emprendida por Octavio Paz (1914-1998), quien contó inicialmente con el apoyo de Rafael Solana (1915-1992); al decir de Correa (1999), el apoyo económico provino del propio Secretario de Relaciones Exteriores, Genaro Estrada (1887-1937); mientras que Paz sostuvo que los recursos provinieron de Eduardo Villaseñor (1896-1978), *un político amante de la literatura* (Ylizaliturri, 1999), quien formó parte del grupo *Contemporáneos*, cuando Solana salió del país para dirigirse a Europa, después de la publicación del primer número. Como en casos precedentes, unió a antiguos condiscípulos de la Escuela Nacional Preparatoria, como Rafael Solana, Efraín Huerta (1914-1982), Paz y otros, en tareas de divulgación literaria, a partir de la publicación de *Taller Poético*; que era, al decir de Paz (Ylizaliturri, 1999):

> ***…una revista como el mismo Solana: ecléctica, reverenciosa, amante de las jerarquías, de los premios, de los honores, como si la literatura fuera una fiesta de fin de año. Todo el mundo tenía que tener su lugarcito, su regalo, su medalla, su aplauso. Se había suprimido el elemento crítico, la mirada combativa.…***

Para Durán (1989) la creación de la revista, en plena renovación cardenista, expresaría las inquietudes de una generación más joven y más preocupada por los problemas sociales, llegando incluso a defender posturas verdaderamente revolucionarias. Al respecto, Monsiváis (1966: 55) apunta que:

> ***En los treintas, lo inevitable es la toma de conciencia. Los treintas, internacionalmente, es una década proletaria, la era de las novelas de Steinbeck y los procesos de Moscú, del New Deal y las guerras de Abisinia. Sobre todo, los treintas es la guerra de España. En torno a este gran momento histórico se sitúan y se definen todos los escritores sin excepción.***

Lo que llevó a Paz a señalar,[5] según Monsiváis:

> ***Para nosotros la actividad política y la revolucionaria se confundían y eran lo mismo. Cambiar al hombre exigía el previo cambio de la sociedad ... (se trataba) de la imperiosa necesidad, política y moral, de destruir a la sociedad burguesa para que el hombre total, el hombre político, dueño al fin de si mismo, apareciese ... para la mayoría del grupo, amor, poesía y revolución eran tres sinónimos ardientes.***

Sobre lo cual, según Monsiváis (1966), el propio Paz aclaró en su momento que:

> ***…la mayoría de los jóvenes experimentaban igual repugnancia ante las dos doctrinas estéticas que en aquellos años eran utilizadas como proyectiles contra los escritores independientes: el***

[5] Texto de Paz que lleva la fecha 1981 y aparece en las páginas de introducción en la edición facsimilar de *Taller* hecha por el Fondo de Cultura Económica, México, 1942, p. 21

"nacionalismo" y el "realismo socialista". La polémica sobre la libertad del arte fue el comienzo de sus diferencias con el marxismo en sus distintas versiones: esas diferencias, al cabo de unos pocos años, se hicieron, para la mayoría de los jóvenes, más y más profundas e insalvables.

También señaló Paz que, sin ser cardenistas simpatizaron con sus políticas de oposición a Plutarco Elías Calles, aplaudieron sus medidas económicas, sociales y su política internacional de ayuda a la República Española, con el asilo a León Trotsky y a las victimas del fascismo, al mismo tiempo que no apoyaron su política educativa y cultural con la *educación socialista*, la hostilidad contra la Universidad, la protección impartida a muchos y mediocres artistas y escritores que se llamaron revolucionarios; aclarando que en *Taller* nadie profesó, salvo quizá Efraín Huerta, la doctrina del realismo socialista, por lo que fue escasa la simpatía por el arte nacionalista y la literatura de propaganda.

El primer número de *Taller* incluía un texto de Solana sobre la pintora María Izquierdo (1902-1955), quien diseñó la portada y las viñetas, un ensayo de Octavio Paz, poemas de Huerta y Federico García Lorca, además del relato *Retrato de mi madre* de Andrés Henestrosa (1906-2008); mientras que el número cuatro incluyó una traducción de José Ferrel, de *Una temporada en el Infierno* de Rimbaud, con un prólogo del poeta guatemalteco Luis Cardoza y Aragón (1901-1992); en la revista se publicó la primera colección de poemas de T.S. Eliot en lengua española, con una nota de Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1949) y traducciones de Rodolfo Usigli (1905-1979) y otros; desde el primer número fue constante la colaboración en *Taller* de integrantes del grupo de *Contemporáneos*, como Xavier Villaurrutia (1903-1950), Jorge Cuesta (1903-1942), Carlos Pellicer (1897-1977) y Bernardo Ortiz de Montellano (1899-1949).

Las peripecias de la revista con la salida a Europa de Solana, al decir de Paz (Ylizaliturri, 1999), se solucionaron con la incorporación de autores españoles como Ramón Gaya (1910-2005), quien sería el autor de las viñetas y el diseño de la portada, además de la ayuda económica de Alfonso Reyes (1889-1959), a través de anuncios de la *Casa de España*.

Sobre *Retrato de mi madre* de Henestrosa, un breve relato donde evoca su paisaje nativo y substantivo, su mundo interior, comenta Castañón (2006):

…de regreso en México [1938], se cruza con un Octavio Paz de veinticuatro años, quien le pide una colaboración para el número inicial de la revista* Taller*, fundada por Efraín Huerta, Rafael Solana y él mismo: Le confié nuestro proyecto —dice Paz— y le pedí que nos diese una colaboración (...). Se me quedó viendo, sacó de una bolsa unas páginas y me las entregó diciéndome: Lee esto. Era un fragmento de una carta a una amiga norteamericana (Ruth Dworkin). Era también, para emplear la expresión de Reyes, un arranque de novela. Mi seducción fue instantánea. Le pedí que me diese esas páginas para el primer número, y al día siguiente se las entregué a Solana.

Andrés Henestrosa

Retrato de mi madre 1940 (Fragmento)

No duró mucho aquel amor. Doce años después mi padre murió. Mucho tiempo para el sufrimiento, pero un instante para la dicha.(...) Mi madre vivió llorando. Después se secó las lágrimas, y una gran resignación, refugio de mis dos sangres oprimidas, ocupó el sitio del infortunio. (...) Silbó el tren. Me monté en él y estoy seguro que lloró aquella noche todas las lágrimas que ante mí contuvo. Estoy seguro porque yo me siento anclado, igual que una pequeña embarcación, a un río de lágrimas.".

http://www.amor.com.mx/poemas_de_andres_henestrosa.htm

Efraín Huerta

Absoluto amor 1935

Como una limpia mañana de besos morenos
cuando las plumas de la aurora comenzaron
a marcar iniciales en el cielo. Como recta
caída y amanecer perfecto.

Amada inmensa
como una violeta de cobalto puro
y la palabra clara del deseo.

Gota de anís en el crepúsculo
te amo con aquella esperanza del suicida poeta
que se meció en el mar
con la más grande de las perezas románticas.

Te miro así
como mirarían las violetas una mañana
ahogada en un rocío de recuerdos.

Es la primera vez que un absoluto amor de oro
hace rumbo en mis venas.

Así lo creo te amo
y un orgullo de plata me corre por el cuerpo.

Revista Tierra Nueva (1940-1942)

Esta publicación, según Martínez (1961: 117-118), recibió el apoyo de impresión por la Universidad, a través de su Secretario General Mario de la Cueva (1901-1981); lo que permitió que se continuara la divulgación de la obra poética de Octavio Paz (1914-1998) y Efraín Huerta (1914 - 1982), además de las contribuciones de Alí Chumacero (1918-2010), Jorge González Durán (1920?-1986) y Manuel Calvillo (1918-2009), entre otros; mientras la critica literaria y la historia de la literatura estuvo a cargo de José Luis Martínez (1918-2007) y Leopoldo Zea (1912-2004) se ocupó de los asuntos filosóficos, de acuerdo con Durán (1989).

Buscaron, de acuerdo con Martínez (1949), aprovechar las inquietudes más válidas de las generaciones anteriores, guardando un equilibrio entre la tradición y la modernidad, con rigor en su formación literaria. Para Durán (1989), los años en que se publican *Taller* y *Tierra Nueva*, 1938-1942, coinciden con la estabilización de la sociedad mexicana y su política, debido al auge económico propiciado por la demanda de materias primas generado por la guerra mundial, además del enorme aporte cultural proporcionado por la llegada de los refugiados españoles en 1939; por lo que la literatura mexicana se preparó, desde la publicación de *Contemporáneos*, a dar un gran salto hacia adelante.

Mientras que para Monsiváis (1966:59), *Tierra Nueva* integraría:

> ***…una revista más bien antológica, sin demasiadas pretensiones polémicas, que aspira a mostrar, a través de la unidad de las generaciones, la riqueza, y variedad de la literatura mexicana. Surge cuando el país le cobra apego a la institucionalidad y pide, en el avilacamachismo, la estabilidad que autorice el desarrollo de la burguesía nacional, cansada de verse representando una función demagógica por completo extraña a sus intereses... De la literatura ya no se piden consignas ni motines, sino seguridades: la certeza de habitar un país con tradiciones vastísimas, la certidumbre de un genio nacional ... la seguridad de un carácter especifico, y ¿por que no?, portentoso.***

Jorge González Durán
Seis asonancias y un epílogo (fragmento)
Se ha caído la voz en el abismo
de la espera tan blanca de los lirios ...
Soledad por las hojas enterrada
lleva sangre de todos los caminos,
sufre rondas perdidas en la boca,
canta el árbol amargo del suspiro

Jorge González Durán
Soledad de siempre (fragmento)
... Tú
sola y ausente,
en el presagio lento de la lluvia

Estas gotas tan solas que me duelen
congeladas al beso de los vidrios,
este negro,
este luto,
este soñarte lejos en el siempre

José Luis Martínez
Dos poemas a tu olvido (fragmento)
Ya sin ti
me derrumba la muerte,
me aniega en esta sombra que me sube a los ojos
para atraerme al fin, con tanta lenta agonía
hacia la orilla oscura que me aspira

Alí Chumacero
Muerte al hombre (fragmento)
Eres la savia pura,

la flor, la espuma y la sonrisa,
eres el ser que por mi sangre es
como la estrella última del cielo

Alí Chumacero
En la orilla del silencio (fragmento)
Junto a mi mismo, dentro
ahí donde no crece ni la noche. . .
Ahora que en mi piel
un solo y único sollozo
germina lentamente, apagado...
Igual que una piedra hundida entre las aguas
rondando incontenible en busca de la muerte,
y siento que ya el sueño navega en el misterio

Novela de la Revolución y los temas nacionales, regionales e indigenístas

Martín Luis Guzmán
El Águila y la Serpiente 1928
La fiesta de las balas (fragmento)

Llegó al corral donde tenían encerrados, como rebaño de reses, a los trescientos prisioneros colorados condenados a morir, y se detuvo un instante a mirar por sobre las tablas de la cerca. Vistos desde allí, aquellos trescientos huertistas hubieran podido pasar por otros tantos revolucionarios. Eran de la fina raza de Chihuahua: altos los cuerpos, sobrias las carnes, robustos los cuellos, bien conformados los hombros sobre espaldas vigorosas y flexibles. Fierro consideró de una sola ojeada el pequeño ejército preso, lo apreció en su valor militar —y en su valer— y sintió una pulsación rara, un estremecimiento que le bajaba desde el corazón, o desde la frente, hasta el índice de la mano derecha. Sin quererlo ni sentirlo, la palma de esa mano fue a posársele en las cachas de la pistola.

—Batalla, ésta —pensó.

Indiferentes a todo, los soldados de caballería que vigilaban a los prisioneros no se fijaban en él. A ellos no les preocupaba más que la molestia de estar montando una guardia fatigosa —guardia incomprensible después de la excitación del combate— y que les exigía tener lista la carabina, cuya culata apoyaban en el muslo. De cuando en cuando, si algún prisionero parecía apartarse, los soldados apuntaban con aire resuelto y, de ser preciso, hacían fuego. Una onda rizaba entonces el perímetro informe de la masa de prisioneros, los cuales se replegaban para evitar el tiro. La bala pasaba de largo o derribaba a alguno.

Fierro avanzó hasta la puerta del corral; gritó a un soldado, que vino a descorrer las trancas, y entró. Sin quitarse el sarape de sobre los hombros echó pie a tierra. El salto le deshizo el embozo. Tenía las piernas entumecidas de cansancio y de frío: las estiró. Se acomodó las dos pistolas. Se puso luego a observar despacio la disposición de los corrales y sus diversas divisiones. Dio varios pasos hasta una de las cercas, sin soltar la brida, la cual trabó entre dos tablas, para dejar sujeto el caballo. Sacó de las cantinas de la silla algo que se metió en los bolsillos de la chaqueta, y atravesó el corral a poca distancia de los prisioneros.

Los corrales eran tres, comunicados entre sí por puertas interiores y callejones angostos. Del que ocupaban los colorados, Fierro pasó, deslizando el cuerpo entre las trancas de la puerta, al de en medio; en seguida, al otro. Allí se detuvo. Su figura, grande y hermosa, irradiaba un aura extraña, algo superior, algo prestigioso y a la vez adecuado al triste abandono del corral. El sarape había venido resbalándole del cuerpo hasta quedar pendiente apenas de los hombros: los cordoncillos de las puntas arrastraban por el suelo. Su sombrero, gris y ancho de ala, se teñía de rosa al recibir de soslayo la luz poniente del sol. Vuelto de espaldas, los prisioneros lo veían desde lejos, a través de las cercas. Sus piernas formaban compás hercúleo y destellaban; el cuero de sus mitasas brillaba en la luz del atardecer.

A unos cien metros, por la parte exterior a los corrales, estaba el jefe de la tropa encargada de los prisioneros. Fierro lo vio y le indicó a señas que se acercara. El oficial cabalgó hasta el sitio de la valla más próximo a Fierro. Éste caminó hacia él. Hablaron. Por momentos, conforme hablaban, Fierro fue señalando diversos puntos del corral donde se encontraba y del corral contiguo. Después describió, moviendo la mano, una serie de evoluciones que repitió el oficial como con ánimo de entender mejor. Fierro insistió dos o tres veces en una maniobra al parecer muy importante, y el oficial entonces, seguro de las órdenes recibidas, partió al galope hacia donde estaban los prisioneros.

Tornó Fierro al centro del corral, y otra vez se mantuvo atento a estudiar la disposición de las cercas y cuanto las rodeaba. De los tres corrales, aquél era el más amplio, y según parecía, el primero en orden —el primero con relación al pueblo—. Tenía en dos de sus lados sendas puertas hacia el campo: puertas de trancas más estropeadas —por mayor uso— que las de los corrales posteriores, pero de maderos más fuertes. En otro lado se abría la puerta que daba al corral inmediato, y el lado restante no era una simple valla de madera, sino tapia de adobes, de no menos de tres metros de altura. La tapia mediría como sesenta metros de largo, de los cuales, veinte servían de fondo a un cobertizo o pesebre, cuyo tejado bajaba de la barda y se asentaba, de una parte, en los postes, prolongados, del extremo de una de las cercas que lindaban con el campo, y de la otra, en una pared, también de adobe, que salía perpendicularmente de la tapia y avanzaba cosa de quince metros hacia los medios del corral. De

esta suerte, entre, entre el cobertizo y la valla del corral próximo venía a quedar un espacio cerrado en dos de sus lados por paredes macizas. En aquel rincón el viento de la tarde amontonaba la basura y hacía sonar con ritmo anárquico, golpeándolo contra el brocal de un pozo, un cubo de hierro. Del brocal del pozo se elevaban con dos palos secos, toscos, terminados en horquetas, sobre los cuales se atravesaba otro más, y desde éste pendía la cadena de una garrucha, que también sonaba movida por el viento. En lo más alto de una de las horquetas un pájaro grande —inmóvil, blanquecino— se confundía con las puntas del palo, resecas y torcidas.

Fierro se hallaba a cincuenta pasos del pozo. Detuvo un segundo la vista sobre la quieta figura del pájaro, y, como si la presencia de éste encajara a pelo en sus reflexiones, sin cambiar de expresión, ni de postura, ni de gesto, sacó la pistola lentamente. El cañón del arma, largo y pulido, se transformó en dedo de rosa a la luz poniente del sol. Poco a poco el gran dedo fue enderezándose hasta señalar en dirección del pájaro. Sonó el disparo —seco y diminuto en la inmensidad de la tarde— y el animal cayó al suelo. Fierro volvió la pistola a la funda.

En aquel instante un soldado, trepando a la cerca, saltó dentro del corral. Era el asistente de Fierro. Había dado el brinco desde tan alto que necesitó varios segundos para erguirse otra vez. Al fin lo hizo y caminó hacia donde estaba su amo. Fierro le preguntó, sin volver la cara:

—¿Qué hubo con ésos? Si no vienen pronto, se hará tarde.

—Parece que ya vienen ay —contestó el asistente.

—Entonces, tú ponte allí. A ver, ¿qué pistola traes?

—La que usted me dio, mi jefe. La mitigüeson.

—Sácala pues, y toma estas cajas de parque. ¿Cuántos tiros dices que tienes?

—Unas quince docenas, con los que he arrejuntado hoy, mi jefe. Otros hallaron hartos, yo no.

—¿Quince docenas?... Te dije el otro día que si seguías vendiendo el parque para emborracharte iba a meterte una bala en la barriga.

—No, mi jefe.

—No mi jefe, qué.

—Que me embriago, mi jefe, pero no vendo el parque.

—Pues cuidadito, porque me conoces. Y ahora ponte vivo, para que me salga bien esta ancheta. Yo disparo y tú cargas las pistolas. Y oye bien esto que te voy a decir: si por tu culpa se me escapa uno siquiera de los colorados, te acuesto con ellos.

—¡Ah, qué mi jefe!

—Como lo oyes.

El asistente extendió su frazada sobre el suelo y vació en ella las cajas de cartuchos que Fierro acababa de darle. Luego se puso a extraer uno a uno los tiros que traía en las cananas de la cintura. Quería hacerlo tan de prisa, que se tardaba más de la cuenta. Estaba nervioso, los dedos se le embrollaban.

—¡Ah, qué mi jefe! —seguía pensando para sí.

Mientras tanto, del otro lado de la cerca que limitaba el segundo corral fueron apareciendo algunos soldados de la escolta. Montados a caballo, medio busto les sobresalía del borde de las tablas. Muchos otros se distribuyeron a lo largo de las dos cercas restantes.

Fierro y su asistente eran los únicos que estaban dentro del primero de los tres corrales: Fierro, con una pistola en la mano y el sarape caído a los pies; el asistente, en cuclillas, ordenando sobre su frazada las filas de cartuchos. El jefe de la escolta entró a caballo por la puerta que comunicaba con el corral contiguo y dijo:

—Ya tengo listos los primeros diez. ¿Te los suelto?

Fierro respondió:

—Sí, pero antes entéralos bien del asunto: en cuanto asomen por la puerta yo empezaré a dispararles; los que lleguen a la barda y la salten quedan libres. Si alguno no quiere entrar, tú métele bala.

Volvió el oficial por donde había venido, y Fierro, pistola en mano, se mantuvo alerta, fijos los ojos en el estrecho espacio por donde los prisioneros iban a irrumpir. Se había situado lo bastante próximo a la valla divisoria para que, al hacer fuego, las balas no alcanzaran a los colorados que todavía estuviesen del lado de ella: quería cumplir lealmente lo prometido. Pero su proximidad a las tablas no era tanta que los prisioneros, así que empezase la ejecución, no descubrieran, en el acto mismo de trasponer la puerta, la pistola que les apuntaría a veinte pasos. A espaldas de Fierro el sol poniente convertía el cielo en luminaria roja. El viento seguía soplando.

En el corral donde estaban los prisioneros creció el rumor de voces —voces que los silbos del viento destrozaban, voces como de vaqueros que arrearan ganado—. Era difícil la maniobra de hacer pasar del corral último al corral de en medio a los trescientos hombres condenados a morir en masa; el suplicio que los amenazaba hacía encresparse su muchedumbre con sacudidas de organismo histérico. Se oía gritar a la gente de la escolta, y, de minuto en minuto, los disparos de carabina recogían las voces, que sonaban en la oquedad de la tarde como chasquido en la punta de un latigazo.

De los primeros prisioneros que llegaron al corral intermedio un grupo de soldados segregó diez. Los soldados no bajaban de veinticinco. Echaban los caballos sobre los presos para obligarlos a andar; les apoyaban contra la carne las bocas de las carabinas.

—¡Traidores! ¡Jijos de la rejija! ¡Ora vamos a ver qué tal corren y brincan! ¡Eche usté p'allá, traidor!

Y así los hicieron avanzar hasta la puerta de cuyo otro lado estaban Fierro y su asistente. Allí la resistencia de los colorados se acentuó; pero el golpe de los caballos y el cañón de las carabinas los persuadieron a optar por el otro peligro, por el peligro de Fierro, que no estaba a un dedo de distancia, sino a veinte pasos.

Tan pronto como aparecieron dentro de su visual, Fierro los saludó con extraña frase —frase a un tiempo cariñosa y cruel, de ironía y de esperanza:

—¡Ándenles, hijos: que nomás yo tiro y soy mal tirador!
Ellos brincaban como cabras. El primero intentó abalanzarse sobre Fierro, pero no había dado tres saltos cuando cayó acribillado a tiros por los soldados dispuestos a lo largo de la cerca. Los otros corrieron a escape hacia la tapia: loca carrera que a ellos les parecía como de sueño. Al ver el brocal del pozo, uno quiso refugiarse allí: la bala de Fierro lo alcanzó primero. Los demás siguieron alejándose; pero uno a uno fueron cayendo —Fierro disparó ocho veces en menos de seis segundos—, y el último cayó al tocar con los dedos los adobes que, por un extraño capricho de este momento, separaban de la región de la vida la región de la muerte. Algunos cuerpos dieron aún señales de estar vivos; los soldados, desde su puesto, tiraron para rematarlos. Y vino otro grupo de diez, y luego otro, y otro, y otro. Las tres pistolas de Fierro —dos suyas, la otra de su ordenanza— se turnaban en la mano homicida con ritmo infalible. Cada una disparaba seis veces —seis veces sin apuntar, seis veces al descubrir— y caía después encima de la frazada. El asistente hacía saltar los casquillos quemados y ponía otros nuevos. Luego, sin cambiar de postura, tendía hacia Fierro la pistola, el cual la tomaba casi al soltar la otra. Los dedos del asistente tocaban las balas que segundos después tenderían sin vida a los prisioneros; pero él no levantaba los ojos para ver a los que caían: toda su conciencia parecía concentrarse en la pistola que tenía entre las manos y en los tiros, de reflejos de oro y plata, esparcidos en el suelo. Dos sensaciones le ocupaban lo hondo de su ser: el peso frío de los cartuchos que iba metiendo en los orificios del cilindro y el contacto de la epidermis, lisa y cálida, del arma. Arriba, por sobre su cabeza, se sucedían los disparos con que su jefe se entregaba al deleite de hacer blanco.
El angustioso huir de los prisioneros en busca de la tapia salvadora —fuga de la muerte en una sinfonía espantosa donde la pasión de matar y el ansia inagotable de vivir luchaban como temas reales— duró cerca de dos horas, irreal, engañoso, implacable. Ni un instante perdió Fierro el pulso o la serenidad. Tiraba sobre blancos movibles y humanos, sobre blancos que daban brincos y traspiés entre charcos de sangre y cadáveres en posturas inverosímiles, pero tiraba sin más emoción que la de errar o acertar. Calculaba hasta la desviación de la trayectoria por efecto del viento, y de un disparo a otro la corregía.
Algunos prisioneros, poseídos de terror, caían de rodillas al trasponer la puerta: la bala los doblaba. Otros bailaban danza grotesca al abrigo del brocal del pozo hasta que la bala los curaba de su frenesí o los hacía caer, heridos, por la boca del hoyo. Casi todos se precipitaban hacia la pared de adobes y trataban de escalarla trepando por los montones de cuerpos entrelazados, calientes, húmedos, humeantes: la bala los paralizaba también. Algunos lograban clavar las uñas en la barda, hecha de paja y tierra, pero sus manos, agitadas por intensa ansiedad de vida, se tornaban de pronto en manos moribundas.

Francisco L. Urquizo
Tropa vieja 1937

"…Estábamos en guerra los pobres desamparados y hambrientos de los campos, contra otros pobres también desamparados y hambrientos, pero apergollados por una disciplina militar: la misma necesidad teníamos todos de justicia y en la desesperación de unos y de otros, peleábamos hasta matarnos, con toda nuestra alma, para acabar de una vez no con los opresores de arriba, sino con nosotros mismos; acabar una vida que nunca había de ser mejor, para ver si era cierto que en el otro mundo se podía encontrar lo que aquí escaseaba para todos. ¿A poco creían los rebeldes que ganando ellos iban a acabar con los poderosos, con los patrones, con los que tuvieron la suerte de educarse bien? Podrían tirar a un mandón, pero no sería sino para poner a algún otro en su lugar. ¿La igualdad?; imposible; siempre habría de haber ricos y pobres, desmedrados y opulentos; igualdad, sólo en la muerte y aun eso mismo estaba todavía por verse. ¿Quién sabe el más allá? Y si era cierto lo que decían los curas, también en la otra vida habría de haber un infierno para los desafortunados y una gloria para los que tuvieron mejor suerte; y en vez de patrones españoles, jefes políticos, y cabos y sargentos, puede que hicieran allí sus veces los santos y los profetas y los mártires o como se llamaran, los que pudieran más en poder o en influencia. Los pobres de esta tierra puede que fueran los pecadores o los condenados en la otra vida; ¿no éramos los pobres aquí, los que matábamos y robábamos y hacíamos todo el mal? ¿No eran los ricos aquí los que no derramaban la sangre de las gentes y los únicos que podían rezar en una iglesia y hacer la caridad con su dinero? Forzosamente en el otro mundo, tendríamos que seguir de igual manera…".

Tropa Vieja, México, Populibros La Prensa, 1955, p. 150

Leopoldo Zea
En torno a una filosofía americana 1942 (fragmento)

Hace algunos años un joven maestro mexicano lanzaba al público un libro que causó expectación. Este joven maestro es Samuel Ramos y el libro es El perfil del hombre y la cultura en México. En este libro se hacía un primer ensayo de interpretación de la cultura en México. La cultura mexicana era motivo de una interpretación filosófica. La filosofía descendía del mundo de los entes ideales hacia un mundo de entes concretos como lo es México, símbolo de hombres que viven y mueren en sus ciudades y sus campos. Esta osadía fue calificada despectivamente de literatura. La filosofía no podía ser otra cosa que un ingenioso juego de palabras tomadas de una cultura ajena, a las que por supuesto faltaba un sentido, el sentido que tenían para dicha cultura.
Años más tarde otro maestro, esta vez un argentino, Francisco Romero, hacía hincapié en la necesidad de que Iberoamérica se empezase a preocupar por los temas que le son propios, por la necesidad de ir a la historia de su cultura y sacar de ella los temas de una nueva preocupación filosófica. Sólo que esta vez su exhortación se apoyaba en una serie de fenómenos culturales que señala en un artículo titulado "Sobre la filosofía en Iberoamérica." En este artículo nos muestra cómo el interés por los temas filosóficos en Iberoamérica ha ido creciendo día a día. El

gran público sigue y solicita con interés los trabajos de tipo o índole filosófica, de donde han surgido numerosas publicaciones: libros, revistas, artículos de periódico, etc.; así como la formación de institutos o centros de estudios filosóficos donde se practica tal actividad. Este interés por la filosofía aparece en contraste con otras épocas en las cuales dicha actividad era labor de unos cuantos e incomprendidos hombres. Labor que no trascendía el cenáculo o la cátedra. Ahora se ha llegado a lo que Romero llama una "etapa de normalidad filosófica", es decir, a una etapa en que el ejercicio de la filosofía es visto como función ordinaria de la cultura al igual que otras actividades de índole cultural. El filósofo deja de ser un extravagante que nadie pretende entender para convertirse en un miembro de la cultura de su país. Se establece una especie de "clima filosófico", es decir, una opinión pública que juzga sobre la creación filosófica, obligando a ésta a preocuparse por los temas que agitan a quienes forman la llamada "opinión pública".

Ahora bien, hay un tema que preocupa no sólo a unos cuantos hombres de nuestro Continente, sino al hombre americano en general. Este tema es el de la posibilidad o imposibilidad de una Cultura Americana, y como aspecto parcial del mismo, el de la posibilidad o imposibilidad de una Filosofía Americana. Podrá existir una Filosofía Americana si existe una Cultura Americana de la cual dicha filosofía tome sus temas. De que exista o no una Cultura Americana, depende el que exista o no una Filosofía Americana. Pero el plantearse y tratar de resolver tal tema, independientemente de que la respuesta sea afirmativa o negativa, es ya hacer filosofía americana puesto que trata de contestar en forma afirmativa o negativa una cuestión americana. De donde trabajos como el de Ramos, Romero y otros que sobre tal tema se hagan, cualesquiera que sean sus conclusiones, son ya filosofía americana.

El tema de la posibilidad de una Cultura Americana, es un tema impuesto por nuestro tiempo, por la circunstancia histórica en que nos encontramos. Antes de ahora el hombre americano no se había hecho cuestión de tal tema porque no le preocupaba. Una Cultura Americana, una cultura propia del hombre americano era un tema intranscendente, América vivía cómodamente a la sombra de la Cultura Europea. Sin embargo, esta cultura se estremece en nuestros días, parece haber desaparecido en todo el Continente Europeo. El hombre americano que tan confiado había vivido se encuentra con que la cultura en la cual se apoyaba le falla, se encuentra con un futuro vacío; las ideas a las cuales había prestado su fe se transforman en artefactos inútiles, sin sentido, carentes de valor para los autores de las mismas. Quien tan confiado había vivido a la sombra de un árbol que no había plantado, se encuentra en la intemperie cuando el plantador lo corta y echa al fuego por inútil. Ahora tiene que plantar su propio árbol cultural, hacer sus propias ideas; pero una cultura no surge de milagro, la semilla de tal cultura debe tomarse de alguna parte, debe ser de alguien. Ahora bien—y éste es el tema que preocupa al hombre americano—¿de dónde va a tomar esta semilla? Es decir, ¿qué ideas va a desarrollar? ¿a qué ideas va a prestar su fe? ¿Continuará prestando su fe y desarrollando las ideas heredadas de Europa? o ¿existe un conjunto de ideas y temas a desarrollar propios de la circunstancia americana? O bien, ¿habrá que inventar estas ideas? En una palabra, se plantea el problema de la existencia o inexistencia de ideas propias de América, así como el de la aceptación o no de las ideas de la Cultura Europea ahora en crisis. Más concretamente, el problema de las relaciones de América con la Cultura Europea, y el de la posibilidad de una ideología propiamente americana.

José Rubén Romero

La vida inútil de Pito Pérez 1944 (fragmento)

En la tienda de los Flores los barriles del vino servían de respaldo a las sillas de los visitantes. En calidad de tal, llegaba yo todas las noches y tomaba asiento, muy en mi juicio, cerca de uno de los barriles. Después de un rato de charla me ponía en pie con grandes dificultades y hablando entre dientes. "¡Pero este Pito Pérez cómo se emborrachará! —comentaban, noche a noche, los dueños de la tienda. Llega en sus cabales y se va siempre en cuatro patas". Y era verdad. A gatas tenía que atravesar las bocacalles para no perder el rumbo de mi casa, unas veces maullando como gato, y otras, ladrando como perro, de modo tan real, que los auténticos animales me seguían pretendiendo jugar conmigo.

El secreto de mis borracheras era éste: Con un tirabuzón logré hacer un agujero en la tapa de uno de los barriles y por allí introduje una tripa de irrigador que, pasando por dentro de mi chaqueta, llevaba a mi boca el consuelo de tan sabroso líquido que, de tanto chupar, se liquidó también para siempre. Con un pegote de cera de Campeche disimulaba la existencia del agujero. (Lástima que otros no puedan disimularse lo mismo). El vicio del vino es terrible, amigo, y el borracho, por principio de cuentas, necesita perder el pudor. Cuesta trabajo perderlo, pero cuando uno lo pierde, qué descansado se queda, como dicen que dijo uno de los sinvergüenzas más famoso de México.

[…]

Nombré a mi madre y comenzaremos por ella la narración que usted me ha pedido y que creo completamente inútil. Mi madre fue una santa que se desvivió por hacer el bien. Ella pasaba las noches en claro velando enfermos, como una hermana de la Caridad; ella nos quitaba el pan de la boca para ofrecerlo al más pobre; sus manos parecían de seda para amortajar difuntos, y cuando yo nací, otro niño de la vecindad se quedó sin madre, y la mía le brindó sus pechos generosos. El niño advenedizo se crió fuerte y robusto, en tanto que yo aparecía débil y enfermo porque la leche no alcanzaba para los dos. Este fue mi primer infortunio y el caso se ha repetido a través de toda mi existencia. Crecí al mismo tiempo que mis hermanos, pero como no había recursos para costearnos carrera a los tres, ni becas para todos, prefirieron a los dos mayores; de modo que Joaquín fue al Seminario y Francisco a San Nicolás, porque mi madre quería tener sacerdote y abogado. El uno para que nos tuviera bienquistos de tejas arriba, y el otro para que nos defendiera de tejas abajo. Para mí eligieron un oficio que participara de las dos profesiones y me hicieron acólito de la parroquia.

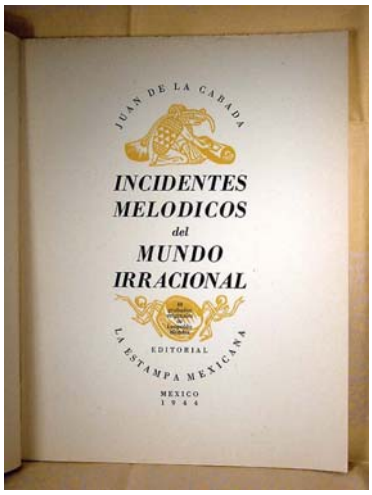
Así vestiría sotana, como el cura, y manejaría dineros como el abogado, porque los acólitos son como los albaceas de los santos, ya que en sus manos naufragan las limosnas que se colectan a la hora de los oficios divinos. En mis funciones eclesiásticas fui cumplido y respetuoso con los curas de la iglesia. Jamás di la espalda, irreverentemente, al altar en que Nuestro Amo estaba manifiesto; nunca eché semillas de chile al incensario, para hacer llorar al celebrante y a los devotos que se le acercaban; ni me oriné por los rincones
de la sacristía, como los demás acólitos.
A la hora de las comidas, las gentes me veían pasar, rumbo a mi casa, vestido con la sotana roja, y comentaban emocionadas: "¡Ah, qué buen muchacho este de doña Conchita Gaona, tan piadoso y tan seriecito!"
¿Y sabe usted por qué no me apeaba mi vestido de acólito?, pues porque no tenía pantalones que ponerme y con las faldillas de la sotana cubría mis desnudeces hasta los tobillos. Así aprendí que los hábitos sirven para ocultar muchas cosas que a la luz del día son inmorales.
Un tal Melquiades Ruiz, apodado San Dimas, era mi compañero de oficio y, además, mi mentor de picardías.
Primero me enseñó a fumar hasta en el interior del templo, y después a beberme el vino de las vinajeras. Decíanle San Dimas, no porque fuera devoto del Buen Ladrón, sino por lo bueno de ladrón que era. El muy taimado se pasaba la vida quemándome las asentaderas con las brasas del incensario, y cuando yo protestaba, me decía:
"Hermano Pito, el dolor es una penitencia por la cual tus quemaduras te acercan al Señor; yo soy la justicia divina que castiga tu lado flaco."
"¡Pero fíjate en que es mi lado gordo el que me chamuscas, grandísimo pendejo!"
Cierta vez vimos que un ranchero rico, de Turiran, echó en el cepillo del Señor del Prendimiento una moneda de a peso, después de rezar largamente, en acción de gracia, porque en sus tierras no había helado.
"Mira, Pito —me dijo San Dimas—, qué suerte tiene el Señor del Prendimiento y con cuánto desdén recibe las dádivas de sus fieles para que luego el señor cura las gaste en su propio provecho. Ya oíste que quiere hacer un viaje a Morelia para comprarse, con todo lo que caiga de limosnas en estos días, un mueble de bejuco. ¿Qué te parece si nosotros madrugamos al cura y le damos su llegón a la alcancía?"
San Dimas me convenció sin mucho esfuerzo. Él tenía cierto dominio sobre mí, por ser de mayor edad que yo y por sus ojos saltones que parecían de iluminado. Agregue usted a esto que mis teorías sobre la propiedad privada nunca fueron muy estrictas, y mucho menos tratándose de bienes terrenos de los santos, que siempre me imaginé muy indulgentes con los menesterosos y, además, sin personalidad legal reconocida para acusar a los hombres ante los tribunales del fuero común.
—¿Y la conciencia, Pito Pérez?
—La tengo arrinconada en la covacha de los chismes inútiles.
—A la mañana siguiente ambos monaguillos llegamos al templo cuando apenas clareaba el alba, y mientras San Dimas encendía las velas del altar mayor para la primera misa y vigilaba la puerta de la sacristía, encaminéme de puntillas hasta donde estaba el Señor del Prendimiento, y sacando un cuchillo mocho que llevaba prevenido debajo de la sotana, levanté con él la tapa de la alcancía, metiendo en ella, con mucho miedo, ambas manos. Entre las monedas de cobre, las de plata abrían tamaños ojos, asustadas, como doncellas sorprendidas en cueros por una banda de salteadores.
"¡Chist!", me hizo San Dimas desde el altar mayor al oír tintinear los centavos, y yo me asusté tanto que vi claramente al Señor del Prendimiento que hacía ademán como para atraparme.
En un colorado paliacate vacié el dinero y, apresurado y tembloroso, se lo entregué a San Dimas, que salió de la iglesia como alma que se lleva el Diablo.
Entró Nazario, el sacristán, y me dijo:
—Muévete, Pito, que ya se está revistiendo el padre para la misa.
Yo me dirigí a la sacristía mirando cómo llegaban al templo las primeras beatas, acomodándose en las tarimas de los confesonarios, para reconciliar culpas de la noche anterior.
El padre Coscorrón estaba revistiéndose y sólo le faltaba embrocarse la negra y galoneada casulla de las celebraciones de difuntos.
Los monaguillos decíamosle el padre Coscorrón, por su carácter iracundo y por lo seguido que vapuleaba nuestras pobres cabezas con sus dedos amarillos y nudosos como cañas de carrizo.
Salimos, pues, a celebrar el santo sacrificio, el padre con los ojos bajos, pero a cuya inquisición nada se escapaba, y yo, de ayudante, con el misal sobre el pecho, muy devotamente y orejeando para todas partes, atento a notar si se había descubierto el hurto.
El padre parecía una capitular de oro; yo, junto a él, una insignificante minúscula impresa en tinta roja.
Cavilando en mi delito, olvidábanseme las respuestas de la misa, y para que no lo notara el padre, hacía yo una boruca tan incomprensible como el latín de algunos clérigos de misa y olla.
Al cambio del misal para las últimas oraciones, miré de soslayo hacia el Señor del Prendimiento y vi que el sacristán hablaba acaloradamente en medio de un grupo de beatas, que observaban con atención el cepo vacío. La mañana nos había traicionado con su luz cobarde, y cuando entramos a la sacristía, Nazario salió a nuestro encuentro y dijo con voz tan agitada como si anunciara un terremoto:
—¡Robaron al Señor del Prendimiento!
—¿Qué dices, Nazario? ¿Se llevaron el santo?
—No, señor, ¡que se llevaron el santo dinero de su alcancía!
—¿En dónde está San Dimas? —gritó el padre Coscorrón clavándome los ojos, como si quisiera horadar mi pensamiento; y tirando el cíngulo y la estola, me llevó a empellones hasta un rincón de la sacristía.
—Pito Pérez, ponte de rodillas y reza el Yo pecador para confesarte: ¿Quién se robó el dinero de Nuestro Señor?

—No sé, padre.
—Hic et nunc *te condeno si no me dices quién es el ladrón…*
—Yo fui, Padre —exclamé con un tono angustiado, temeroso de aquellas palabras en latín que no entendía, y que por lo mismo pareciéronme formidables.
El cura agarró con sus dedos de alambre una de mis orejas, que poco faltó para que se desprendiera de su sitio y, zarandeándome despiadadamente, me dijo:
—¡Fuera de aquí, fariseo, sinvergüenza, Pito cochambrudo, y devuelve inmediatamente el dinero, si no quieres consumirte en los apretados infiernos!
Cuando el padre Coscorrón aflojó un poco los dedos, di la estampida y no paré hasta el corral de mi casa. No volví a ver a San Dimas, que se quedó con lo robado, y todo el pueblo supo nuestra hazaña porque el padre Coscorrón se encargó de pregonarla desde el púlpito:
—Dos Judas traidores robaron el templo; por caridad yo no diré quienes son, pero uno es conocido por San Dimas, y al otro le dicen Pito Pérez.

Juan de la Cabada

Incidentes melódicos del mundo irracional 1947 (fragmento)

En Chencój, poblado entre las selvas de Campeche, un tzotz, un murciélago, oye atento.



La historia se brinda bajo el susurro del indio abuelo, por las noches, a la intemperie, con luna, tenue brisa y junto a la sombra de los aleros de una choza. Empieza diciendo —nunca se olvida— que ocurrió poco después de que aparecieran los primeros hombres, cuando nos entendíamos con los animales, pues estos y aquellos hablábamos todos un idioma igual o semejante. Entonces no había intérpretes ni traductores, ni siquiera de Dios, y muy bien que nos la pasábamos sin ellos y sin cónsules. **[…]**
Caracol, siendo gramaticalmente del género masculino, era, sin embargo, […] por estar siempre dentro de su concha y llevar su hogar a cuestas, el símbolo realista del instinto conservador y el prototipo de la hembra, mientras que Ardilla, siendo gramaticalmente del género femenino, era, por su forma misma y su genio de movilidad y de inquietud constantes, la representación del sexo macho.
Por ahí **—el armonioso compás del ademán exacto de ambas manos indica los dos senderos diametrales que van en sentido opuesto a la hondura de la selva—** *existió una cueva, donde vivía feliz el matrimonio de doña Caracol y el señor Ardilla.* **[…]**
Del brazo, el dulce consorcio anda absorto con el frescor de la alborada, por lo que, como cuando el bienestar de los sentidos multiplica el estado de gracia del Amor, en éxtasis […] llegan a una milpa en logro, lista casi ya para la pizca, y el matiz limpio de la siembra espléndida con el aroma saludable y el destello diamantino del rocío [...] truecan el arrobamiento del señor Ardilla en apetito voraz, aumentado a la vista de orondas calabazas […].

1

EN Chencój,* poblado entre las selvas de Campeche, un *tzotz*, un murciélago, oye atento.

La historia se brinda bajo el susurro del indio abuelo, por las noches, a la intemperie, con luna, tenue brisa y junto a la sombra de los aleros de una choza. Empieza diciendo —nunca se olvida— que ocurrió poco después de que aparecieran los primeros hombres, cuando nos entendíamos con los animales, pues éstos y aquellos hablábamos todos un idioma igual o semejante. Entonces no había intérpretes ni

* Pese del pueblo.

9

Súbitamente acorta el paso don Ardilla y dice, apuntando hacia la milpa:
—¡Mira esto, Caracol! ¡Mira, querida! ¡Oh…! Aguárdame un momento aquí, en este sitio. Pronto regresaré. ¿Por qué permitir que pase tan buena ocasión sin saciar mi hambre?
—¡Ay, esposo mío! —replica, prudente, la señora—, no desearía contradecirte, pero sí debo aconsejarte: más vale que no traspongas la cerca de este sembrado, pues presiento que te puede suceder una desgracia […], el dueño de la milpa quizás ande ya dentro o esté próximo a venir.
—Nada temas, ná, urich [madre caracol]. Es solamente un mordisco lo que quiero dar a esa calabaza […].
Y con estas palabras en los labios […] dispuesto a roerla, en un tris le ahonda un agujero a través del cual mete la cabeza y pugna por introducir el cuerpo todo, para llegar lo antes posible […] a las pepitas, que es lo que más place a don Ardilla […].
En tal postura se halla cuando la esposa, presa de mortal zozobra y porque siendo tan buena no fuese acaso lo bastante astuta para presto idear otra manera de atraer a su marido y hacerle desistir de su propósito […] recurre a la simple treta […] de amedrentarlo […]. Moviéndose a derecha e izquierda […] entona el siguiente canto desde la orilla del sendero:

¡Je-cu-tal- u-yumil cool -o
Yétel u-mach túnich,
Yétel u-mach ché…
cun-cu-run pech-chum yách'um!
(¡Ahí viene el dueño de la milpa
con su piedra empuñada,

con su palo agarrado…
y te va a machacar!)

[El dueño de la milpa mata a distancia al infractor]

***—¡Ya era hora que cayeses! Tiempo hace que venías comiéndote mis calabazas. ¿Acaso tú las sembraste? ¿Sabes el trabajo que cuesta cultivar este pedazo de tierra? ¡Ah, ladrón! ¿Creíste que me robarías impune-mente? Pues te equivocaste. Ahora mismo haré de ti mi bocado predilecto* […]**

***—¡Ardillita de mi vida! —solloza— ¿no te pedí que no entraras a esa milpa, porque me daba en el corazón que podría acarrearte alguna desgracia? ¡Ay de mí! Pero tú siempre fuiste dominante, muy vanidoso, y por salir con la tuya me veo ahora sola en este mundo […]. ¡Cuán triste es la vida del caracol, y más si es hembra y como yo se queda completamente sola en esta vida! ¡Ay, Dios, ten piedad de mí!* […]**

Ta can - tacán ché
ti it mam' shcuqué.
tan - kan-cab
Tireró,
jen-jen,
un pac - u-kay
toj la-kin,
toj chi-kin,
cach-yun-tun
-tab u-jole
un puli
u'u-man-yok zuup.

(Allá, por la llanura
de rojo barro,
le pegaron a don Ardilla
un golpe en el trasero.
Mientras cantaba feliz
al Oriente
y al Occidente
le tiraron,
y el mortal proyectil,
que zumbando,
cortó el espacio, le hirió
y ahogó su canto)

Juan de la Cabada

Llovizna 1954

Desde hace algún tiempo, desde que me enriquecí con la dichosa guerra mundial y me casé y vinieron los hijos, no puedo ya contar un cuento. Antes solía contarlos bien. ¡Ay, entonces era libre! Ahora, en cambio: ¡los hijos! ¡Miedo me da que cunda el mal ejemplo! ¿Por qué no acierto a decidirme? Quizá porque los negocios me acostumbraron a los testimonios del señor cura, del notario, de un juez o de cualquier otra persona.

"Ahí está don fulano que lo diga".

Empero, solo, sin testigos, venía yo una de estas noches de niebla y menuda llovizna, corriendo sobre la oscura carretera.

Sí: al timón de mi automóvil, fijos los ojos en los haces de luz que derramaban los fanales del vehículo, traía yo prisa y una rabia contenida, cierto temblor inexplicable y muy malos pensamientos, al ver que las luces opacas de unas linternas, como de gentes que con sus manos las moviesen a todo lo ancho del camino, me obstruían el paso.

Ni pitos ni sirenas, ni voces que denotaran el hecho de que acabase de ocurrir un accidente desgraciado. "¿No será que tratan de asaltarme? ¿Y quién dice que sean solamente ésos? Habrán de tener cómplices, ocultos a lado y lado. Entonces, entonces... si no paro y los atropello, me dispararán los otros por la espalda. Pero, ¡qué demontre!, si aquí traigo cargado mi revólver. ¿A qué, pues, miedo y tales aflicciones? Alguna vez tengo que usarlo" - pensé; apronté el arma, y paré el auto.

-¡Qué hay! dije brusco y en voz alta.

Los de las linternas se acercaron.

Me parecieron cuatro infelices indios, de esos que uno en seguida reconoce como el prototipo de nuestros albañiles, mitad obreros industriales y mitad hombres de campo.

A la luz de mis reflectores vi los ocho huaraches de sus pies mientras se aproximaban. El resto de sus indumentarias eran overoles, sombreros de petate y un paliacate al cuello.

-¿Qué hubo? - volví a gritarles cuando los tuve cerca y pude verles las caras.

Entretanto llegaban, con sus linternas en alto, me guardé la pistola debajo de la pretina del pantalón, y para ganar facilidad de movimiento desabroché los tres botones inferiores de mi chaleco, prevenido, por si acaso.

Uno de ellos, el de mayor edad, ya vejancón, usaba grandes bigotes caídos; dos aparentaban unos treinta años, y el último, el más joven, menos de veinte.

-Patrón -dijo el viejo-, tenemos de precisión que dir a México, porque debemos dentrar tempranito, mañana lunes, al trabajo.
¿Acaso me olvidé? ¿No dije al comienzo que aquella noche de marzo, cuando regresaba a reponer las fuerzas con mi paseo de fin de semana, era la de un domingo? Creo que sí, ¿o no?
A las palabras del viejo, ardido yo por el miedo que me habían hecho pasar y animado de un puntilloso, muy lógico, deseo de venganza, modulé ciertos ruiditos de chistante desdén al par que meneaba de igual manera de significación negativa la cabeza.
-Se nos hizo tarde, jefe -agregó uno de los otros indios-.
Era bueno tomarse tiempo de pensar, a la vez que atormentarlos un poco, y así, yo ni aceptaba ni decidían negarme la palabra.
-Por favor, patrón, como ya no pasan los camiones. . . y como usted lleva nuestro mismo rumbo.
-Intervino el más joven:
-Sólo semos albañiles...- y sonrió, inocente, o malicioso en alusión velada.
Observé su vista socarrona en un rostro demasiado perspicaz, y tan claro fue para mí lo que insinuaba, que negarme sería como demostrar señales de aquel miedo y rebajarme. ¡Y esto no!
-¡Acomódense ustedes tres en el asiento de atrás! -dispuse-.
Tú, viejo, ven adelante conmigo.
Al punto apagaron las linternas, y a la carrera cumplieron mis órdenes.
No cesaba la llovizna.
Libré del freno a mi automóvil, aceleré y seguí la marcha.
Los de atrás sólo dijeron unas cuatro frases; recuerdo bien:
-¿Cómo estará Usebita?
-Pos ya ves.
-Tan bonita.
-Tan luciditos sus siete años
Y en adelante se pertrecharon en un mutismo empecinado. Nada de una risa, ni la menor muestra de expansión, de franqueza propia de habitantes de otras tierras, sino el mutismo ése que impone zozobras, desconfianzas, sospechas, o doblega, deprime, aplasta el ánimo. Además la obscuridad al filo de continuos precipicios... las circunstancias... esa tenaz llovizna fúnebre y hasta las linternas, cuya visión, con sus opacas luces agitándose en la bruma, estaba todavía en mi retina...
De lejos, ya el aliento del viejo despedía tufos de un alcohol tan malo que sentí, ahora de cerca, al volver la cara y hablarme, un asco insoportable. "¡Indio borracho!"
-Esta agüita no entrará ni siquiera cuatro dedos dentro de la tierra, ¿verdad, patrón?
-¡Ujú! respondí, conteniendo el resuello.
Tras breve silencio, insistió:
-Ni dos dedos, ni dos dedos, ¿no cree, patrón?
-Sí, claro- dije. Había que armarse de paciencia.
Otro intervalo, y lo mismo:
-Ni tantito así, ¿eh, patroncito?
Y luego, a cada rato:
-Pos ni tantito, ni tantito puede ser... ¿verdad, señor?
Corría el coche a toda su marcha y volví a sentir miedo. ¡Esas cosas del instinto! Ya se sabe lo que son los indios con su lenguaje de retruécanos, y con la misma cantinela ¿qué querría decir éste, o dar a entender a los otros, que continuaban clavados, fijos, en su mutismo empecinado? ¡Si fuesen de veras piedras, inofensivas piedras... pero eran seres humanos! Por cierto que aún lloviznaba y la carretera estaba desierta, dentro de un negror frío de niebla espesa.
Mis temores venían a ráfagas; mas lograba disiparlos el pensamiento en la seguridad de mi revólver.
-Ni dos dedos, ¿eh, jefe?
-¡Ajá!
-Ni uno...
-¡Ujú!
Y persistía:
-Ni siquiera uno... Ni siquiera un dedo, ni tanto así...
-Claro.
-Porque esta agüita sólo la manda Dios para refrescar las siembritas...
-Naturalmente.
-Para refrescar las siembritas y no para que entre mucho en la tierra... ¿verdad?
Verdad.
-¿Verdad? ¿Verdad que sí, patrón?
De pronto el motor del automóvil empezó a demostrar síntomas de haberse calentado en exceso. En cuanto llegamos al primer pueblo, paré y dije a los hombres lo que pasaba. El viejo se ofreció para ir a una tienda próxima a traer una cubeta de agua. Y entonces, mientras una luz fuerte destacaba su lejana figura frente al marco de la tienda, el más joven de los tres que se quedaron, acercó su rostro a mis espaldas y dijo desde atrás:

-¡Patrón!
Volví la cabeza.
-Es mi padre, patrón.
Se detuvo como hace todo indio para tomar resuello, y otro dijo:
-El padre está bebido.
El más joven continuó:
-Perdone, pos dice todo eso porque venimos de nuestro pueblo adonde juimos a enterrar a mi hermanita...
la mera verdá, patrón, que semos albañiles.
Yo no pedía ninguna explicación; pero el tercero añadió aún:
-No quiere que l'almita se moje allí abajo, dentro el cuerpecito.
Continuaron la obscuridad, el misterio y la llovizna, el misterio y la obscuridad en el camino. . .
¿Dije que tenía yo dos hijos: una niña y un niño?
Pues la niña se enfermó.
Y ahora, duro como soy de corazón, así que ha muerto ella, me pongo blando a veces en el auto.
Llueve y recuerdo tal un soplo:
-¿Cómo estará Usebita?
-Pos ya ves.
-Tan bonita.
-Tan luciditos sus siete años.

Agustín Yáñez

Al filo del agua 1947 (fragmento)

***Pueblo de mujeres enlutadas. Aquí, allá, en la noche, al trajín del amanecer, en todo el santo río de la mañana, bajo la lumbre, del sol alto, a las luces de la tarde –fuertes, claras desvaídas, agónicas–; viejecitas, mujeres maduras, muchachas de lozanía, párvulas; en los interiores de tiendas y de algunas casas –cuán pocas– furtivamente abiertas.*[…]**

***No la conocía, no se había enterado de su estancia en el pueblo: No sabía lo que era una alucinación: lo comprendió súbitamente. No, no podía ser de carne y hueso, ni escultura, ni pintura… no era real una imagen así, aquí, a esas horas, en el pueblo, en este pueblo de mujeres enlutadas y muerte, una imagen silenciosa que habría venido volando, ¿de dónde? ¿a qué?...*[…]**

***Los muchachos vienen mentando a un Francisco Madero, que anda por el Norte diciendo discursos antirreleccionistas; unos dicen que está loco: nada menos quiere figurar como vicepresidente al lado de don Porfirio; otros, que es espiritista y masón, que llegado el tiempo contará con la ayuda de los gringos; otros que carece de toda importancia, cuando ni el general Reyes ha podido con la situación.* […]**

***Timoteo Limón; católico fervoroso, "tenía por devoción rezar el rosario con el objetivo de sacar del Purgatorio al alma más necesitada u olvidada.* […]**

***Damián, el primogénito, a quien nada faltaba en casa, cuyos brazos fornidos eran la esperanza de mayor acrecentamiento de la hacienda y el sueño de vejez venturosa, muchacho hermoso, maduro y emprendedor, sin vicios, entero en trabajos y fatigas, había caído en la tentación de conocer el Norte y allá se fue con otros paisanos ilusionados en tentar fortuna, fortuna que a Damián no le hacía falta.* […]**

Cuando la vida se consume, las campanas mudan rindiendo severísimo Juicio.

***Corre una común angustia por las calles, por las tiendas, entre las casas. Algunas gentes que han entrado a ayudar a bien morir, se retiran; otras, de mayor confianza, se quedan a ayudar a vestir al difunto, cuando se ha pasado un rato de respeto, mientras acaba el Juicio, pero antes de que el cuerpo se enfríe.*[…]**

Ni el estallido de la tormenta lo despertó. Amortiguados, como llegan al pueblo todos los ruidos del mundo, vinieron los reportajes de 'El país' acerca del descubrimiento de un complot revolucionario; las noticias eran cautelosas, daban la impresión de referirse a un asunto sin importancia; los vecinos las leyeron como si se tratara de un hecho acaecido en China, en Turquía.

Lucas comprendió el esfuerzo de algunos por ensordecer más el clima regional, desviando los comentarios al incendio del Mercado Corona.

Hacia el 23 de noviembre comenzaron a recibirse los periódicos relativos a los sucesos de Puebla, resistencia de los Serdán y muerte de Aquiles.

Luego la revolución en el Norte, ¡la revolución encabezada por don Francisco I. Madero!

¡Se levantó Rito Becerra!

¡Estamos al filo del agua!... **[…]**

¡Que viene la gente de Rito Becerra!...

¡Estamos en el filo del agua! Usted cuídese: pase lo que pase, no se aflija, señor cura; será una buena tormenta y a usted le darán los primeros granizazos: ¡hágase fuerte! –y luego, como en sueños, como en delirios–: un blanco, chaparro, él dizque loco… muchachos y locos dicen verdades… hágase fuerte.

Revista Timón

Su edición la coordinó José Vasconcelos (1882-1959), según Rosado (2008), al mismo tiempo que se desempeñaba como director de la *Biblioteca Nacional de México*, donde permanecería hasta 1947. Fue financiada por el agregado de prensa de la Embajada alemana en México, Walter Dietrich, además de contar con la ayuda de los comerciantes alemanes que anunciaban sus productos y

mercancías. Los títulos de algunos de los artículos de la revista, según Bar-Lewaw (1971:155), muestran una fobia antibritánica. Animadversión que era compartida en diversos círculos de la época, ante el rompimiento de relaciones con Inglaterra, en 1938, con motivo de la expropiación petrolera, que serían restablecidas durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho.

Por su parte, Bokser (2001) señala el antisemitismo de Vasconcelos, al referir el contenido de un artículo de 1937, *México en 1950*;[6] que constituye una visión del futuro, donde llama la atención sobre la amenaza que el elemento indígena y el judío representaban para el país.

Timón Revista Continental, mayo de 1940. *El cooli y el gentleman*.

La colaboración en *Timón* la calló hasta su muerte el mismo Vasconcelos, apunta Rosado (2008), señalando que en esa época el escritor también fue colaborador de la revista *Todo* (1933), publicación semanal que era en el fondo de extrema derecha. En esa publicación contribuyó con diversos textos sobre política nacional e internacional, ensayos de índole literaria, social, moral, filosófica y artística, así como con artículos de crítica literaria, compartiendo sus páginas con otros antiguos miembros del *Ateneo de la Juventud*. Por último prologó, en 1955, cuatro años antes de su fallecimiento, la segunda edición de un libro anticomunista y de nostalgias nazis, *Derrota Mundial* de Salvador Borrego E., escrito por un empleado del vespertino *Últimas Noticias* del periódico *Excélsior*, en época del conflicto bélico.

También apunta Bokser (2001) el pensamiento antisemita de otro de los escritores de *Timón*, el Dr. Atl; quien, en 1942, vio a los judíos como los exponentes de la riqueza mundial, cuya penetración en la economía y la política norteamericana los hacía responsables directos del estallido de las dos guerras mundiales, además de encontrar en sus mentes el origen de todos los *ismos*, relacionados con las doctrinas sociales, como el obrerismo, el socialismo y el comunismo, que habían significado el deterioro de la civilización contemporánea; por lo que se debía llevar a cabo una lucha sistemática contra la dominación judía mundial que, a su entender, había extendido sus tentáculos sobre el mundo.[7]

José Vasconcelos
Timón se define 1940

En las marejadas y torbellinos del momento actual, más que época alguna, hace falta, a la nave de los destinos colectivos, un timón que la dirija en la marcha. Pero el manejo del timón supone conocimiento de la ruta, firmeza de puño y audacia de la voluntad. No basta jamás con el impulso. Ningún pueblo se salva, si la inteligencia no le ha aclarado sus ímpetus. Donde gobierna el instinto, la barbarie perdura y la nación se convierte en paria [...] En todas las épocas el pueblo que se impone, es el que cuenta con una doctrina superior de vida [...] Lo importante para nosotros, de la situación internacional, es que se están debilitando las potencias bajo cuya hegemonía padecemos desde hace siglo y medio. Ni Inglaterra volverá a lo que fue; ni Francia tornará a ser el feudo de Frentes Populares y Estrellas con más o menos puntas de Oriente o de Occidente; ni los Estados Unidos van a escapar del cambio universal [...] Por el momento nuestro interés reside en el debilitamiento de la hegemonía anglosajona en el Planeta. Nuestra exigencia de pueblos en formación es que se derrumben todas las barreras que han estorbado nuestro progreso [...] Detrás de nuestros fracasos se ha alzado sonriente el poinsetismo, más poderoso cada día. Por eso mismo nuestro esfuerzo combativo ya no se limitará al presente y a la situación local, sino que buscará más bien la raíz de nuestros males para prender en ella el fuego purificador.

Fragmento del editorial de la revista *Timón*, Vol. I, No. 1, 22 de febrero de 1940, p. 5. (Aguilar, 2007: 153)

José Vasconcelos
Ante el destino 1940

Lo que si va apareciendo evidente, aun para los empecinados, es el triunfo de Alemania sobre sus rivales y el cambio histórico que en consecuencia va a operarse en el mundo... ¡Pero ganaremos con la victoria alemana! Y no porque creamos que Alemania va a constituirse en campeón de Latinoamérica. Es ley de la Historia que cada pueblo conquiste su propia libertad... Y ahora nosotros en la América española pensamos en que una nación inspirada logra siempre aprovechar los grandes cambios históricos en beneficio de su futuro...

Fragmento del editorial de *Timón*, No. 14, del 25 de mayo de 1940 (Bar-Lewaw, 1971: 155)

[6] José Vasconcelos, "México en 1980", *Diorama Excélsior*, México, 28 de febrero de 1982. En un principio "México en 1950", apareció en el libro *Qué es la Revolución*, publicado en 1937. En 1955, al reimprimirse este ensayo dentro del volumen *Temas contemporáneos*, Vasconcelos autorizó el cambio a 1980. "México en 1950" fue publicado en la revista *Hoy*, el 29 de mayo de 1937

[7] Gerardo Murillo (Dr. Atl), *Los judíos sobre América*, México, Ediciones La Reacción (?), 1942, p. 135

Antonio Islas Bravo (Ministro de la Suprema Corte de Justicia en 1940)
Adolfo Hitler 1940

Con motivo del reciente cumpleaños de Adolfo Hitler, el Ministro Ribbentrop declaró que el mandatario alemán es el hombre más grande que han producido los siglos. No hay exageración en lo afirmado por el Ministerio de Relaciones del Reich...Al igual que los alemanes, los franceses, los ingleses, los belgas, los escandinavos, los americanos, etc., habrán de reconocer la grandeza de Hitler, no limitada al pueblo alemán, sino desplazada hacia todos los hombres que caminan sobre los accidentados y penosos territorios de la civilización... La verdadera grandeza está en los directores de hombres, y Hitler es el más grande de todos ellos. Ribbentrop tiene razón...

Fragmento de artículo de *Timón*, No. 15 del 1 de junio de 1940 (Bar-Lewaw, 1971: 156)

José Vasconcelos
Timón 1940

Hitler, aunque dispone de un poder absoluto, se halla a mil leguas del cesarismo. La fuerza no le viene a Hitler del cuartel, sino del libro que le inspiró su cacumen. El poder no se lo debe Hitler a las tropas, ni a los batallones, sino a sus propios discursos...Hitler representa, en suma, una idea, la idea alemana, tantas veces humillada antaño por el militarismo de los franceses, la perfidia de los ingleses. En contra de Hitler, es verdad, se hallan combatiendo «Democracias» gobernadas por civiles. Pero son democracias de nombre.

Fragmento de artículo en el No. 16, del 8 de junio de 1940 (Bar-Lewaw, 1971: 155)

José Vasconcelos
Derrota Mundial 1955
Prólogo a la 2ª Edición del libro de Salvador Borrego E.

La obra de Salvador Borrego E., que hoy alcanza su segunda edición, es una de las más importantes que se hayan publicado en América. Causa satisfacción que un mexicano de la nueva generación, haya sido capaz de juzgar con tanto acierto los sucesos que conocemos bajo el nombre de la Segunda Guerra Mundial.

Colocados nosotros del lado de los enemigos del poderío alemán, es natural que todas nuestras ideas se encuentren teñidas con el color de la propaganda aliada. Las guerras modernas se desarrollan tanto en el frente de combate como en las páginas de la imprenta. La propaganda es un arma poderosa, a veces decisiva para engañar la opinión mundial. Ya desde la primera guerra europea, se vio la audacia para mentir, que pusieron en práctica agencias y diarios que disfrutaban de reputación aparentemente intachable. La mentira, sin embargo, logró su objeto. Poblaciones enteras de naciones que debieron ser neutrales, se vieron arrastradas a participar en el conflicto, movidas por sentimientos fundados en informaciones que después se supo, habían sido deliberadamente fabricadas por el bando que controlaba las comunicaciones mundiales.

Y menos mal que necesidades geográficas o políticas nos hayan llevado a participar en conflictos que son ajenos a nuestro destino histórico; lo peor es que nos dejemos convencer por el engaño. Enhorabuena que hayamos tenido que afiliarnos con el bando que estaba más cerca de nosotros; lo malo es que haya sido tan numerosa, entre nosotros, la casta de los entusiastas de la mentira. Desventurado es el espectáculo que todavía siguen dando algunos "intelectuales" nuestros, cuando hablan de la defensa de la democracia, al mismo tiempo que no pueden borrar de sus frentes la marca infamante de haber servido dictaduras vernáculas que hacen gala de burlar sistemáticamente el sufragio. Olvidemos a estos seudo-revolucionarios, que no son otra cosa que logreros de una Revolución que han contribuido a deshonrar, y procuremos despejar el ánimo de aquellos que de buena fe se mantienen engañados.

"Durante seis años, dice Borrego, el mundo creyó luchar por la bandera de libertad y democracia que los países aliados enarbolaron a nombre de Polonia. Pero al consumarse la victoria, países enteros, incluyendo Polonia misma, perdieron su soberanía bajo el conjuro inexplicable de una victoria cuyo desastre muy pocos alcanzaron a prever".

La primera edición del libro de Borrego se publicó hace dos años escasos y en tan corto tiempo, el curso de los sucesos ha confirmado sus predicciones, ha multiplicado los males que tan valientemente descubriera.

Ya no es sólo Polonia; media docena de naciones europeas que fueron otros tantos florones de la cultura cristiana occidental, se encuentran aplastadas por la bota soviética, se hallan en estado de "desintegración definitiva".

Y el monstruo anticristiano sigue avanzando. Detrás de la sonrisa de Mendes-France, siempre victorioso, dicen sus secuaces; detrás de esa enigmática sonrisa, seis millones de católicos del Vietnam, fruto precioso de un siglo de labor misionera francesa, han caído dentro de la órbita de esclavitud y de tortura que los marxistas dedican a las poblaciones cristianas.

El caso contemporáneo tiene antecedentes en las invasiones asiáticas de un Gengis-Kan, que esclavizaba naciones; tiene antecedentes en las conquistas de Solimán, que degollaba cristianos dentro de los templos mismos que habían levantado para su fe. El conflicto de la hora es otro de los momentos angustiosos y cruciales de la lucha perenne que tiene que librar el cristianismo para subsistir.

En el libro de Borrego, penetrante y analítico, al mismo tiempo que iluminado y profético, se revelan los pormenores de la conjura tremenda.

La difusión del libro de Borrego es del más alto interés patriótico en todos los pueblos de habla española. Herederos, nosotros, de la epopeya de la Reconquista que salvó el cristianismo de la invasión de los moros, y de la Contra-Reforma encabezada por Felipe II, que salvó el catolicismo de la peligrosa conjura de luteranos y calvinistas, nadie está más obligado que nosotros a desenmascarar a los hipócritas y a contener el avance de los

perversos. La lucha ha de costarnos penalidades sin cuento. Ningún pueblo puede escapar en el día, a las exigencias de la historia, que son de acción y de sacrificio.
La comodidad es anhelo de siempre, jamás realizado. La lucha entre los hombres ha de seguir indefinida y periódicamente implacable, hasta en tanto se acerque el fin de los tiempos, según advierte la profecía.
http://amerikuajedis.wordpress.com/2009/07/12/salvador-borrego-derrota-mundial/

Grupo Hiperión

El Grupo Filosófico Hiperión, a decir de Hurtado (1994), inició un movimiento en busca de *la filosofía de lo mexicano*; sus integrantes fueron alumnos de José Gaos (1900-1969): Ricardo Guerra (1927-2007, Joaquín Sánchez Macgregor (1925-2008), Jorge Portilla (1919-1963), Salvador Reyes Nevares (1922-1993), Emilio Uranga (1921-1988), Fausto Vega (nacido en 1922) y Luis Villoro (nacido en 1922), mientras que Leopoldo Zea (1912-2004) colaboró activamente y lo lideró en términos prácticos; su producción incluyó la edición de libros, dictado de conferencias e impartición de cursos; pero su ímpetu no duró más de un par de años, y los jóvenes hiperiones tomaron caminos distintos.
Continúa señalando que, para Gaos, el destino de la filosofía en México dependía de los miembros del Hiperión; ya que en sus *Confesiones profesionales* señaló que las propensiones políticas y la tendencia al vedettismo de sus miembros, ponían en peligro una obra intelectual de la que eran excepcionalmente capaces y de donde podía salir, aludiendo a Uranga, el primer gran filósofo mexicano. Considera Hurtado (1994) que sus esperanzas en el grupo eran también desmedidas y el tiempo mostró que sus temores estaban bien fundados, ya que los cargos públicos o la vida bohemia, o ambas cosas, frustraron los prometedores destinos filosóficos de casi todos los miembros del Hiperión.
Apunta Hurtado (1994) que, para poder hablar con voz propia, para que el mundo los oyera, tenían que examinar su situación y resolver el problema de nuestra identidad; luego, generaciones futuras podrían dedicarse a problemas mas universales; señala que vivían en el contexto del desbordante optimismo alemanista, de la construcción irrefrenable del México moderno, descritos por Carlos Fuentes en *La región mas transparente*; por lo que comenta que, para Salvador Reyes Nevares (*El amor y la amistad en el mexicano* de 1952: 24):

…había cierta modalidad, una manera de aparecer México ante nosotros, que podía equivaler a la presentación de una pieza terminada…
Por lo que había que anunciar al mundo no sólo que nuestra cultura no era inferior a la europea, sino que estábamos a su altura.

Considera Hurtado (1994) que, el existencialismo los definía generacionalmente, por lo que se buscaban llegar a la esencia de *lo mexicano*, de su ser, mediante la descripción y esclarecimiento de sus formas de vida, rasgos de su carácter y su historia. Pero, como la filosofía se ocupa de cuestiones universales, como la naturaleza del ser humano, entonces no podía ocuparse de cuestiones particulares como el de la naturaleza del mexicano; por lo que algunos de ellos podrían haber estado dispuestos a aceptar, y eso es lo importante, que sus estudios de *lo mexicano* no eran estrictamente filosóficos.
Los intentos por develar la esencia del mexicano, del ser humano en su contexto, según Hurtado (1994), tienen como antecedentes las descripciones del *peladito* en Samuel Ramos (*El perfil del hombre* y *la cultura en México*), la de los políticos mexicanos por Rodolfo Usigli (*El gesticulador*) y las del *pachuco* por Octavio Paz (*El laberinto* de *la soledad*); que darían lugar a la descripción de Jorge Portilla del *relajiento* (*Fenomenología del relajo*), además de las propuestas de Jorge Carrión (*La ruta psicológica de Quetzalcóatl*) y de Reyes Nevares (*El amor* y *la amistad en el mexicano*), o la del *agachado* descrita por Fernando Salmerón (*Una imagen del mexicano*), autor perteneciente a la generación posterior del Hiperión.
Otros autores eran mas ambiciosos, incluyendo a Zea y Uranga, de acuerdo con Hurtado (1994), ya que buscaba percibir, por medio del estudio de *lo mexicano*, la esencia misma de *lo humano*. Para Zea (*Conciencia* y *posibilidad del mexicano* de 1952), el mundo de la posguerra, con los peligros de la guerra atómica y de lo que consideraba era una cotidiana nausea existencial, podía aprender mucho de la manera en la que vivía el mexicano, siempre al día, sin confiar más que en lo inmediato.
Para él, antes de nuestra Revolución este hombre había permanecido oculto tras una serie de imágenes falsas importadas, con las cuales trataba de justificarse ante los otros, viviendo al filo de todas las posibilidades y jugando al azar el mejor de sus papeles; donde lo imprevisto formaba parte de todas sus actitudes, en la mayor de las zozobras y todas las formas de la inseguridad e irresponsabilidad, por lo que nada puede ser previsto, aunque se formule todo lo posible; lo cual resulta falso, e incluso peligroso para Hurtado (1994), ya que señala que si bien la Revolución liberó a algunos de ciertas cadenas políticas, económicas o culturales, considera que no tiene sentido decir que eso les haya permitido ser lo que eran en el fondo.

Para Zea, apunta Hurtado (1994), nuestros aparentes defectos eran en realidad nuestras virtudes, en la difícil realidad de la posguerra; la Revolución le había hecho no sólo un favor al mexicano mismo, sino a la humanidad entera, al estar el mexicano mejor preparado para sobrevivir en el mundo de la era atómica, por lo que estudiarlo integraba una tarea de relevancia universal. Esta tesis de Zea, comenta Hurtado (1994), puede verse como un soporte ideológico del alemanismo, que al crear el *Partido Revolucionario Institucional* buscaba eliminar todo vestigio del socialismo cardenista y lombardista, presente en los estatutos del anterior Partido de la Revolución Mexicana, para sustituirlo por una confusa pero eficaz ideología nacionalista-revolucionaria que identificaba la Revolución, su partido en el poder y los designios del presidente en turno, con el espíritu de la nación.

Sustentado por Hurtado (1994), al señalar que Zea participó en el PRI desde 1955; para ser nombrado, de 1959 a 1960, director de su *Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales*, IEPES, además de fungir como Director General de Relaciones Culturales de la Secretaria de Relaciones Exteriores, de 1961 a 1966; en donde su nacionalismo, latinoamericanismo, antiimperialismo y anticomunismo coincidieron plenamente con la política exterior mexicana. Que se refrenda, al decir de Hurtado (1994), en el mismo Zea (1952:45), cuando señala que el mexicano no esta dispuesto a morir por un ideal o por un principio, sino por un caudillo paternal, al que según él se le ha jurado lealtad como hombre en el poder, definiendo esta figura como miembro distinguido de ese poder:

> ***En donde mejor se hace patente este elemento de unificación nacional dentro del campo afectivo, es en la figura del Presidente de la Republica, máximo caudillo y amigo de los mexicanos. Este no es, como en otros pueblos una figura simbólica que obra en nombre de la Nación, sino la expresión máxima del único tipo de acción y relación concreta en una sociedad como la nuestra.***

Por su parte Uranga, señala Hurtado (1994), que publicó su *Ensayo de una ontología del mexicano* (1949) en *Cuadernos Americanos*, plantearía que para lograr completar el análisis psicológico del mexicano, que había iniciado Samuel Ramos (*El perfil del hombre y la cultura en México*), debía no sólo hacerse una filosofía de *lo mexicano*, con una aproximación a la cultura y la historia, sino una filosofía del *ser mexicano*; sostenía que el mexicano sufre de una insuficiencia en su ser, que ocasiona los rasgos negativos de su carácter; por lo que su sentimiento de inferioridad, señalado por Ramos, no es la esencia de su ser, sino sólo una actitud que el mexicano toma ante su insuficiencia; por lo que al sentirse insuficiente adopta la inferioridad, como una manera de ser justificado por otros hombres que sean suficientes.

Esta especie de fragilidad interior es fundamentalmente sentimental, donde de acuerdo con Uranga *se componen o se entremezclan una fuerte emotividad, la inactividad y la disposición a rumiar interiormente todos los acontecimientos de la vida*; por lo que es un desganado, es decir, carece de voluntad y de motivación, deja todo para mañana y permite que otros decidan por él; vive siempre indignado, se da cuenta de que las cosas están mal, pero no hace nada para cambiarlas, sólo se queja y se lamenta; es un melancólico, pero su melancolía es el reflejo psicológico de la fragilidad de su ser, llegando a afirmar que:

> ***El mexicano es un ser de infundio, con todos los matices de disimulo, encubrimiento, mentira, fingimiento y doblez que entraña la palabra.***

Uranga tomaba literalmente la afirmación del filósofo Federico Hegel, en relación a que America era un accidente de Europa, por lo que veía lo mexicano como un accidente de lo sustancial español e indígena, comenta Hurtado (1994), lo que le lleva a afirmar que el mexicano busca en la imitación de otros humanos, que si son sustanciales, un fundamento que le de solidez, que lo ate a un ser, que para él se encuentra en el indigenismo y en el malinchismo, ya que el indígena y el europeo mantienen una sustancia y, por lo tanto, no padecen la fragilidad y la zozobra del mexicano. Esta caracterización desatinada del mexicano la reduce geográficamente, al señalar que:

> ***En rigor funciona como punto de referencia el mexicano del altiplano, todos los demás se miden en razón de su cercanía o lejanía de este tipo***

Justificando lo anterior al plantear, acorde con el centralismo planteado por el sistema político mexicano desde la época de la modernización iniciada por el avilacamachismo, impuesta por razones políticas y económicas, que la influencia del centro unifica a las regiones en su diversidad cultural: *…la cultura de México se expande desde el altiplano hacia las costas, hacia el Norte y hacia el Sur, pero sólo en el Centro hemos de ver realizado en pureza su esquema*.

Estos malos esquemas, convertidos en mitos históricos por el poder político, tuvieron su origen, al decir de Hurtado (1994), en la decisión de los conquistadores de traslapar su dominio sobre el que había ejercido Tenochtitlan, convirtiendo a la cultura azteca en la más mexicana de las culturas indígenas e incorporando al águila que devora a la serpiente como símbolo patrio, sin considerar que la nación no es sólo la ciudad de México ni sus zonas aledañas, como tampoco lo es esa región imaginaria del bajío, donde sucedían las películas de charros; aclara Hurtado (1994: 284):

> ***Hablar de una cultura mexicana como algo compartido por todos y cada uno de los mexicanos es hablar de una ficción -a menos que restrinjamos lo que se entiende por "cultura" de modo que queden excluidas todas las diferencias que hay entre las distintas formas de vida, usos del lenguaje, costumbres, referencias intelectuales, principios morales, etc. No existe la cultura mexicana como algo distinto y por encima del conjunto de las distintas culturas mexicanas. Una cultura es algo que es poseído por alguien, algo que se vive, pero no hay quien posea (o viva) una cultura mexicana que no sea una cultura mexicana regional. Nadie tiene una cultura mexicana, como nadie habla con acento mexicano o como nadie come comida mexicana. Se tiene una cultura rural del bajío o una cultura de la clase media del Distrito Federal, de la misma manera en que se habla con acento chiapaneco o yucateco o se come comida veracruzana o poblana.***

Este error conceptual de Uranga, sostiene Hurtado (1994), tiene su origen en las tesis de Samuel Ramos, quien pensaba que las diferencias culturales entre las regiones del país no eran tantas ni tan marcadas:

> ***…comprobamos que en todos los Estados de la republica se habla el Español, excepto en una minoría indígena que conserva su lengua nativa. En todas partes se venera a la Virgen de Guadalupe, se cantan las mismas canciones y no hay lugar donde no apasionen las corridas de toros.***

Lo que resulta en una exageración simplista, ya que el español que se habla varía de una región a otra; las vírgenes a las que le rezan una indígena mixteca o una mujer de la clase media urbana son muy distintas; las melodías del norte o del sur, no se cantan ni se gustan de igual forma; además que las corridas de toros ya no apasionan a las grandes masas de la población. Lo que resulta muy extraño, para alguien que busca encontrar la *esencia del ser* del mexicano, salvo que encontremos la respuesta en que el fin radica en apoyar al sistema en el poder con un discurso ideológico; por lo que las tesis de Uranga muestran lo absurdo de tratar de suponer que existe la *esencia* del mexicano o del *modo de ser* del mexicano. Incluso, el discurso de Uranga llega a radicalizarse cuando señala:

> ***No se trata de construir lo mexicano, lo que nos peculiariza, como humano, sino a la inversa, de construir lo humano como mexicano. Lo mexicano es el punto de referencia de lo humano, se calibra como humano lo que se asemeja a lo mexicano y se despoja de esa característica a lo desemejante y ajeno al ser del mexicano…***

Que, al decir de Hurtado (1994), no deja de ser menos ofensiva para el resto de la humanidad, como lo sería cualquier afirmación semejante con respecto a otra raza o nacionalidad.

La *Generación de Medio Siglo*: *Revista Mexicana de Literatura*, y los suplementos *México en la Cultura* y *La Cultura en México*

CUEVAS EL NIÑO TERRIBLE VS. LOS MONSTRUOS SAGRADOS

MEXICO en la CULTURA

REYES

FUENTES

ALFONSO REYES el decano

CARLOS FUENTES el autor novel

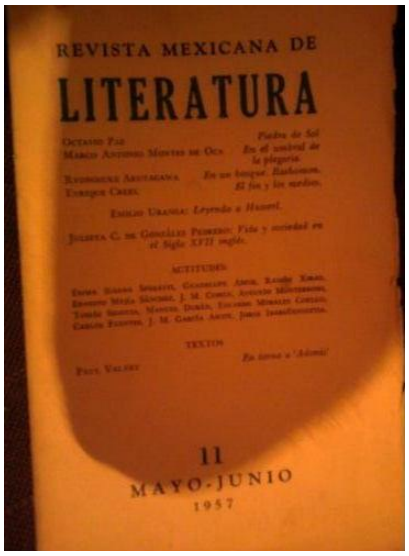
HABLAN

SABIDURIA de su parecer

FURIA de su parecer

PRESENTANDO los dos extremos de nuestra literatura

La *Revista Mexicana de Literatura* (1955-1965), al decir de Pozas (2007), se organizó bajo la responsabilidad de Carlos Fuentes (nacido en 1928), Emmanuel Carballo (nacido en 1929) y Juan García Ponce (1932-2003); convocó a una nueva élite intelectual de jóvenes novelistas, poetas y ensayistas, que habían nacido y crecido durante el período de la institucionalización de la Revolución. Momento en que la ciudad de México se convirtió en el principal polo de atracción económico, educativo y cultural para los jóvenes de las ciudades de provincia como Juan Rulfo (1917-1986), Emmanuel Carballo, Antonio Alatorre (1922-2010) y Juan José Arreola (1918-2001) que procedían de Guadalajara; Jorge Ibargüengoitia (1928-1983) de Guanajuato; Rosario Castellanos (1925-1974) de Comitán; Juan García Ponce (1932-2003) de Mérida; Elena Garro (1920-1998) de Puebla y Rubén Bonifaz Nuño (nacido en 1923) de Córdova. La revista se propuso como un medio de difusión cultural abierto a manifestaciones literarias internacionales, que contrarrestaran la entonces creciente tendencia de la cultura mexicana hacia el nacionalismo.



Tuvo como antecedente el suplemento *México en la Cultura* (1949-1962) del periódico *Novedades*, dirigido desde 1956 por Fernando Benítez (1912-2000); cuyo equipo editorial pasaría a formar parte

del suplemento *La Cultura en México* (1962) de la revista *Siempre!*, fundada en 1953; que integró, entre otros, a escritores como Juan García Ponce, Salvador Elizondo (1932-2006), Emmanuel Carballo, Carlos Fuentes, Carlos Monsiváis (1938-2010) y José Emilio Pacheco (nacido en 1939); grupo al que se refiere la novela de Luis Guillermo Piazza *La Mafia* (1967).

La revista aparece, continua Pozas (2007), como expresión del tránsito renovador en la cultura y en el mundo intelectual, en el momento de la paulatina desaparición del intelectual independiente por efecto de la consolidación de las instituciones educativas y académicas, que tendrían influencia en la opinión pública del país, mediante interpretaciones construidas por las ciencias sociales hacia el examen especializado con interpretaciones de la realidad sociopolítica, transformando la visión de temas anteriores que buscaba definir la singularidad de las sociedades, en particular de la mexicana, como lo habían hecho los hiperiones.

Como apunta Pozas (2007), formó parte de las expresiones de cambio de esas épocas, convirtiéndose en la primera publicación literaria abierta a las polémicas que en estos campos se efectuaban, asociadas con la transformación radical de las identidades colectivas e individuales, los valores, las representaciones sobre la política y la moral pública, en el contexto de los procesos de modernización y urbanización del país, mientras en el mundo se manifestaban diversos movimientos intelectuales como la Generación *Beat* y el nacimiento del *rock and roll*, en los Estados Unidos, los existencialistas en Francia y los movimientos internacionales contra el imperialismo norteamericano, que mostraban la diversificación cultural y el incremento de la militancia política de la juventud.

Manifestaciones que coexistieron con las de otros sectores de la sociedad mexicana, de mayor edad, para quienes el nacionalismo seguía vigente y daba fundamento, y sentido conservador, a una idea cerrada y funcional de patria, que se fortalecería con las posiciones de las autoridades eclesiásticas, que satanizaron estas nuevas ideas y la moral sexual de los jóvenes, señalando que se habían contagiado de influencias externas.

Acompañó el florecimiento de una renovación en las ideas difundidas entre la juventud urbana de esas épocas por el derecho a la expresión, la equidad de género y la puesta en duda de la familia patriarcal y las madres sumisas, que establecía una relación asimétrica entre el hombre, la mujer y los hijos, como se muestra en *Balún Canán* (Rosario Castellanos 1957) o *La señal* (Inés Arredondo 1965), al mismo tiempo que se criticaban los resultados obtenidos con la Revolución, como se plantea en los estudios sociológicos *Los hijos de Sánchez* (Oscar Lewis 1964) o *La democracia en México* (Pablo González Casanova 1965); suceso que dejaría de ser la cosmovisión dominante, el eje temático y el referente significativo de la creación artística, como se aprecia en las novelas *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz* (Carlos Fuentes 1958 y 1962) o *Pedro Páramo* (Juan Rulfo 1955), donde el diálogo con la muerte es la única relación posible que establecen los vivos en la búsqueda de su origen e identidad presente; esta muerte del pasado histórico sostenido por el nacionalismo oficial, eliminaría la aceptación social del origen revolucionario del gobierno y contribuiría a minar su autoridad, hacia el final de la década de los años de 1960.

Juan José Arreola
Confabulario 1952
El guardagujas

El forastero llegó sin aliento a la estación desierta. Su gran valija, que nadie quiso cargar, le había fatigado en extremo. Se enjugó el rostro con un pañuelo, y con la mano en visera miró los rieles que se perdían en el horizonte. Desalentado y pensativo consultó su reloj: la hora justa en que el tren debía partir.

Alguien, salido de quién sabe dónde, le dio una palmada muy suave. Al volverse el forastero se halló ante un viejecillo de vago aspecto ferrocarrilero. Llevaba en la mano una linterna roja, pero tan pequeña, que parecía de juguete. Miró sonriendo al viajero, que le preguntó con ansiedad:

—Usted perdone, ¿ha salido ya el tren?

—¿Lleva usted poco tiempo en este país?

—Necesito salir inmediatamente. Debo hallarme en T. mañana mismo.

—Se ve que usted ignora las cosas por completo. Lo que debe hacer ahora mismo es buscar alojamiento en la fonda para viajeros —y señaló un extraño edificio ceniciento que más bien parecía un presidio.

—Pero yo no quiero alojarme, sino salir en el tren.

—Alquile usted un cuarto inmediatamente, si es que lo hay. En caso de que pueda conseguirlo, contrátelo por mes, le resultará más barato y recibirá mejor atención.

—¿Está usted loco? Yo debo llegar a T. mañana mismo.

—Francamente, debería abandonarlo a su suerte. Sin embargo, le daré unos informes.

—Por favor...

—Este país es famoso por sus ferrocarriles, como usted sabe. Hasta ahora no ha sido posible organizarlos debidamente, pero se han hecho grandes cosas en lo que se refiere a la publicación de itinerarios y a la expedición de boletos. Las guías ferroviarias abarcan y enlazan todas las poblaciones de la nación; se expenden boletos hasta

para las aldeas más pequeñas y remotas. Falta solamente que los convoyes cumplan las indicaciones contenidas en las guías y que pasen efectivamente por las estaciones.
Los habitantes del país así lo esperan; mientras tanto, aceptan las irregularidades del servicio y su patriotismo les impide cualquier manifestación de desagrado.
—Pero, ¿hay un tren que pasa por esta ciudad?
—Afirmarlo equivaldría a cometer una inexactitud. Como usted puede darse cuenta, los rieles existen, aunque un tanto averiados. En algunas poblaciones están sencillamente indicados en el suelo mediante dos rayas. Dadas las condiciones actuales, ningún tren tiene la obligación de pasar por aquí, pero nada impide que eso pueda suceder. Yo he visto pasar muchos trenes en mi vida y conocí algunos viajeros que pudieron abordarlos. Si usted espera convenientemente, tal vez yo mismo tenga el honor de ayudarle a subir a un hermoso y confortable vagón.
—¿Me llevará ese tren a T.?
—¿Y por qué se empeña usted en que ha de ser precisamente a T.? Debería darse por satisfecho si pudiera abordarlo. Una vez en el tren, su vida tomará efectivamente un rumbo. ¿Qué importa si ese rumbo no es el de T.?
—Es que yo tengo un boleto en regla para ir a T. Lógicamente, debo ser conducido a ese lugar, ¿no es así?
—Cualquiera diría que usted tiene razón. En la fonda para viajeros podrá usted hablar con personas que han tomado sus precauciones, adquiriendo grandes cantidades de boletos. Por regla general, las gentes previsoras compran pasajes para todos los puntos del país. Hay quien ha gastado en boletos una verdadera fortuna...
—Yo creí que para ir a T. me bastaba un boleto. Mírelo usted...
—El próximo tramo de los ferrocarriles nacionales va a ser construido con el dinero de una sola persona que acaba de gastar su inmenso capital en pasajes de ida y vuelta para un trayecto ferroviario, cuyos planos, que incluyen extensos túneles y puentes, ni siquiera han sido aprobados por los ingenieros de la empresa.
—Pero el tren que pasa por T., ¿ya se encuentra en servicio?
—Y no sólo ése. En realidad, hay muchísimos trenes en la nación, y los viajeros pueden utilizarlos con relativa frecuencia, pero tomando en cuenta que no se trata de un servicio formal y definitivo. En otras palabras, al subir a un tren, nadie espera ser conducido al sitio que desea.
—¿Cómo es eso?
—En su afán de servir a los ciudadanos, la empresa debe recurrir a ciertas medidas desesperadas.
Hace circular trenes por lugares intransitables. Esos convoyes expedicionarios emplean a veces varios años en su trayecto, y la vida de los viajeros sufre algunas transformaciones importantes. Los fallecimientos no son raros en tales casos, pero la empresa, que todo lo ha previsto, añade a esos trenes un vagón capilla ardiente y un vagón cementerio. Es motivo de orgullo para los conductores depositar el cadáver de un viajero lujosamente embalsamado en los andenes de la estación que prescribe su boleto. En ocasiones, estos trenes forzados recorren trayectos en que falta uno de los rieles. Todo un lado de los vagones se estremece lamentablemente con los golpes que dan las ruedas sobre los durmientes. Los viajeros de primera —es otra de las previsiones de la empresa— se colocan del lado en que hay riel. Los de segunda padecen los golpes con resignación. Pero hay otros tramos en que faltan ambos rieles, allí los viajeros sufren por igual, hasta que el tren queda totalmente destruido.
—¡Santo Dios!
—Mire usted: la aldea de F. surgió a causa de uno de esos accidentes. El tren fue a dar en un terreno impracticable. Lijadas por la arena, las ruedas se gastaron hasta los ejes. Los viajeros pasaron tanto tiempo, que de las obligadas conversaciones triviales surgieron amistades estrechas. Algunas de esas amistades se transformaron pronto en idilios, y el resultado ha sido F., una aldea progresista llena de niños traviesos que juegan con los vestigios enmohecidos del tren.
—¡Dios mío, yo no estoy hecho para tales aventuras!
—Necesita usted ir templando su ánimo; tal vez llegue usted a convertirse en héroe. No crea que faltan ocasiones para que los viajeros demuestren su valor y sus capacidades de sacrificio. Recientemente, doscientos pasajeros anónimos escribieron una de las páginas más gloriosas en nuestros anales ferroviarios. Sucede que en un viaje de prueba, el maquinista advirtió a tiempo una grave omisión de los constructores de la línea. En la ruta faltaba el puente que debía salvar un abismo. Pues bien, el maquinista, en vez de poner marcha atrás, arengó a los pasajeros y obtuvo de ellos el esfuerzo necesario para seguir adelante. Bajo su enérgica dirección, el tren fue desarmado pieza por pieza y conducido en hombros al otro lado del abismo, que todavía reservaba la sorpresa de contener en su fondo un río caudaloso. El resultado de la hazaña fue tan satisfactorio que la empresa renunció definitivamente a la construcción del puente, conformándose con hacer un atractivo descuento en las tarifas de los pasajeros que se atreven a afrontar esa molestia suplementaria.
—¡Pero yo debo llegar a T. mañana mismo!
—¡Muy bien! Me gusta que no abandone usted su proyecto. Se ve que es usted un hombre de convicciones. Alójese por lo pronto en la fonda y tome el primer tren que pase. Trate de hacerlo cuando menos; mil personas estarán para impedírselo. Al llegar un convoy, los viajeros, irritados por una espera demasiado larga, salen de la fonda en tumulto para invadir ruidosamente la estación. Muchas veces provocan accidentes con su increíble falta de cortesía y de prudencia. En vez de subir ordenadamente se dedican a aplastarse unos a otros; por lo menos, se impiden para siempre el abordaje, y el tren se va dejándolos amotinados en los andenes de la estación. Los viajeros, agotados y furiosos, maldicen su falta de educación, y pasan mucho tiempo insultándose y dándose de golpes.
—¿Y la policía no interviene?
—Se ha intentado organizar un cuerpo de policía en cada estación, pero la imprevisible llegada de los trenes hacía tal servicio inútil y sumamente costoso. Además, los miembros de ese cuerpo demostraron muy pronto su venalidad, dedicándose a proteger la salida exclusiva de pasajeros adinerados que les daban a cambio de esa ayuda todo lo que

llevaban encima. Se resolvió entonces el establecimiento de un tipo especial de escuelas, donde los futuros viajeros reciben lecciones de urbanidad y un entrenamiento adecuado. Allí se les enseña la manera correcta de abordar un convoy, aunque esté en movimiento y a gran velocidad. También se les proporciona una especie de armadura para evitar que los demás pasajeros les rompan las costillas.

—Pero una vez en el tren, ¡está uno a cubierto de nuevas contingencias?

—Relativamente. Sólo le recomiendo que se fije muy bien en las estaciones. Podría darse el caso de que creyera haber llegado a T., y sólo fuese una ilusión. Para regular la vida a bordo de los vagones demasiado repletos, la empresa se ve obligada a echar mano de ciertos expedientes. Hay estaciones que son pura apariencia: han sido construidas en plena selva y llevan el nombre de alguna ciudad importante.

Pero basta poner un poco de atención para descubrir el engaño. Son como las decoraciones del teatro, y las personas que figuran en ellas están llenas de aserrín. Esos muñecos revelan fácilmente los estragos de la intemperie, pero son a veces una perfecta imagen de la realidad: llevan en el rostro las señales de un cansancio infinito.

—Por fortuna, T. no se halla muy lejos de aquí.

—Pero carecemos por el momento de trenes directos. Sin embargo, no debe excluirse la posibilidad de que usted llegue mañana mismo, tal como desea. La organización de los ferrocarriles, aunque deficiente, no excluye la posibilidad de un viaje sin escalas. Vea usted, hay personas que ni siquiera se han dado cuenta de lo que pasa. Compran un boleto para ir a T. Viene un tren, suben, y al día siguiente oyen que el conductor anuncia: "Hemos llegado a T.". Sin tomar precaución alguna, los viajeros descienden y se hallan efectivamente en T.

—¿Podría yo hacer alguna cosa para facilitar ese resultado?

—Claro que puede usted. Lo que no se sabe es si le servirá de algo. Inténtelo de todas maneras. Suba usted al tren con la idea fija de que va a llegar a T. No trate a ninguno de los pasajeros. Podrán desilusionarlo con sus historias de viaje, y hasta denunciarlo a las autoridades.

—¿Qué está usted diciendo?

En virtud del estado actual de las cosas los trenes viajan llenos de espías. Estos espías, voluntarios en su mayor parte, dedican su vida a fomentar el espíritu constructivo de la empresa. A veces uno no sabe lo que dice y habla sólo por hablar. Pero ellos se dan cuenta en seguida de todos los sentidos que puede tener una frase, por sencilla que sea. Del comentario más inocente saben sacar una opinión culpable. Si usted llegara a cometer la menor imprudencia, sería aprehendido sin más, pasaría el resto de su vida en un vagón cárcel o le obligarían a descender en una falsa estación perdida en la selva. Viaje usted lleno de fe, consuma la menor cantidad posible de alimentos y no ponga los pies en el andén antes de que vea en T. alguna cara conocida.

—Pero yo no conozco en T. a ninguna persona.

—En ese caso redoble usted sus precauciones. Tendrá, se lo aseguro, muchas tentaciones en el camino. Si mira usted por las ventanillas, está expuesto a caer en la trampa de un espejismo. Las ventanillas están provistas de ingeniosos dispositivos que crean toda clase de ilusiones en el ánimo de los pasajeros. No hace falta ser débil para caer en ellas. Ciertos aparatos, operados desde la locomotora, hacen creer, por el ruido y los movimientos, que el tren está en marcha. Sin embargo, el tren permanece detenido semanas enteras, mientras los viajeros ven pasar cautivadores paisajes a través de los cristales.

—¿Y eso qué objeto tiene?

—Todo esto lo hace la empresa con el sano propósito de disminuir la ansiedad de los viajeros y de anular en todo lo posible las sensaciones de traslado. Se aspira a que un día se entreguen plenamente al azar, en manos de una empresa omnipotente, y que ya no les importe saber adónde van ni de dónde vienen.

—Y usted, ¿ha viajado mucho en los trenes?

—Yo, señor, sólo soy guardagujas1. A decir verdad, soy un guardagujas jubilado, y sólo aparezco aquí de vez en cuando para recordar los buenos tiempos. No he viajado nunca, ni tengo ganas de hacerlo. Pero los viajeros me cuentan historias. Sé que los trenes han creado muchas poblaciones además de la aldea de F., cuyo origen le he referido. Ocurre a veces que los tripulantes de un tren reciben órdenes misteriosas. Invitan a los pasajeros a que desciendan de los vagones, generalmente con el pretexto de que admiren las bellezas de un determinado lugar. Se les habla de grutas, de cataratas o de ruinas célebres:

"Quince minutos para que admiren ustedes la gruta tal o cual", dice amablemente el conductor. Una vez que los viajeros se hallan a cierta distancia, el tren escapa a todo vapor.

—¿Y los viajeros?

Vagan desconcertados de un sitio a otro durante algún tiempo, pero acaban por congregarse y se establecen en colonia. Estas paradas intempestivas se hacen en lugares adecuados, muy lejos de toda civilización y con riquezas naturales suficientes. Allí se abandonan lores selectos, de gente joven, y sobre todo con mujeres abundantes. ¿No le gustaría a usted pasar sus últimos días en un pintoresco lugar desconocido, en compañía de una muchachita?

El viejecillo sonriente hizo un guiño y se quedó mirando al viajero, lleno de bondad y de picardía.

En ese momento se oyó un silbido lejano. El guardagujas dio un brinco, y se puso a hacer señales ridículas y desordenadas con su linterna.

—¿Es el tren? —preguntó el forastero.

El anciano echó a correr por la vía, desaforadamente. Cuando estuvo a cierta distancia, se volvió para gritar:

—¡Tiene usted suerte! Mañana llegará a su famosa estación. ¿Cómo dice que se llama?

—¡X! —contestó el viajero.

En ese momento el viejecillo se disolvió en la clara mañana. Pero el punto rojo de la linterna siguió corriendo y saltando entre los rieles, imprudente, al encuentro del tren.

Al fondo del paisaje, la locomotora se acercaba como un ruidoso advenimiento.

Juan Rulfo

Pedro Páramo 1955 (fragmento)

Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo. Mi madre me lo dijo. Y yo le prometí que vendría a verlo en cuanto ella muriera. Le apreté sus manos en señal de que lo haría, pues ella estaba por morirse y yo en un plan de prometerlo todo. "No dejes de ir a visitarlo -me recomendó. Se llama de este modo y de este otro. Estoy segura de que le dar gusto conocerte." Entonces no pude hacer otra cosa sino decirle que así lo haría, y de tanto decírselo se lo seguí diciendo aun después de que a mis manos les costó trabajo zafarse de sus manos muertas.

Todavía antes me había dicho:

-No vayas a pedirle nada. Exígele lo nuestro. Lo que estuvo obligado a darme y nunca me dio... El olvido en que nos tuvo, mi hijo, cóbraselo caro.

-Así lo haré, madre.

Pero no pensé cumplir mi promesa. Hasta que ahora pronto comencé a llenarme de sueños, a darle vuelo a las ilusiones. Y de este modo se me fue formando un mundo alrededor de la esperanza que era aquel señor llamado Pedro Páramo, el marido de mi madre. Por eso vine a Comala.

Era ese tiempo de la canícula, cuando el aire de agosto sopla caliente, envenenado por el olor podrido de las saponarias.

El camino subía y bajaba: "Sube o baja según se va o se viene. Para el que va, sube; para él que viene, baja."

-¿Cómo dice usted que se llama el pueblo que se ve allá abajo?

-Comala, señor.

-¿Está seguro de que ya es Comala?

-Seguro, señor.

-¿Y por qué se ve esto tan triste?

-Son los tiempos, señor.

Yo imaginaba ver aquello a través de los recuerdos de mi madre; de su nostalgia, entre retazos de suspiros. Siempre vivió ella suspirando por Comala, por el retorno; pero jamás volvió. Ahora yo vengo en su lugar. Traigo los ojos con que ella miró estas cosas, porque me dio sus ojos para ver: "Hay allí, pasando el puerto de Los Colimotes, la vista muy hermosa de una llanura verde, algo amarilla por el maíz maduro. Desde ese lugar se ve Comala, blanqueando la tierra, iluminándola durante la noche." Y su voz era secreta, casi apagada, como si hablara consigo misma... Mi madre.

-¿Y a qué va usted a Comala, si se puede saber? -oí que me preguntaban.

-Voy a ver a mi padre contesté.

-¡Ah! - dijo él.

Y volvimos al silencio.

Caminábamos cuesta abajo, oyendo el trote rebotado de los burros. Los ojos reventados por el sopor del sueño, en la canícula de agosto.

-Bonita fiesta le va a armar -volví a oír la voz del que iba allí a mi lado-. Se pondrá contento de ver a alguien después de tantos años que nadie viene por aquí.

Luego añadió:

-Sea usted quien sea, se alegrará de verlo.

En la reverberación del sol, la llanura parecía una laguna transparente, deshecha en vapores por donde se traslucía un horizonte gris. Y más allá, una línea de montañas. Y todavía más adelante, la más remota lejanía.

-¿Y qué trazas tiene su padre, si se puede saber?

-No lo conozco -le dije-. Sólo sé que se llama Pedro Páramo.

-¡Ah!, vaya.

-Sí, así me dijeron que se llamaba.

Oí otra vez el "¡ah!" del arriero.

Me había topado con él en Los Encuentros, donde se cruzaban varios caminos. Me estuve allí esperando, hasta que al fin apareció este hombre.

-¿A dónde va usted? -le pregunté.

-Voy para abajo, señor.

-¿Conoce un lugar llamado Comala?

-Para allá mismo voy.

Y lo seguí. Fui tras él tratando de emparejarme a su paso, hasta que pareció darse cuenta de que lo seguía disminuyó la prisa de su carrera. Después los dos íbamos tan pegados que casi nos tocábamos los hombros.

-Yo también soy hijo de Pedro Páramo -me dijo.

Una bandada de cuervos pasó cruzando el cielo vacío, haciendo cuar, cuar, cuar.

Después de trastumbar los cerros, bajamos cada vez más. Habíamos dejado el aire caliente allá arriba y nos íbamos hundiendo en el puro calor sin aire. Todo parecía estar como en espera de algo.

-Hace calor aquí -dije.

-Sí, y esto no es nada me contestó el otro-. Cálmese. Ya lo sentirá más fuerte cuando lleguemos a Comala.

Aquello está sobre las brasas de la tierra, en la mera boca del infierno. Con decirle que muchos de los que allí se mueren, al llegar al infierno regresan por su cobija.

-¿Conoce usted a Pedro Páramo? - le pregunté.
Me atreví a hacerlo porque vi en sus ojos una gota de confianza.
-¿Quién es? -volví a preguntar.
-Un rencor vivo -me contestó él.
Y dio un pajuelazo contra los burros, sin necesidad, ya que los burros iban mucho más adelante de nosotros, encarrerados por la bajada.
Sentí el retrato de mi madre guardado en la bolsa de la camisa, calentándome el corazón, como si ella también sudara. Era un retrato viejo, carcomido en los bordes; pero fue el único que conocí de ella. Me lo había encontrado en el armario de la cocina, dentro de una cazuela llena de yerbas: hojas de toronjil, flores de Castilla, ramas de ruda. Desde entonces lo guardé. Era el único. Mi madre siempre fue enemiga de retratarse. Decía que los retratos eran cosa de brujería. Y así parecía ser.; porque el suyo estaba lleno de agujeros como de aguja, y en dirección del corazón tenía uno muy grande, donde bien podía caber el dedo del corazón.
Es el mismo que traigo aquí, pensando que podría dar buen resultado para que mi padre me reconociera.
-Mire usted -me dice el arriero, deteniéndose- ¿Ve aquella loma que parece vejiga de puerco? Pues detrasito de ella está la Media Luna. Ahora voltié para allá. ¿Ve la ceja de aquel cerro? Véala. Y ahora voltié para este otro rumbo. ¿Ve la otra ceja que casi no se ve de lo lejos que está? Bueno, pues eso es la Media Luna de punta a cabo. Como quien dice, toda la tierra que se puede abarcar con la mirada. Y es de él todo ese terrenal. El caso es que nuestras madres nos malparieron en un petate aunque éramos hijos de Pedro Páramo. Y lo más chistoso es que él nos llevó a bautizar. Con usted debe haber pasado lo mismo, ¿no?
-No me acuerdo.
-¡Váyase mucho al carajo!
-¿Qué dice usted?
-Que ya estamos llegando, señor.
-Sí, ya lo veo. ¿Qué pasó por aquí?
-Un correcaminos, señor. Así les nombran a esos pájaros.
-No, yo preguntaba por el pueblo, que se ve tan solo, como si estuviera abandonado. Parece que no lo habitara nadie.
-No es que lo parezca. Así es. Aquí no vive nadie.
-¿Y Pedro Páramo ?
-Pedro Páramo murió hace muchos años.

Rosario Castellanos

Balún Canán 1957 (fragmento)

...y entonces, coléricos, nos desposeyeron, nos arrebataron lo que habíamos atesorado: la palabra, que es el arca de la memoria. Desde aquellos días arden y se consumen con el leño de la hoguera. Sube el humo en el viento y se deshace. Queda la ceniza sin rostro. Para que puedas venir tú y el que es menor que tú y les baste un soplo, solamente un soplo...
— No me cuentes ese cuento, nana.
— ¿Acaso hablaba contigo? ¿Acaso se habla con los granos de anís?
No soy un grano de anís. Soy una niña y tengo siete años. Los cinco dedos de la mano derecha y dos de la izquierda. Y cuando me yergo puedo mirar de frente las rodillas de mi padre. Más arriba no. Me imagino que sigue creciendo como un gran árbol y que en su rama más alta está agazapado un tigre diminuto. Mi madre es diferente. Sobre su pelo —tan negro, tan espeso, tan crespo— pasan los pájaros y les gusta y se quedan.
Me lo imagino nada más. Nunca lo he visto. Ciertos arbustos con las hojas carcomidas por los insectos; los pupitres manchados de tinta; mi hermano. Y a mi hermano lo miro de arriba a abajo. Porque nació después de mi y, cuando nació, yo ya sabía muchas cosas que ahora le explico minuciosamente. Por ejemplo ésta: Colón descubrió la América.
Mario se queda viéndome como si el mérito no me correspondiera y alza los hombros con gesto de indiferencia. La rabia me sofoca. Una vez más cae sobre mí el peso de la injusticia… **[…]**
—¿Quiénes son los nueve guardianes?
—Niña, no seas curiosa. Los mayores lo saben y por eso dan a esta región el nombre de Balún Canán. La llaman así cuando conversan entre ellos. Pero nosotros, la gente menuda, más vale que nos callemos. Y tú, Mario, cuando vayan de cacería no hagas lo que yo. Pregunta, indágate.
Porque hay árboles, hay orquídeas, hay pájaros que deben respetarse. Los indios los tienen señalados para aplacar la boca de los guardianes. No los toques porque te traería desgracia… **[…]**
—Al principio —dice—, antes que vinieran Santo Domingo de Guzmán y San Caralampio y la Virgen del Perpetuo Socorro, eran cuatro únicamente los señores del cielo. Cada uno estaba sentado en su silla, descansando. Porque ya habían hecho la tierra, tal como ahora la contemplamos, colmándole el regazo de dones. Ya habían hecho el mar, frente al que tiembla el que lo mira. Ya habían hecho el viento para que fuera como el guardián de cada cosa, pero aún les faltaba hacer al hombre… **[…]**
—El gobierno ha dictado una nueva disposición contra nuestros intereses [...]
Hágame usted el favor de leer. Aquí.
—Se aprobó la ley según la cual los dueños de fincas, con más de cinco familias de indios a su servicio, tienen la obligación de proporcionarles medios de enseñanza, estableciendo una escuela y pagando de su peculio a un maestro rural... **[…]**

—[Mr. Peshpen] estuvo dale y dale, pidiéndome unos papeles que tengo en la casa de Comitán y que los escribió un indio.
—¿Que los escribió un indio?
—Y en español para más lujo. Mi padre mandó que los escribiera para probar la antigüedad de nuestras propiedades y su tamaño. Estando como están las cosas tú comprenderás que yo no iba a soltar un documento así por interesante y raro que fuera. Para consolar a Mr. Peshpen tuve que regalarle los tepalcates que desenterramos. Se los llevó a Nueva York y desde allá me mandó un retrato. Están en el Museo…
—En Tapachula fue donde me dieron a leer el papel que habla. Y entendí lo que dice: que nosotros somos iguales a los blancos [...].
—¿Sobre la palabra de quien lo afirma?
—Sobre la palabra del Presidente de la República… **[…]**
No había que esperar la resurrección de sus dioses, que los abandonaron en la hora del infortunio [...]. No. Él había conocido a un hombre, a Cárdenas; lo había oído hablar (Había estrechado su mano, pero ese era su secreto, su fuerza)… **[…]**
Para la construcción elegimos un lugar en lo alto de una colina. Bendito porque asiste al nacimiento del sol. Bendito porque lo rigen constelaciones favorables. Bendito porque en su entraña removida hallamos la raíz de una ceiba [...]. Esta es nuestra casa. Aquí la memoria que perdimos vendrá a ser como la doncella rescatada a la turbulencia de los ríos.
Y se sentará entre nosotros para adoctrinarnos. Y la escucharemos con reverencia [...]. De esta manera Felipe escribió, para los que vendrían, la construcción de la escuela… **[…]**
…yo también tengo mis valedores. Para no ir más lejos, ahí está el Presidente Municipal de Ocosingo, que es mi compadre. En cuanto yo le eche un grito ya me está mandando la gente que yo quiera para que me ayude.
Qué chasco se van a llevar estos desgraciados indios cuando se vean amarrados codo con codo, jalando para el rumbo de la cárcel… **[…]**
Allí en ese trozo de papel, César había descargado toda su furia acusando a los indios, urgiendo al Presidente Municipal de Ocosingo para que acudiera en su ayuda, recordándole, con una calculada brutalidad los favores que le debía, y señalando esta hora como la más propicia para pagárselos... **[…]**
Hasta ahora no nos ha sido posible conseguir una audiencia con el Gobernador [...]. Pero yo creo firmemente que no hay que perder la esperanza.
Chactajal volverá a ser nuestro [...]. Durante el tiempo que llevamos aquí nos hemos relacionado con muchas personas. Claro que procuramos que esas personas sean importantes y que tengan influencias en el gobierno. Es preciso agasajarlos, atenderlos, correrles caravanas…

Carlos Fuentes

La Región Más Transparente 1958 (fragmento)

Mi nombre es Ixca Cienfuegos. Nací y vivo en México D.F. Esto no es grave. En México no hay tragedia: todo se vuelve afrenta. Afrenta, esta sangre que me punza como filo de maguey. Afrenta, mi parálisis desenfrenada que todas las auroras tiñe de coágulos. Y mi eterno salto mortal hacia mañana. Juego, acción, fe -día a día, no sólo el día del premio o del castigo: veo mis poros oscuros y sé que me lo vedaron abajo, abajo, en el fondo del lecho del valle. **[…]**
…Aquí vivimos, en las calles se cruzan nuestros olores de sudor y pachulí, de ladrillo nuevo y gas subterráneo, nuestras carnes ociosas, jamás nuestras miradas. Jamás nos hemos hincado juntos, tú y yo, a recibir la misma hostia; desgarrados juntos, creados juntos, sólo morimos para nosotros, aislados. Aquí caímos.
Qué le vamos a hacer. Aguantarnos mano. A ver si algún día mis dedos tocan los tuyos. Ven déjame caer contigo en la región lunar de nuestra ciudad. ciudad puñado de alcantarillas, ciudad cristal de vahos y escarcha mineral, ciudad presencia de todos nuestros olvidos, ciudad de acantilados carnívoros, ciudad de la brevedad inmensa, … ciudad a fuego lento… ciudad del hedor torcido… ciudad reflexión de la furia, ciudad….ciudad perra, ciudad famélica, suntuosa villa…Aquí nos tocó. Qué le vamos a hacer. En la región más transparente del aire. **[…]**
… el poeta de provincia consciente de estar recibiendo primeras lecciones de frivolidad…el matrimonio a la page…el novelista de la cara de papa…el autor sin libros…que es un genio porque es cuate y es chistoso…el intelectual burócrata…los jóvenes poético socialistas que en Marx han encontrado su Dada…los redentores de Sanborns…los mecenas de cocktail…, la chica que ha declarado querer convertirse en la gran cortesana internacional…
Todas las mexicanitas rubias vestidas de negro convencidas de que dan el tono internacional en el triste país pulguiento y roído. Sus maridos, los abogados de éxito, los incipientes industriales, creen estar penetrando (aquí, en todas las fiestas de todos los Bobos) la zona de la recompensa definitiva, de los grandes placeres del loco éxito. Y los arrimados a la grandeza: los jóvenes oscuros, hijos de pequeños burócratas y profesores de primaria súbitamente transformados en virtud de su anexión a la figura social del momento… **[…]**
Mire para afuera –le dice a Ixa–. Ahí quedan todavía millones de analfabetas, de indios descalzos, de harapientos muertos de hambre, de ejidatarios con una simple parcela de temporal…de desocupados que huyen a los Estados Unidos. Pero también hay millones que pudieron ir a las escuelas, que nosotros, la Revolución, les construimos… millones para quienes se acabó la tienda de raya y se abrió la industria urbana, millones que en 1910 hubieran sido peones y ahora son obreros calificados…

Salvador Elizondo

Farabeuf 1965 (fragmento)

Entonces, recordé también la sensación del metal que me hubiera ceñido en tu abrazo y las caricias olorosas a formol que a todo lo largo de mi cuerpo tus manos quirúrgicas, de tocólogo, me hubieran prodigado en aquella casa llena del sonido del tumbo de las olas, llena del espanto y de la delicia del cuerpo humano abierto de par en par a la mirada como la puerta de una casa magnífica y sin dueño que para siempre hubiera esperado tu caricia, como una puerta entreabierta... un cuerpo que te esperaba con toda su sangre, con todas las vísceras dispuestas al sacrificio último…[…]

***Ese gesto es un gesto inolvidable. Pasaste ante mí con las manos enguantadas. Habías distendido los dedos dentro de aquellos guantes color de ámbar y en medio del espanto que me producía tu cercanía noté, no sé por qué, tal vez por la apariencia siniestra que aquellos guantes le daban a tus manos, que a pesar de no estar mutilado parecía que te faltaban los pulgares…*[…]**

— ¿La visión de ese cuerpo desgarrado te conmovió?, ¿sentiste compasión?, ¿sobresalto?, ¿náusea?

— Fascinación. Fascinación y deseo.

— ¿Te hubieras entregado?

— ¿Acaso no me estaba poseyendo con la mirada? **[…]**

Cuando mil veces mil instantes como éste se repitan en la sombría dimensión de tu vida, tu cuerpo ante el espejo, de par en par abierto como una puerta por la que se cuela el airón de la muerte, se quebrará mil veces como un trozo de hielo bajo el sol, y la mosca que creíste ver morir junto a los flecos del desvaído cortinaje de terciopelo revivirá animada de su lujuria de carroña y se posará en tu rostro para devorar la carne congelada de tus pupilas… **[…]**

No pensaste jamás que ese espejo eran mis ojos, que esa puerta que el viento abate era mi corazón latiendo, puesto al desnudo por la habilidad de un cirujano que llega en la noche a ejercitar su destreza en la carroña ansiosa de nuestros cuerpos, un corazón que late ante un espejo, imagen de una puerta que golpea contra el quicio mientras afuera, más allá de sí misma, la lluvia incesante golpea en la noche contra la ventana como tratando de impedir que tu última mirada escape, para que nuestro sueño no huya de nosotros, y se quede, para siempre, fijo en la actitud de esos personajes representados en el cuadro: un cuadro que por la ebriedad de nuestro deseo creímos que era real y que sólo ahora sabemos que no era un cuadro, sino un espejo en cuya superficie nos estamos viendo morir…

Inés Arredondo

La señal 1965

Canción de cuna (fragmento)

El día gris extiende su tiempo sin esperanza. Ayer y mañana fueron y serán iguales, sin otra cosa que lluvia y frío, barridos interminablemente por el viento que se lleva todo color… **[…]**

La soledad entra por la ventana. A pesar de los vidrios la habitación es helada, húmeda, y el viento, el viento sitiando aislado, hace sentir que se está dentro de una torre, la única en una orilla deshabitada del mundo… El viento y la lluvia seguirán azotando hasta borrar los rastros humanos… **[…]**

En las manos ateridas de la muchacha hay una guitarra… Despacio, a tientas, afina un poco la cuerda… Espera, vuelve a hacer sonar la cuerda, apenas, y no la escucha, sino que aguarda la vibración en las yemas o en la palma… los dedos infantiles buscan, vuelven a la cuerda que da una nota a pesar del desorden que impone el viento. Una nota queda, breve, que nadie escucha, pero que centra algo y da un reposo momentáneo… **[…]**

En el vientre de la niña un ser extraño se ha desperezado. Rasca y mueve las entrañas ciegamente. Ella siente la satisfacción bestial del informe ser que la habita… Vuelve a gritar, cada vez más fuerte, más fuerte… **[…]**

Saldrá a la luz del sol y será un niño. Y desde ese momento ella quedará libre, no tendrá que servirlo ni pensar en él, no será suyo… todo esto de ahora se borrará…

-Voy a traerte una taza de leche caliente, Erika, pero no vuelvas a gritar. Nadie debe saber que estás aquí **[…]**

La niña comprende que la muchacha se niega aunque no entiende a qué, porque todos hablan esa lengua tajante que ella no reconoce. Ella está aparte, con sus ojos negros y su ignorancia de la lengua paterna… Erika sigue negando con la cabeza… **[…]**

…buscando una palabra que no encuentra… se sienta con ella en el regazo, sin pronunciar una palabra, cierra los ojos contra el pecho de Erika, escucha como los pulmones se llenan y se vacían [escucha] el palpitar desordenado del corazón próximo… espiando los secretos golpes de su cuerpo… **[…]**

Retrocede sin hacer ruido, ahora con los negros ojos inmóviles, sobre el rostro abatido de la que dicen es su madre. Algo que no sabe lo que es quisiera decirle a la muchacha, que ha empezado a llorar sin dejar de mover como un péndulo la cabeza… **[…]**

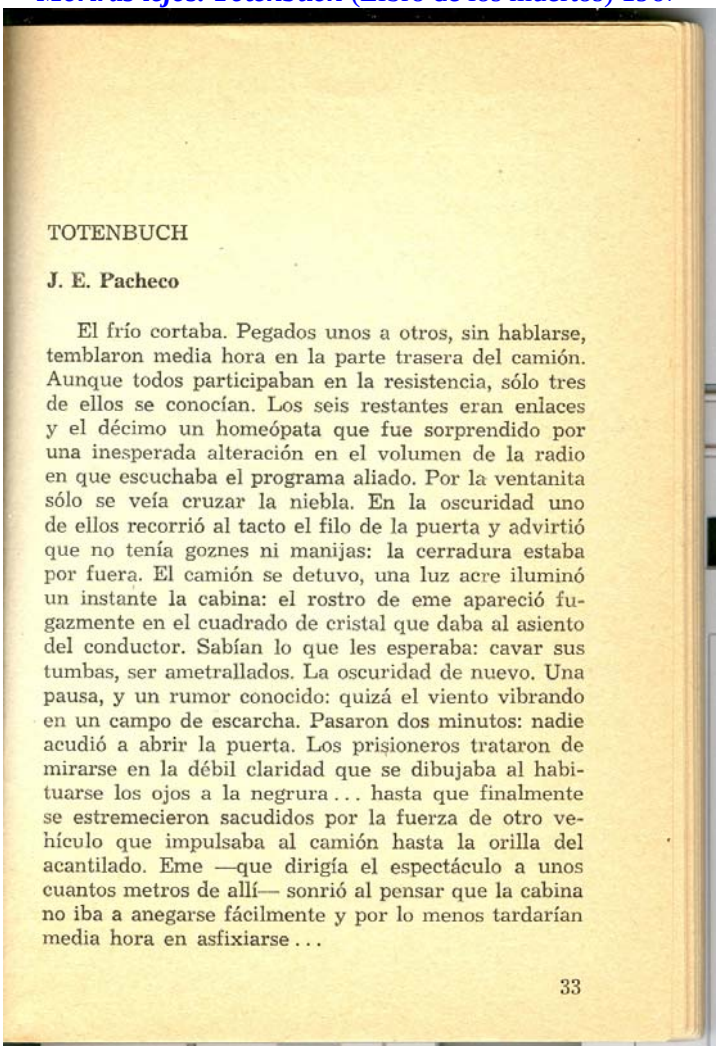
Se lo dijo el día que murió. Le dijo que no era su hermana, sino su madre, y fue eso un reconocimiento fugitivo de amor tan precario que no basta… **[…]**

Lo se porque estoy embarazada, y me tocó ahora a mi. La canción de mi abuela y de mi madre me envuelve. Mi historia es diferente, mi hijo tiene padre, tendrá madre, pero ahora no somos ambos más que una masa informe que lucha… **[…]**

…quería reproducir su propia gestación para darse a luz a si misma…

José Emilio Pacheco

Morirás lejos. Totenbuch (Libro de los muertos) 1967



TOTENBUCH

J. E. Pacheco

El frío cortaba. Pegados unos a otros, sin hablarse, temblaron media hora en la parte trasera del camión. Aunque todos participaban en la resistencia, sólo tres de ellos se conocían. Los seis restantes eran enlaces y el décimo un homeópata que fue sorprendido por una inesperada alteración en el volumen de la radio en que escuchaba el programa aliado. Por la ventanita sólo se veía cruzar la niebla. En la oscuridad uno de ellos recorrió al tacto el filo de la puerta y advirtió que no tenía goznes ni manijas: la cerradura estaba por fuera. El camión se detuvo, una luz acre iluminó un instante la cabina: el rostro de eme apareció fugazmente en el cuadrado de cristal que daba al asiento del conductor. Sabían lo que les esperaba: cavar sus tumbas, ser ametrallados. La oscuridad de nuevo. Una pausa, y un rumor conocido: quizá el viento vibrando en un campo de escarcha. Pasaron dos minutos: nadie acudió a abrir la puerta. Los prisioneros trataron de mirarse en la débil claridad que se dibujaba al habituarse los ojos a la negrura . . . hasta que finalmente se estremecieron sacudidos por la fuerza de otro vehículo que impulsaba al camión hasta la orilla del acantilado. Eme —que dirigía el espectáculo a unos cuantos metros de allí— sonrió al pensar que la cabina no iba a anegarse fácilmente y por lo menos tardarían media hora en asfixiarse . . .

33

http://www.lashistorias.com.mx/wp-content/uploads/2009/06/totenbuch.jpg

Referencias

Aguilar Héctor Orestes (2007), "Ese olvidado nazi mexicano de nombre José Vasconcelos", en: *Istor*, Año VIII, No. 30, otoño, México, CIDE, pp. 148-157, http://www.istor.cide.edu/archivos/num_30/coincidencias.pdf

Albarrán Claudia (2000), "*Inés Arredondo, la generación del medio siglo y su labor cultural en el México de los años sesenta*", en: *Estudios. Filosofía. Historia Letras*, No. 60-61, Primavera-Verano, México, ITAM, pp. 19.46, http://biblioteca.itam.mx/estudios/60-89/60-61/ClaudiaAlbarranInesArredondoyelMexicodelosaniossesenta.pdf

Ángel Miguel Arnulfo (2010), "La región más transparente: una ciudad hecha de voces en el tiempo", en: *Casa del Tiempo*, Época IV, No. 30, abril, México, UAM, pp. 25-33, http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/30_iv_abr_2010/casa_del_tiempo_eIV_num30_25_33.pdf

Ángeles Vázquez M. (2005a), "Revista *Ulises* de México", en: *Cervantes Virtual*, http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/julio_05/19072005_01.htm

Ángeles Vázquez M. (2005b), "Revista *Contemporáneos* de México", en: *Cervantes Virtual*, http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/agosto_05/09082005_01.htm

Ángeles Vázquez M. (2005c), "Revistas *estridentistas*: *Actual*, *Irradiador* y *Horizonte* de México", en: *Cervantes Virtual*, http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/julio_05/04072005_02.htm

Bar-Lewaw Mulstock Itzhak (1971), "La revista Timón y la colaboración nazi de José Vasconcelos", en: De Bustos Eugenio [editor] (1982), *Actas del Cuatro Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, Celebrado en Salamanca, España, en Agosto de 1971, Vol. 1, pp. 151-156, http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/04/aih_04_1_018.pdf

Barreda Solórzano Luis de la (2000), "Presentación", en: *Desacatos*, No. 4, México, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/139/13900401.pdf

Barrera B. (2010), "Estridentismo mexicano. Manuel Maples Arce (1898-1981)", en: *Literatura Hispanoamericana*, 2010, http://literaturahispanoamericana.wordpress.com/2010/01/07/estridentismo-mexicano-manuel-maples-arce-1898-1981/

Bernal Granados Gabriel (2009), "Los Contemporáneos hoy: El grupo sin grupo", en: *Letras Libres*, No. 121, enero, http://letraslibres.com/pdf/12180.pdf

Bokser Judit (2001), "El antisemitismo: recurrencias y cambios históricos", en: *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, mayo-diciembre, Vol. XLIV, No. 182-183, México, UNAM, pp. 101-132, http://redalyc.uaemex.mx/pdf/421/42118306.pdf

Cabrera Acevedo Lucio (2000), La Suprema Corte de Justicia durante el gobierno de Manuel Ávila Camacho (1940-1948), México, Suprema Corte de Justicia de la Nación, p. 39, http://www.bibliojuridica.org/libros/2/835/5.pdf

Candia-Araiza Rubén (1990), *El Estridentismo. Contribucion mexicana a la Vanguardia*, Purdue University RLA Archive, http://tell.fll.purdue.edu/RLA-Archive/1990/Spanish-html/CANDIA-ARAIZA,RUBEN.htm

Castañón Adolfo (2005), "Trazos Para una bibliografía comentada de Alfonso Reyes, con especial atención a su postergada antología mexicana: En busca del alma nacional", en: *Revista de la Universidad*, No. 15, mayo, México, UNAM; pp. 32-37, http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/1505/pdfs/23-37.pdf
Castañón Adolfo (2006), "Cien años de Andrés Henestrosa. El hombre que dispersó su sombra", en: *Revista de la Universidad*, No. 33, Noviembre, México, UNAM, pp. 48-58, http://www.revistadelauniversidad.unam.mx/3306/pdfs/48-58.pdf
Correa Pérez Alicia (1999), "La generación del Taller, la presencia de Federico García Lorca en la revista y en Octavio Paz", en: *Decires Revista Electrónica*, Vol. 2, No. 2, México, Centro de Enseñanza para Extranjeros UNAM, http://revistadecires.cepe.unam.mx/articulos/art2-5.pdf
Cruz Rosales José Luis (2008), *Grupo Hiperión. El mexicano en busca del mexicano*, Tesis para obtener el título de Licenciado en Filosofía, México, UAM Iztapalapa
Durán Manuel (1989), Las revistas Taller y Tierra Nueva: nueva generación, nuevas inquietudes", en: *Revista Iberoamericana*, Vol. LV, No. 148-149, Julio-Diciembre, http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/4653/4817
Escobar Valenzuela Gustavo (2004), "Emilio Uranga (una aproximación)", en: Saladino García Alberto [compilador], *Humanismo mexicano del siglo XX*, Toluca, UAEM, Tomo I, pp. 495-504, http://www.ensayistas.org/critica/generales/C-H/mexico/uranga.htm
Fernández Mac Gregor Jenaro (1946), "El secreto del Ateneo", en: *Todo*, No. 672, 25 de julio, p. 11
Férriz Roure Teresa (1998), "Fernando Benítez, la prensa cultural mexicana y el exilio republicano", en: *Arrabal*, No. 1, Lleida (Lérida), España, Universitat de Lleida, http://www.raco.cat/index.php/Arrabal/article/view/140451/191990
Garciadiego Dantan Javier (1997), "De Justo Sierra a Vasconcelos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana", en: *Historia Mexicana*, Vol. 46, No. 4, pp. 769-819, http://www.centenarios.org.mx/Sierra-Vasconcelos.pdf
JHL (¿), A. Reyes (1914), Alejandro Quijano (1937), José Vasconcelos (1946), Jenaro Fernández Mac Gregor (1950), *El Ateneo de la Juventud*, México, http://www.centenarios.org.mx/AteneoJuventud.pdf
Garganigo John F. (1965), "Tierra Nueva: su estética y poética", en: *Revista Iberoamericana*, Vol. XXXI, No. 60, Julio-Diciembre, http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/2197/2391
García Gutiérrez Rosa (1997), "Dama de corazones *de Xavier Villaurrutia en la génesis de los* Nocturnos", en: *Anales de Literatura Hispanoamericana*, No. 26 II, Madrid, Servicio de Publicaciones UCM, pp. 259-277, http://revistas.ucm.es/fll/02104547/articulos/ALHI9797220259A.PDF
Gil Iriarte María Luisa (1998), "*Balún Canán*, la voz de una Antígona mexicana, en: *Anales de Literatura Hispanoamericana*, No. 27, Madrid, pp. 297-310, http://revistas.ucm.es/fll/02104547/articulos/ALHI9898110297A.PDF
Gómez-Martínez José Luis (2005), "Cuadernos Americanos Mexican journal, 1942", en: *Encyclopedia of the essay*, http://www.custom-essay.net/essay-encyclopedia/Cuadernos-Americanos-Essay.htm
Guerra Ricardo (1984), "Una historia del hiparión, en: *Los universitarios*, No.18, México, UNAM, Octubre, pp.15-17.
Henríquez Ureña Pedro (1925), "La Revolución y la cultura en México", en: *Revista de Filosofía* (Cultura-Ciencias-Educación), Año XI, No. 1, Buenos Aires, Argentina, enero
Henríquez Ureña Pedro (1949), *Las corrientes literarias de la América Hispánica*, México, Fondo de Cultura Económica
Higareda de la Fuente Mauricio (1999), *Universos paralelos: la creación de mundos ficticios en tres cuentos de* La Señal *de Inés Arredondo*, Tesina para obtener el grado de Licenciado en Letras Hispánicas, UAM Iztapalapa Unidad de Ciencias Sociales y Humanidades, http://148.206.53.231/UAM0036.PDF
Hurtado Guillermo (1994), "Dos mitos de la mexicanidad", en *Diánoia Revista de Filosofía*, Vol. XL, No. 40, México, IIF UNAM, pp. 263- 293, http://dianoia.filosoficas.unam.mx/info/1994/DIA94_Hurtado.pdf
Enrique Krauze (1983), "Cuatro estaciones de la cultura mexicana", en: *Caras de la historia*, México, Joaquín Mortiz
León Vega Margarita (2009), "Un cuento de Juan de la Cabada: *Incidentes melódicos del mundo irracional*, una lectura de la tradición", en: *Revista de Literaturas Populares*, Año IX, No. 1, enero-junio, México, FFL, pp. 182-221, http://www.rlp.culturaspopulares.org/textos/17/RLP-IX1-07-Leon.pdf
López Portillo Esther (2010), *Literatura y Pintura* (Texto basado en el video: *Literatura y pintura*, México, ILCE/Ediciones Cal y Arena, 1999 (serie *Los imprescindibles*). Escritor invitado: Antonio Saborit, Mexico, ILCE, http://sepiensa.org.mx/contenidos/l_novo/home/literatura1.html
Madrigal Erika (2008), "Tamayo y los Contemporáneos. El discurso de los clásico y lo universal", en: *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, Vol. XXX, No. 92, primavera, México, IIE de la UNAM, pp. 155-190, http://www.analesiie.unam.mx/pdf/92_155-189.pdf
Magallón Amaya Mario (2007), "Samuel Ramos y su idea de cultura en México", en: *Temas de Ciencia y Tecnología*, Vol. 11, No. 33, septiembre-diciembre, pp. 13-22, Huajuapan de León Oaxaca, Universidad Tecnológica de la Mixteca, http://www.utm.mx/~temas/temas-docs/ensayo2t33.pdf
Martínez José Luis (1949), *Literatura Mexicana Siglo XX 1910-1949*, México, CONACULTA, 2001
Martínez José Luis (1961), "El trato con escritores", en: *El trato con escritores*, México, INBA, Departamento de Literatura.
- (2000), "El momento literario de los contemporáneos", México, Conferencia en el ciclo *Los Contemporáneos hoy*, organizado por la Alianza Francesa de México, en enero de 2000, http://www.letraslibres.com/index.php?art=6242
Matute Álvaro (2000), *El Ateneo de México*, México, FCE, Fondo 2000, http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/fondo2000/vol2/25/htm/libro29.htm
Medin Tzvi (1990), "La mexicanidad política y filosófica en el sexenio de Miguel Alemán. 1946-1952", en: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol. 1, No. 1, Enero–Junio, Jerusalén, *Universidad de Tel Aviv*, http://www.tau.ac.il/eial/I_1/medin.htm
Medina Ávila Virginia (1998), *Mauricio Magdaleno: El crédito que nadie lee. El guión cinematográfico, literatura para ser admirada***,** Tesis de Maestría en Letras Mexicanas, México, Facultad de Filosofía y Letras UNAM
Monsiváis Carlos (1966), *La poesía mexicana del siglo* XX (Antología), México, Empresas Editoriales
Monsiváis Carlos (2007), "De los intelectuales en América Latina", en: *América Latina Hoy*, No. 47, Universidad de Salamanca, pp. 15-38, http://redalyc.uaemex.mx/pdf/308/30804702.pdf
Moreno Francisco Javier (2000), "El estridentismo mexicano: señales de una revolución estética y política", en: *Anales de Literatura Hispanoamericana*, No. 29, pp. 257-275, http://revistas.ucm.es/fll/02104547/articulos/ALHI0000110257A.PDF
Negrín Muñoz Edith (2008), "Voces y documentos en *Balún Canán*", en: *Literatura Mexicana* XIX, No. 2, México, UNAM IIF, pp. 57-75, http://132.248.101.214/html-docs/lit-mex/19-2/negrin.pdf
Ortiz Gaitán Julieta (2006), "El sepulcro de Julio Ruelas en el cementerio de Montparnasse", en: *Revista Electrónica Imágenes*, Julio, México, UNAM IEE, http://www.esteticas.unam.mx/revista_imagenes/inmediato/inm_ortiz01.html

Pacheco José Emilio (1999), “Libertad bajo palabra cincuenta años después”, en: *Letras Libres*, abril, http://www.letraslibres.com/index.php?art=5748
Pastor Pérez María de Lourdes (2010), *El Ateneo de la Juventud y la UNAM*, México, ENP 1, http://prepa1.unam.mx/pdfs/eajunam.pdf
Paz Octavio (1950), *El laberinto de la soledad*, México, (Cuadernos Americanos) Siglo XXI, 1970, http://victorvorrath.files.wordpress.com/2007/05/paz-octavio-el-laberinto-de-la-soledad.pdf
Pereira Llanos Armando (1995), “La cultura mexicana en la transición del medio siglo”, en: Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, AIH, Vol. VII Estudios Hispanoamericanos 2, pp. 211-217, http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/12/aih_12_7_029.pdf
Pereira Armando (2007), “Julio Torri: entre la brevedad y la ironía”, en: *Literatura Mexicana*, Vol. XVIII, No. 1, México, IIF UNAM, pp. 117-129, http://132.248.101.214/html-docs/lit-mex/18-1/pereira2.pdf
Pozas Horcasitas (2007), “La Revista Mexicana de Literatura: la ruptura en las letras (1955-1965)”, en: *Fractal*, No 47, p. 109, http://www.fractal.com.mx/RevistaFractal47RicardoPozas.html
Quijano Alejandro (1937), *El verdadero Ateneo*, Carta a Octavio G. Barreda del 5 de octubre, con base en el Archivo del Ateneo, Academia Mexicana, ms., http://www.centenarios.org.mx/AteneoJuventud.pdf
Quirarte Vicente (2000), “El corazón en el filo. Expresiones del cuerpo femenino en el México posrevolucionario”, en: *Revista Casa del Tiempo*, febrero, México, UAM, http://www.uam.mx/difusion/revista/feb2000/quirarte.html
Reverte Canal Concepción (1986), “Los Contemporáneos: vanguardia poética mexicana”, en: *RILCE Revista de Filología Hispánica*, 2.2, julio-diciembre, Pamplona, Universidad de Navarra, pp. 259-276, http://dspace.unav.es/dspace/bitstream/10171/3187/1/5.%20LOS%20CONTEMPOR%C3%81NEOS,%20VANGUARDIA%20PO%C3%89TICA%20MEXICANA,%20CONCEPCI%C3%93N%20REVERTE%20VERNAL.pdf
Reyes Alfonso (1914), “Nosotros”, en: *Nosotros*. Revista de Arte y Educación, No. 9, marzo, pp. 620-625.
Rodríguez Araujo Octavio (2010), *La Revolución Mexicana: de la institucionalización autoritaria a la democratización*, Nuestros centenarios. Ciclo de conferencias organizado por la Comisión Ejecutiva para las Conmemoraciones del 2010 del Estado de Morelos y la Universidad Virtual Alfonsina, 16 de abril 2010**,** Cuernavaca, Morelos, http://www.centenarios.org.mx/PonenciaORA.pdf
Rosado Z. Juan Antonio (2008), *José Vasconcelos*, Madrid, Fundación Ignacio Larramendi, Colección de Polígrafos Hispanoamericanos, http://www.larramendi.es/i18n/catalogo_imagenes/grupo.cmd?path=1000608
Salazar Mallén Rubén (2005), “Los prosistas de Contemporáneos”, en: *Revista Casa del Tiempo*, Vol. VII, Época III, No. 80, septiembre, México, UAM, pp. 69-74, http://www.uam.mx/difusion/casadeltiempo/80_sep_2005/69_74.pdf
Salinas Quiroga Genaro (1980), “Los siete sabios de México”, en: *Humanitas*, No. 21, México, Universidad de Nuevo León, pp. 521-527, http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020111729/1020111729_001.pdf
Santibáñez Tijerina Marta del Carmen (2004), “La huella noventayochista en el discurso narrativo de *Al filo del agua*”, en: *Graffylia*, Año 2, No. 4, Otoño, México, BUAP Facultad de Filosofía y Letras, http://www.filosofia.buap.mx/Graffylia/4/78.pdf
Sheridan Guillermo (1993), “Los contemporáneos" y la generación del 27: documentado un desencuentro”, en: *Cuadernos Hispanoamericanos*, 514-515, abril-mayo, Madrid, pp. 185-194, http://www.abdn.ac.uk/spanish/idealist/pages/page855.shtml
UNAM (2010), *Literatura. Material de Lectura*, México, Difusión Cultural UNAM Dirección de Literatura, http://www.materialdelectura.unam.mx/index.php?option=com_frontpage&Itemid=1
Uranga Emilio (1948), “Maurice Merleu Ponty: fenomenología y existencialismo”, en: *Revista de Filosofía y Letras*. México, UNAM
Vargas Lozano Gabriel (2005), Esbozo histórico de la Filosofía en México (Siglo XX) y otros ensayos, México, Ideas México CONARTE Nuevo León, http://csh.izt.uam.mx/cen_doc/cefilibe/Esbozo_libro/esbozo.html
Vargas Lozano Gabriel (2010), “El Ateneo de la Juventud y la Revolución mexicana”, en: *Literatura Mexicana*, Vol. 21 No.2, México, Instituto de Investigaciones Filológicas Centro de Estudios Literarios UNAM, http://www.journals.unam.mx/index.php/rlm/article/viewFile/20483/19409
Valenzuela Andrea (2004), “Los días terrenales del PCM y José Revueltas: polémica, poética y el papel del intelectual”, en: *Literatura Mexicana*, Vol. XV, No. 2, México, IIF UNAM, pp. 117-129, http://132.248.101.214/html-docs/lit-mex/15-2/valenzuela.pdf
Vasconcelos José (1911), "La juventud intelectual mexicana y el actual momento histórico de nuestro país", en: *Revista de Revistas*, junio 25. Discurso pronunciado el 17 de junio en el banquete ofrecido en honor de los ateneístas revolucionarios.
Vasconcelos José (1935), *Ulises Criollo*, México, Ediciones Botas, p. 266
Vidal López-Tormos Yolanda (1995), “Una aproximación al panorama de las publicaciones periódicas literarias mexicanas (1950-1995)”, en: *Anales de Literatura Hispanoamericana*, No. 24, Madrid, UCM Servicio de Publicaciones, pp. 259-269, http://revistas.ucm.es/fll/02104547/articulos/ALHI9595110259A.PDF
Villagómez Rosas Norma (2007), “*Farabeuf* o el cuerpo mirado”, en: *Literatura Mexicana*, Vol. XVIII, No. 2, pp. 195-203, México, IIF UNAM, http://132.248.101.214/html-docs/lit-mex/18-2/rosas.pdf
Villegas Abelardo (1979), *La filosofía de lo mexicano*, México, FCE
Ylizarriturri Diana (1999), “Entrevista con Octavio Paz, Editor de revistas”, en: *Letras Libres*, julio, pp. 53-55, http://letraslibres.com/pdf/5673.pdf
Zea Leolpoldo (1952), *Conciencia y posibilidad del mexicano*, México, Editorial Porrúa, 1978, p. 47.